

Ressenyes i notes de lectura

Fernando Hernández Sánchez, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)* Barcelona, Crítica, 2015, pp. 420.

Hernández Sánchez es, en los últimos años, uno de los mejores especialistas en la historia del PCE, tema al que ha dedicado el estudio *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, ministro en la guerra civil, disidente en el exilio* [Madrid, Raíces, 2007], y especialmente su magnífica tesis doctoral, publicada bajo el título *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil* [Barcelona, Crítica, 2010]. Ahora nos ofrece una nueva monografía sobre el período más duro de la historia reciente de España y, desde luego, de la propia historia de los comunistas españoles.

Como él mismo señala, no es la suya la primera aproximación a los “años de plomo” del PCE. Al respecto, sigue siendo de cita obligada el controvertido libro de Gregorio Morán¹, del que David Ginard, reconocido investigador en la materia, señala que su vasta obra “fue la primera que utilizó ampliamente los ricos fondos del archivo del PCE y, en su momento generó una intensa polémica, por la profusión de

alusiones personales y la extrema dureza con la que trataba a los principales dirigentes del Partido Comunista. La metodología utilizada, por otra parte, resultaba discutible desde el punto de vista historiográfico, por la práctica inexistencia de indicaciones sobre las fuentes de las que procedía la información aportada. En todo caso, subrayaba Ginard, todavía hoy continúa siendo uno de los principales textos de referencia”²

Años después, el dirigente comunista Santiago Álvarez denunciaba públicamente las oscuras intenciones del trabajo de Gregorio Morán, “es un libro que está hecho contra el Partido Comunista de España. Cuando un historiador escribe un libro por encargo, contra el Partido Comunista de España, evidentemente todas las esquinas, todas las aristas, todas las dificultades que un partido revolucionario puede tener, se aprovecha para echar la culpa a los revolucionarios”³. Ni que decir tiene que las

² Ginard, David, “La investigación histórica sobre el PCE. Desde sus inicios a la normalización historiográfica” en Manuel Bueno, José Hinojosa, Carmen García (Coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Barcelona, FIM, 2007, vol. I, p.39

³ Intervención de Santiago Álvarez en la mesa redonda “Balance y valoración de la lucha guerrillera” durante las jornadas celebradas en la sede de la FIM (24-26 de noviembre de 1988) en, Santiago Álvarez, José Hinojosa y José Sandoval (Coords.), *El movimiento guerrillero de los*

¹ Morán, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985)*. Barcelona, Planeta, 1986

críticas prosiguieron tanto dentro del PCE como fuera.

Desde el ámbito académico también se acercó al tema Carlos Fernández, con su monografía *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945* [Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002]. En la introducción a su obra, Carlos Fernández anunciaba ya su propósito de ahondar y entender a toda la década de los años cuarenta la investigación sobre el PCE, objeto de su tesis doctoral, cuya inminente defensa nos deparará una nueva aportación sobre el comunismo español en los años más aciagos de su historia.

La rigurosa y documentada contribución de Hernández Sánchez pretende darnos una visión poliédrica, compleja y *completa*; siempre situada en el contexto histórico de dureza extrema en la que hubieron de actuar los militantes. Quiere mostrar “las distintas formas de ser comunista español en el meridiano de los años cuarenta”, porque, añade el autor, “la clandestinidad y el exilio determinaron la eclosión de múltiples variantes de ser comunista, muchas de ellas abnegadas y arriesgadas, pero otras también brutales y sectarias”.⁴ Con un planteamiento que aspira a componer “una visión holística y plural”, por sus páginas desfila “la historia de los comunistas durante este tiempo sombrío: la de los cuadros y la de los militantes de base; la de los fieles y la de los herejes; la de los esforzados y la de los burócratas; la de los héroes y la de los canallas.”⁵

En una entrevista con Enriqueta de la Cruz a propósito de la publicación de su libro, Fernando Hernández sostenía que lo

años 40. Barcelona, FIM, 2003, 2º ed., p. 208

⁴ Hernández Sánchez, Fernando, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)* Barcelona, Crítica, 2015, pp. 8-9.

⁵ Hernández Sánchez, Fernando, *Op. cit.*, p. 9

más llamativo de los comunistas en *los años de plomo* había sido “el tesón, la contumacia con la que siempre surgen núcleos de militantes que no se dan por vencidos y a pesar de la represión, y a veces del propio desprecio cuando no persecución por parte de algunos de los núcleos de dirección, son capaces de arriesgarlo todo para volver a empezar.”⁶

Como cabía esperar, son muchos los méritos del trabajo de Fernando Hernández; en primer lugar, el uso sistemático de la documentación de los diversos archivos que maneja, subrayando el propio autor los imprescindibles fondos del archivo del PCE, abierto en canal para los investigadores, así como una muy correcta selección bibliográfica y algunas entrevistas a personajes destacados de aquellos años. Por otra parte, su ambicioso planteamiento, que aspira a llevar a cabo una especie de “historia total” del comunismo español a lo largo de más de una década. Táctica y estrategia política del PCE, supeditada en toda circunstancia a las directrices de Moscú; oposición y enfrentamiento *interior* exilio, con sus habituales choques por el control del *aparato*; contraposición y frecuente contraste entre dirección y *base*; desviaciones y *herejías*, denunciadas, perseguidas, e incluso castigadas con la *eliminación* física de los derrotados en cada caso; persecución obsesiva de la dictadura e infiltraciones del aparato policial franquista, delaciones y traiciones, reales o manipuladas, tales son los mimbres con que teje Hernández Sánchez su obra. Y es precisamente en ese afán explicativo totalizador donde, a mi modo de ver, se deslizan algunos enfoques cuanto menos matizables y aún discutibles.

La obra comienza con la desbandada de los cuadros y de la dirección del PCE sin

⁶ Editada el 11 de mayo de 2015 en, www.cronicapopular.es/2015/05/fernando-hernandez-sanchez-el-pce-tuv-, p.2..

haber previsto el más mínimo aparato clandestino. El partido de la guerra se desmoronó con la derrota de la República y, además, su aislamiento político se acrecentó tomando cuerpo otra vez el sectarismo de sus primeros años. El traumático pacto germano-soviético añadió caos y confusión en las menguadas filas comunistas y avaló el anticomunismo de las demás fuerzas del ya fenecido Frente Popular. Según Hernández Sánchez, el rumbo del PCE tras la debacle lo asume la Komintern; sin embargo, las directrices trazadas en el verano de 1939, que pasaban por desaconsejar la lucha armada abogando, en cambio, por penetrar en las organizaciones de masas franquistas, tardarán década y media en ser asumidas por la dirección comunista una vez asimilados, entre titubeos, los consejos de Stalin tras la famosa entrevista de 1948. No conviene pasar por alto el hecho de que el Secretario de organización, Pedro Checa, también planteó la necesidad de entrar en los Sindicatos verticales en su Informe a la dirección titulado “La situación de España y las tareas actuales del Partido” y que tiene fecha de 8 de julio de 1939.

Cuando aborda la *disidencia* de Jesús Hernández y explica su desenlace, hace recaer la decisión de su expulsión sobre Dimitrov con el argumento de que Hernández podía ser menos fiel y controlable que Dolores Ibárruri, una vez disuelto “el centro de dirección del movimiento comunista mundial”. Si bien es cierto que nuestro autor ha estudiado con detalle la figura de Jesús Hernández, parece aventurado presuponer que el antiguo ministro de Instrucción pública, de haber sido nombrado Secretario general, hubiese adoptado una posición propia e independiente de Moscú, en pleno auge del estalinismo más

rampante, del que unos y otros eran fervorosos acólitos.

Mientras tanto, en el interior, dada la brutal presión policial, se sucedían las caídas en cascada. Las debilidades frente al enemigo, las delaciones o la colaboración con los agentes represores, fueron juzgadas con desigual dureza por la organización. No fue infrecuente la eliminación física de los tildados de traidores, práctica a la que recurrirán las distintas direcciones y que era asumida con normalidad por la militancia, como rememora Mikel Rodríguez, “Había un aparato dentro del Partido que se ocupaba de las ejecuciones [...] considerábamos que la eliminación de los enemigos era natural”⁷

Qué fácil resultaba entonces etiquetar de agentes imperialistas, provocadores, enemigos del partido, en definitiva, *traidores*, a los acusados de *trozkismo*, *quiñonismo* o *monzonismo* en las denodadas luchas internas por el control del aparato.

El imparable ascenso de Carrillo está estrechamente relacionado con estas prácticas a fin de conseguir domeñar todo atisbo de divergencias, reales o supuestas. Vigilar, castigar y sustituir a valiosos cuadros del interior por comunistas fieles a su persona y férreamente disciplinados era el *modus operandi* de un Santiago Carrillo cada día más fuerte y seguro de sí mismo en la dirección.

De todo ello nos informa amplia y rigurosamente la obra de Fernando Hernández, aunque su análisis de la figura de Carrillo destila cierta animosidad. Por supuesto, nada plantea que no sea cierto, incluso podría reforzar su línea argumental crítica con el personaje, pero también se trasluce una cierta impiedad en el tratamiento dado a don Santiago. Por ejemplo, sostiene que

⁷Vid. Rodríguez, Mikel, *Maquis. La guerrilla vasca 1938-1962*, cit. en Fernández Rodríguez, Carlos, *Madrid clandestino...opus .cit.*, p. 365, n. 430

cuando Carrillo llegó a Francia para hacerse con las riendas del partido, impondrá la “lógica de Yalta” en la que no cabía la táctica insurreccional planteada por cabecillas del interior como Monzón. De hecho, añade, la “lógica de Yalta” obligó a los partidos comunistas de la Europa occidental a sustituir a los dirigentes más reputados de la resistencia por “direcciones burocráticas” venidas de Moscú. Me parece mucho suponer que Carrillo hubiera sido el hombre del Kremlin, “elegido” para cumplir tal misión cuando todavía no era sino un cuadro más luchando por abrirse paso en el proceloso mar del exilio comunista.

Siendo como era maestro en la manipulación, Carrillo sorteó muchas adversidades, alguna de las cuales pudieron tener consecuencias desastrosas en su carrera hacia la Secretaría general. Hernández Sánchez caracteriza los últimos años de la década de los cuarenta como “tiempos de desolación”, iniciados con el envío desde Francia de cuadros de la confianza de Carrillo; éstos fueron rápidamente detenidos por su inexperiencia y desconocimiento de la realidad española, y algunos de ellos pasaron a colaborar con las fuerzas represivas de la dictadura, provocando la desarticulación casi completa del partido, hasta el punto de que, en el colmo del sarcasmo, la policía llegó a ser la ocasional editora de *Mundo Obrero*. El comisario Conesa y sus secuaces pudieron jactarse de haber sembrado la duda y el terror en las muy menguadas huestes comunistas que buscarán con denuedo infiltrados hasta en las cárceles, mientras colapsaba la guerrilla y la perspectiva del final del franquismo se alejaba en el horizonte. El círculo se cerró cuando, en pleno apogeo de la *guerra fría*, los comunistas españoles acabaron siendo perseguidos e ilegalizados en Francia; sus cuadros se vieron abocados a una nueva dispersión, mientras unos pocos, Carrillo entre ellos, hubieron

de moverse en la clandestinidad también en territorio galo.

Fernando Hernández analiza esta infausta etapa como la de los “años perdidos” y en el epílogo de su obra, atribuye a los “errores de bulto” de Santiago Carrillo la condena del PCE “a más de una década de impotencia”. Eso sí, mostró la “habilidad suficiente para recomponer su figura, sortear el temporal” y hacerse a mediados de los cincuenta “con el timón de la nave comunista”⁸. En efecto, el poder cuasi absoluto de Carrillo le permitirá gobernar con mano de hierro a los camaradas, pero, a su vez, se inicia el deshielo de la organización, y una mudanza de la línea política que hizo del PCE el Partido, con mayúscula y por antonomasia, del antifranquismo.

No obstante, me parece que poniendo el foco en el imparable ascenso de Carrillo, el autor relega algunas cuestiones que merecerían acaso mayor atención, como, por ejemplo, la gestación de los cambios que culminan en la *Reconciliación nacional*, la gran apuesta estratégica del partido.

En último término, estamos ante un estupendo estudio cuya amplitud y riqueza de perspectivas estimula nuevas preguntas, alienta el debate y porque no, la discrepancia; y ello es posible únicamente con investigaciones de envergadura como la que ahora reseñamos.

Carmen García
Universidad de Oviedo

NASH, Mary (ed.) *Feminidades y masculinidades: Arquetipos y prácticas de género* Alianza Editorial, Madrid, 2014, pp. 304.

Los diez textos que componen esta obra colectiva elaborada por especialistas de his-

⁸ Hernández Sánchez, Fernando, *Los años de plomo...*, p. 330

toria, literatura, cine y estudios culturales y editada por Mary Nash, nos ofrecen un sugerente análisis histórico en torno a modelos culturales de género examinando su impacto en la realidad social y en las relaciones entre hombres y mujeres. El volumen está inspirado en las aportaciones, debates y posteriores reflexiones en torno a las jornadas patrocinadas por la Fundación Pablo Iglesias y que se celebraron en 2011 en el Círculo de Bellas Artes en Madrid.

Desde el enfoque de la historia de género, las páginas del libro nos invitan a acercarnos a contextos como el de la bohemia francesa, la crisis del 98, el cine, el fútbol, el feminismo de segunda ola, el mundo obrero y el entorno rural dibujando un fascinante mosaico de iconos femeninos y masculinos. Este recorrido histórico deja en evidencia la centralidad de las representaciones culturales en la pervivencia de actitudes culturales y códigos desiguales de conducta que han condicionado los proyectos de vida de mujeres y hombres desde el siglo XIX.

El primer capítulo del libro corre a cargo de María Dolores Ramos que nos introduce en el contexto de la modernidad y a las transformaciones que en aquel contexto se dieron en relación a los modelos de feminidad. En las primeras décadas del siglo XX perduraban aún arquetipos de género más tradicionales, pero los cambios discursivos y culturales que se estaban produciendo, contribuyeron a la reformulación del arquetipo femenino doméstico. La profesora Ramos nos acerca a este contexto a través del mundo de la literatura y de las imágenes de “La mujer moderna”. Bajo la influencia de pensamientos como el positivismo, el modernismo y el feminismo, los escritos de algunas las autoras de la época se nos presentan como el testimonio escrito de reivindicaciones de derechos

políticos y civiles, de la necesidad de conquistar espacios propios, y del acceso a carreras universitarias y al ejercicio de nuevos oficios. La emergencia de estos dispositivos literarios y aquel ambiente de cambios culturales y discursivos registrados en los felices años veinte, contribuyó también a la aparición de figuras femeninas cuya estética y comportamientos resultaban novedosas. A partir del análisis de estos arquetipos femeninos la profesora Ramos subraya que el feminismo no se limitó a introducir un determinado proyecto político, sino que fue también un movimiento social con capacidad para incidir en las formas de vida y sentar las bases para la construcción de arquetipos de feminidad novedosos.

Nerea Aresti y de Gemma Torres realizan, en los capítulos segundo y tercero respectivamente, diferentes aproximaciones a la representación de la masculinidad en relación a la identidad nacional. Aresti nos acerca, a partir del análisis de diversos textos, representaciones e imágenes que poblaron el ambiente de la opinión pública internacional en torno al 98, al clima de descrédito que sufrió el arquetipo viril español a finales del siglo XIX. Desde diferentes dispositivos culturales se representó un choque frontal entre aquel modelo y el tipo de hombre característico de los pueblos anglosajones. El arquetipo viril español, representado como un hombre pasivo, vago, irracional, salvaje e incluso afeminado, aparecía en las antípodas del virtuoso, civilizado y moderno hombre anglosajón. Gracias a la capacidad signifiante del género, este tipo de interpelaciones fueron capaces de poner en cuestión una identidad nacional ya debilitada en el contexto de pérdida de las colonias. Más aún, estos debates y representaciones de la identidad masculina española resonaron y lograron interpelar al público general con mayor éxito en el

contexto de cuestionamiento del orden sexual que se produjo tras la Primera Guerra Mundial. Entonces, el arquetipo anglosajón apareció como referente a seguir en los círculos republicanos.

En aquel contexto de cuestionamiento que sufrió España como potencia colonial Gemma Torres pone de relieve la trascendencia que adquirió la representación de la masculinidad marroquí a la hora de dibujar una sociedad inviable y necesitada de un tutor exterior. Este imaginario resulta capital para comprender la empresa de penetración pacífica española en aquel país. Desde diferentes dispositivos culturales se proyectó un arquetipo de la masculinidad marroquí que venía a dibujar una sociedad inviable, incapaz de gobernarse ni de regir sus destinos. Esta representación de lo marroquí aparecía en contraposición a la civilización y la modernización que encarnaría la nación española. Las implicaciones de estos modelos de representación en el marco del discurso colonial, presentaban a España como la tutora que Marruecos necesitaba. Como pone de relieve Torres, la imagen de la sociedad marroquí y en particular la representación de una masculinidad defectuosa y primitiva, apareció como una vía para reparar el honor nacional herido por la pérdida de las últimas colonias. España dibujó en el marroquí su contra-imagen: la definición de su propia identidad en oposición al salvajismo de aquellos, fue también un intento de alinearse con el mundo europeo civilizado y presentarse como una potencia colonial renovada.

En el capítulo cuarto Jordi Luengo López nos presenta a Mimí Pinson, una figura que gracias a su gran popularidad se convirtió en metáfora de todas las mujeres obreras, risueñas y jóvenes parisinas. A partir de aquí, el texto propone una renovada mirada a la bohemia centrada en las mu-

jes que acompañaron a los hombres de aquel movimiento de artistas transgresores. Ha sido la producción de los hombres bohemios la referencia tradicional para la identificación del mundo de la bohemia. Sin embargo, fueron ellas las que realizaron la transgresión espacial, cotidiana y diaria a través de sus propias vidas. Luengo nos introduce así en las vidas de las grissette, las garçonnes o las estudiantes, que coqueteaban con las libertades de las que la feminidad estaba privada. Ellas fueron, como indica el autor, forjadoras de nuevas libertades y las que pusieron en práctica la vida bohemia.

En el capítulo quinto, Mercedes Arbiza realiza un recorrido por el significado del trabajo en relación a la identidad femenina que explica, a la vez, la evolución de la identidad de la clase obrera. El punto de partida del análisis es la representación gráfica en forma de U ofrecida tradicionalmente por la historia económica para resumir la actividad de la productividad femenina: desde una primera etapa, correspondiente al siglo XIX, de participación intensa de las mujeres en la actividad productiva, pasando por la expulsión del mercado de trabajo explicada en función de diversas causas a partir de 1900, para llegar al último tercio del siglo XX con la reincorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Más que la evolución real del trabajo femenino, la gráfica responde al significado atribuido al mismo. A partir de aquí, Arbiza nos invita a realizar un recorrido por las transformaciones del valor social asignado al trabajo de las mujeres que se inscribe, a la vez, en la historia del origen, el desarrollo y la crisis de la identidad de la clase obrera en las sociedades modernas. Una primera fase de esta trayectoria correspondería a la fase de irrupción de la *mujer obrera* alejada del ideal burgués. A partir de 1910 y sobre

todo después de la Segunda Guerra Mundial, el modelo del *ama de casa*, inspirado en la domesticidad decimonónica y válida para las mujeres de clase media, se extendió y alcanzó también a las mujeres obreras. El último tercio del siglo XX, cuando la U se cierra, coincidiría con la aparición de un modelo de feminidad novedoso, que independiente y liberada se entendió a sí misma como *mujer trabajadora*, sin que ello implicara, en cualquier caso, la identificación con las mujeres obreras de hacía un siglo.

Jorge Uría explica en el capítulo sexto, como, en un proceso paralelo a las transformaciones desde una sociedad que caminaba hacia la modernidad, el fútbol llegó a convertirse en un espectáculo de masas. En el contexto de principios del siglo XX, el fútbol apareció como un deporte profesionalizado y caracterizado por registros como la fraternidad del equipo, la disciplina de entrenamiento, la profesionalización de los clubs y jugadores o la competitividad. Todos estos elementos estaban asociados a valores que estaban en pleno auge en aquel contexto. Además, después del desastre de Cuba, el deporte en general y el fútbol en particular se tiñó de valores raciales. El futbolista a través de la robustez, de la disciplina corporal y del vigor físico, apareció como una imagen correcta de la recuperación de la raza y representaba lo mejor de la nación. Protagonistas de un espectáculo que arrastraba a las masas al estadio o al consumo de otros registros relacionados con ellos, los ases del fútbol adquirieron una gran trascendencia a la hora de definir y construir la masculinidad. Los futbolistas se erigieron, así, en las *élites simbólicas* de todo un conjunto social, reproduciendo a la vez que construían modelos ideales a seguir. El profesor Uría nos presenta a Ricardo Zamora y de José Alcántara, dos de los futbolistas más populares de principios

del siglo XX. El primero, corpulento y gimnástico, encarnó el prototipo viril a la perfección; el segundo, menos musculoso y más desgarrado que el primero supo potenciar sus virtudes de flexibilidad y fuerza. Cada uno desarrolló y concretó en sus cuerpos facetas que definían y los valores de masculinidad en ascenso en la sociedad de entonces.

Los capítulos séptimo y octavo, elaborados por Mary Nash y Teresa Ortega, se adentran en el contexto de la transición española. Mary Nash nos introduce en este contexto a través de las representaciones culturales que las mujeres del movimiento feminista lograron crear. El texto recorre, así, el mundo simbólico en relación a tres de los terrenos de lucha más importantes de las feministas de la transición: la domesticidad, el mundo del trabajo y la sexualidad. Frente al arquetipo doméstico de madre, dependiente, sumisa y sin libertad propia del contexto franquista, las feministas contrapusieron la figura alternativa de madre libre y autónoma como nueva representación de la feminidad. En relación al mundo del trabajo, aunque no lograron resignificar el reparto del trabajo doméstico, si consiguieron incorporar en el nuevo régimen de valores democráticos la legitimidad del derecho igual de las mujeres a un trabajo remunerado. Por otro lado, las feministas situaron el cuerpo sexual y la libre maternidad como eje vertebrador del nuevo modelo de mujer que emergió durante la transición. El cuerpo de las mujeres tuvo un papel político y simbólico protagonista en el contexto de la democracia y los debates sobre la sexualidad hicieron realidad uno de los postulados básicos del movimiento de liberación de las mujeres: lo personal es político.

Pese a las limitaciones, el movimiento de mujeres de segunda ola logró tener

incidencia como agencia de significación colectiva en la batalla cultural de marcar una nueva visión igualitaria de género. Lograron crear referentes de significación que dejaban atrás el arquetipo franquista a partir de la construcción de una figura autónoma y sexual, a la que se sumó un perfil de trabajadora y profesional entre los elementos que conformaban la feminidad liberada.

El texto de Teresa María Ortega plantea que las estrategias de género desarrolladas por las campesinas a partir de 1977 pusieron de relieve no sólo las diferencias que aún existían en el campo español sino que contribuyeron también a ampliar la democracia haciendo visible su triple invisibilidad –como mujeres, trabajadoras y campesinas–. La democracia no llegó a poner en cuestión el patrón cultural tradicional del entorno rural de acuerdo al cual la campesina era la figura reproductora, y su trabajo complementario al del trabajo productor del varón. Este mantenimiento de arquetipos estaba perpetuando una situación de falta de reconocimiento de la labor de las campesinas. A finales de los 70 y principios de los 80, las mujeres del campo comenzaron a organizarse para denunciar esta situación y reclamar cambios. Las reuniones y encuentros se convirtieron en espacios de intercambio de vivencias profesionales y personales. Las agricultoras comenzaron a fortalecerse mediante categorías de pensamiento feminista que les ayudaron a identificar las causas de su discriminación. Por su parte, no fue hasta 1986, en el contexto de ingreso de España a la Unión Europea, cuando el Estado comenzó a reconocer algunas de las reclamaciones que las campesinas venían demandando desde 1977.

Brad Epps y Alejandro Melero cierran el conjunto de aportaciones introduciéndose, en los capítulos noveno y décimo, en el terreno de las representaciones cinematográ-

ficas de la transición española. Brad Epps destaca la pugna o tensa convivencia entre la heterosexualidad y la homosexualidad que se proyectó en las pantallas de la transición para ocuparse de los elementos significativos de transgresión de los arquetipos de género. El texto nos acerca a un contexto cinematográfico que transitaba de la censura franquista a la libertad democrática. En este escenario, el morbo apareció como elemento protagonista de las representaciones de la masculinidad homosexual. Alfredo Landa fue uno de los actores protagonista en dar vida al personaje homosexual, que construido a partir de elementos cómicos, favorecía el desvanecimiento de las posibilidades de representación transgresora. Frente a las películas del *landismo*, otros ejemplos como *Morbo* (Gonzalo Suárez, 1972), *Bilbao* (Bigas Luna, 1978) o *Arrebato* (Iván Zulueta, 1980) resultaban, en comparación, cintas de radicalidad punzante. El análisis de estos tres filmes sirve a Epps para rastrear los elementos de continuidad y cambio que caracterizaron el cine de la transición.

Finalmente, el texto de Alejandro Melero es un análisis por las formas arquetípicas en las que se dibujó la homosexualidad femenina y masculina en el cine de la transición. Las características que les fueron atribuidas a aquellas figuras resultan significativas de las inquietudes y miedos de aquellos años en los que se caminaba, lentamente, hacia un contexto de nuevas libertades. Melero nos acerca, así, al arquetipo de la *heterolesbiana*, característico del cine erótico y de destape, que protagonizó episodios de sexo con otras mujeres de acuerdo a esquemas narrativos de placer dirigidos a hombres heterosexuales. La representación de la *vampiresa*, una lesbiana depredadora, fue protagonista de multitud de películas de terror que recurrieron a

creencias populares en torno a la homosexualidad para contribuir a la narrativa del terror. El pánico que provocaban estas mujeres estaba basado, generalmente, en la idea del “proselitismo homosexual”. En relación a los personas masculinos, las representaciones homosexuales más comunes fueron las comedias de “mariquitas” o que fingían serlo y los dramas que presentaban al homosexual como un ser patético y condenado a la tristeza o al suicidio. Estas representaciones coincidían con la consideración de la homosexualidad masculina como una lacra que condenaba al individuo a dos modelos de vida: o se convierte en un bufón para la sociedad heterosexual normativa, o se recluye en un pozo de soledad y amargura que le aleje de la sociedad para la que no está preparado.

En conjunto, los diferentes contextos a los que nos acerca esta inspiradora obra ponen de relieve la eficacia que han tenido las representaciones de género para el mantenimiento de las jerarquías de género y las prácticas de poder. Las investigaciones ponen de manifiesto cómo, incluso en contextos más avanzados la pervivencia de determinados arquetipos han dificultado el asentamiento efectivo de la igualdad. Aún así, los textos no son ajenos a la capacidad de hombres y mujeres para actuar, a pesar de los imperativos y controles sociales existentes en cada contexto, como agentes sociales capaces también de afectar y de construir modelos de feminidad y masculinidad. La mirada protagonista que realiza cada capítulo al imaginario cultural de diferentes contextos resulta en un volumen imprescindible para avanzar en la historia de género y en la comprensión de la pervi-

vencia y transformación de valores y creencias basados en la diferencia sexual.

Aintzane Rincón
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko
Unibertsitatea

Antonio Cazorla, *Franco. Biografía del mito*. Madrid: Alianza Editorial, 2015, pp.369

Sin añadir datos novedosos sobre la vida de Francisco Franco, pero utilizando algunos documentos procedentes de la Fundación Francisco Franco y de los archivos estadounidenses, este libro de Antonio Cazorla consigue ser original al centrarse en la evolución de la imagen pública del dictador y la percepción que los españoles tuvieron de él durante la dictadura y después de la misma. Un trabajo, que además, ofrece una periodificación de las diferentes imágenes del dictador que se corresponden con las distintas fases de la dictadura, según las necesidades políticas del momento y la evolución de los equilibrios internacionales.

Al margen de la introducción, el libro se articula en seis capítulos que tienen *grosso modo* la misma estructura: una primera parte en la cual el autor resume los principales acontecimientos de la vida del dictador y de España para seguidamente detenerse sobre las narraciones de la propaganda, facilitando de esta forma al lector la posibilidad de medir la distancia abismal que separó las narraciones de la realidad histórica.

A pesar de la imagen de héroe militar que construyó la propaganda franquista a partir de la Guerra Civil, Franco “*ni fue el soldado más famoso de España ni tampoco su rápida progresión [...] fue tan excepcional*” (p. 29). Cazorla lo demuestra apuntando que cuan-

do se graduó en la Academia de Infantería de Toledo su puesto en la promoción fue el 251 de 312; que en el ejército español hubo, entre 1909 y 1914, 1.587 ascensos (p. 40) y que si “*Franco fue el hombre que salvó Melilla en 1921, nadie entonces se dio cuenta*” como comprueban las crónicas de la época, dónde Franco “*o no fue mencionado o solo lo fue de pasada*” (p. 43). Lo mismo ocurrió con el desembarco de Alhucemas, cuya idea se atribuyó sucesivamente a Franco, cuando la verdad es que la cúpula militar estaba gestando este proyecto desde el inicio de la guerra en 1909, es decir, antes de que Franco se incorporara al ejército de África.

Aclarado que tampoco fue solvente la imagen de un Franco perseguido por la República, el autor pasa en el segundo capítulo a explicar cómo el héroe militar se convirtió en el salvador de España, a pesar de su tardía implicación en la conspiración militar y el error cometido al desviar la marcha sobre Madrid para liberar el Alcázar de Toledo, que, por el contrario, sí le sirvió para reforzar su prestigio y posición de poder militar; aunque “*es probable que le costase dos años y medio más de guerra*” (p. 95). Caizorla no comparte el argumento defendido por otros historiadores (Paul Preston entre ellos), según el cual la falta de celeridad en la conducción de las operaciones militares se debiese al deseo de Franco de asentar su poder y limpiar la retaguardia de “rojos”. Por el contrario, insiste sobre la “*pobreza estratégica y el conservadurismo*” (p. 97) del pensamiento militar de Franco. En todo caso, la imagen de salvador de la patria no cuajó desde el principio de la contienda, puesto que Millán Astray recibió tratamientos apoteósicos por parte de la prensa y Mola también mereció, en ocasiones, el calificativo de “caudillo”. Fue solo a partir de agosto de 1936 cuando a Franco se le comenzó a llamar “caudillo” regularmente, y fue la

autopromoción propagandística en la cual Franco se empeñó en plasmar el mito de salvador de la patria. Una autopromoción que, a partir de octubre de aquel mismo año, contó con los servicios de propaganda del Nuevo Estado, la prosa apologética de varios periodistas que pronto se convirtieron en hagiógrafos (Juan Pujol, Joaquín Arrarás, Víctor Albéniz, Víctor Zurita sobretodo) y el constante control por parte del propio Franco de su biografía pública, de la cual borró, ya desde la primera recopilación de sus discursos, publicada en 1939, sus dudas y ambigüedades iniciales. Un ejemplo de ello sería el discurso radiado desde Canarias y reproducido en *ABC-Sevilla* el 23 de julio, en el cual afirmaba haberse unido al alzamiento para defender la Constitución, u otras intervenciones públicas que había concluido vitoreando la República.

En el mismo capítulo el autor trata además de cómo Franco fue visto en el extranjero, concretamente por la prensa canadiense y en el Reino Unido, donde los partidarios de Franco fueron minoría y las publicaciones en su favor poquísimas, ofreciendo también un vistazo sobre la prensa francesa.

La imagen de “hombre de paz” que cubre los años 1939-1947, a los que está dedicado el tercer capítulo, tiene como clave la actitud de Franco frente al Segundo conflicto mundial. Una actitud que se manifestó claramente con ocasión del encuentro con Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940. El ‘cuento’ que los españoles conocieron a partir de 1945 fue el de un Hitler furioso y fastidiado por las cautelas del Caudillo, que se había resistido a Serrano Suñer partidario de echar a España en brazos de Alemania y que pidió a propósito al Führer “*cosas que sabía que el austriaco nunca le iba a dar*” (p. 155). Cuando la realidad fue que la “larga lista de la compra”

que Franco presentó a Hitler para entrar en guerra pareció excesiva a los alemanes, convencidos en aquel momento que el Reino Unido estaba a punto de rendirse. A la que se sumarían otras cuestiones, como el plan de invasión de Portugal elaborado en 1940 por el Estado Mayor español; la utilización por parte de espías japoneses de la embajada española en Washington; la convicción del triunfo alemán, como demuestran varios discursos de Franco de 1941 y hasta de diciembre de 1942. Es decir, meses después del alejamiento de Serrano Súñer del poder.

Es de sobra conocido que el momento más crítico para la dictadura fue el que se produjo tras el final de la Guerra mundial. A ello Cazorla dedica páginas muy interesantes donde analiza la actitud de la diplomacia británica y estadounidense para evidenciar la distancia que separó la orientación de la opinión pública democrática internacional, en su inmensa mayoría hostil al régimen español, de la orientación de los aliados occidentales que empezaron a valorar de útil el papel de la España franquista en el clima de incipiente Guerra fría. Franco hizo lo suyo y tuvo éxito. Las cartas que los españoles enviaron al dictador (a las que Cazorla ha dedicado el trabajo *Cartas a Franco de los españoles de a pie*, 2014), los poemas que le dedicaron los presos políticos, las manifestaciones de júbilo popular que acompañaron sus viajes a lo largo de la geografía del país, sirven de muestra del consenso que Franco consiguió en el interior. Un consenso que se reforzó a través de la construcción de una memoria oficial de la República y de la guerra, con la construcción del lugar por excelencia de esta memoria en el Valle de los Caídos, con la constante aparición del Caudillo en los NO-DO a partir de 1943 (oportunamente depurados de cualquier alusión a las rela-

ciones con el Eje), y en los medios de comunicación.

Como se ha visto, la operación cosmética llevada a cabo por Franco y su aparato propagandístico tuvo éxito, puesto que ya a partir de 1948 el “*aislamiento internacional de la España franquista empezó a atenuarse*” (p. 199). Fue justamente en este contexto en el que se completó el cambio de actitud de la diplomacia estadounidense y cuando también cambió la orientación de la opinión pública de los EE.UU. Además de la situación internacional, dicho cambio fue facilitado por el propio Franco que en febrero de 1947, con motivo de una entrevista al *Evening Star* de Washington, llegó a apropiarse, como escribe Cazorla, “*de la sangre de los republicanos que lucharon por la liberación de Europa*”, afirmando que habían sido “*muchos los españoles que combatieron en las filas de ingleses y americanos contra las naciones del Eje*” (p. 203). Incluso fue enorme el esfuerzo, también económico, de Franco para promocionar su imagen en los EE.UU., una tarea para la que contó *in loco* con José Felix de Lequerica y en Madrid con el encargado de negocios estadounidense, Paul Culberston. “*Estaba naciendo – observa Cazorla – un nuevo mito, el del buen dictador: “el gobernante autoritario católico que daba estabilidad a un país que no sabía vivir en democracia”*” (p. 207). Las páginas siguientes de este cuarto capítulo están dedicadas a la imagen de Franco que diplomáticos (el embajador estadounidense Stanton Griffiths y su homólogo británico John Balfour), políticos (el senador republicano Owen Brewster), antropólogos (Julían Pitt-Rivers), y escritores (Mildred Adams, Richard Wright), transmitieron en sus países y al cambio que se fue produciendo en las respectivas opiniones públicas. Muestra de ello es la orientación de los británicos: en 1946 el 60% de los ciudadanos del Reino

Unido estaba a favor de romper las relaciones diplomáticas con España, mientras que solo el 14% se manifestaba en contra; en 1961 solo el 14% no quería saber nada con España, el 29% decía que España debía ser tratada como cualquier otro país, el 29% que las relaciones bilaterales debían ser más intensas. En fin: un éxito que después de la admisión de España en la ONU en 1955 (extraña que el autor cite solo muy de paso los acuerdos con EE.UU. de 1953 y —si no me equivoco— nunca el Concordato con la Santa Sede del mismo año), tuvo su “*verdadero punto climático personal para Franco*” en diciembre de 1959 con la llegada de Dwight Eisenhower en Madrid. Profunda ironía de la historia, observa Cazorla, al escribir que “*El hombre que tan cálidamente saludó a Hitler en Hendaya en 1940 y el que derrotó (a Hitler) en 1945 eran ahora amigos*” (p. 218).

En el mismo capítulo el autor examina el “doble” lenguaje de Franco, es decir, críptico y diferente según se dirigiese a los españoles o a los extranjeros, en particular estadounidenses, en unos discursos que revelan como “*Franco se presentaba como certificador de la realización de sus profecías*” (p. 224). A continuación se detiene en las nuevas hagiografías, empezando con la de Luis de Galinsoga (*Centinela de Occidente*, 1956), continuando con los libros para niños como lo de J. Manuel Useros (*El hombre en el paredón*, 1957), en las diferentes celebraciones, fiestas y manifestaciones deportivas, sin olvidar las múltiples representaciones ofrecidas por NO-DO de un Caudillo cazando, pescando, jugando al golf, pintando, montando a caballo y cuidando de sus nietos. En fin, la imagen de un dictador dinámico y bondadoso, trabajador incansable, que contrasta con la realidad muy distinta que empezó a conocerse con la publicación de *Mis conversaciones privadas con Franco* (1976), de su primo

y colaborador Franco Salgado-Araujo que lo describe como un pedante y presumido egocéntrico, un xenófobo obsesionado por los contubernios, que se había identificado con sus propias mentiras hasta el punto de incorporar en su personalidad el mito de sí que él mismo había construido. Y muy distinta de la representada por la propaganda era la realidad económica del país que a pesar de los “Veinte años de Paz” llegaba a finales de los años cincuenta en una situación catastrófica tanto en la agricultura, como en la industria, como demuestran los datos que el autor facilita.

La nueva política económica estrenada a finales de los años cincuenta y las primeras muestras del *boom* que habría marcado los sesenta, llevaron en 1964 a un giro interpretativo bajo el impulso del nuevo ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga. La campaña sobre los “Veinticinco Años de Paz”, fue el marco en el cual cristalizó la nueva imagen del Caudillo como modernizador del país, que según Cazorla fue la “*última que la propaganda ofreció a los españoles*” (p. 262).

En el quinto capítulo el autor se centra en el impresionante despliegue de medios utilizados para la labor: la exposición “España 1964: 25 Años de Paz”, publicaciones como *España cumple veinticinco años de Paz* (dónde la dictadura se apoderaba de algunos poemas de los poetas exiliados), una serie de documentales de NO-DO, el largometraje *Franco: ese hombre*. Todos ellos con mentiras que se alternan con los silencios. Y sin que faltasen nuevas biografías apoloéticas como las de Georges Hills (1967), Brian Corzier (1967), J.W.D. Trythal (1970), o la de Ricardo de la Cierva, que a partir de 1972 comenzó a publicar una serie de fascículos en los cuales “*la imagen de Franco como artífice de la modernización económica de España alcanza su punto álgido*” (p. 278).

Cazorla no olvida apuntar el impacto que estos esfuerzos propagandísticos tuvieron sobre los españoles que, como el autor recuerda utilizando los primeros informes sociológicos de finales de los años sesenta, tenían en su mayoría una cultura política “*autoritaria y conservadora*” (p. 285), debido también –claro está– al carecer “*de información independiente y contrastable sobre la realidad y, más importante aún, de la posibilidad de elegir*” (p. 293). Sin embargo, donde Franco alcanzó el cenit de la mistificación fue en unas intervenciones de 1964 y 1968 en las que, frente a los cambios producidos en la Iglesia por el Concilio Vaticano II, intentó presentar su régimen como inspirado por la doctrina social de la *Rerum Novarum*, el intento logrado de casar ética y política y como precursor desde hacía treinta años de la *Popolorum progressio*. Con todo, el día siguiente la muerte del dictador una encuesta que no se hizo pública revelaba que “*algo más de la mitad de los españoles sentían aprecio por el dictador, mientras que una minoría [...] sentía rechazo o indiferencia*” (p. 312).

En el último capítulo el autor trata de la muerte de Franco y de lo que vino después. En primer lugar, aborda la valoración positiva del dictador que en los años sucesivos declinó lentamente, pero no tanto como era de suponer, puesto que “*un segmento mayoritario de la población –el 64% en 1985 y el 56% en 2000– estaba dispuesto a darle a la dictadura un crédito total o, más comúnmente, parcial de logros positivos*” (p. 316). Al exhibir estos datos Cazorla insiste justamente sobre la capacidad que el mito de Franco tuvo en obtener el consenso de los españoles al tiempo que, indirectamente, contrasta las visiones que enfatizan el peso y el papel de la oposición antifranquista. Describe a continuación los libros que publicaron colaboradores del dictador (Francisco Franco Salgado-Araujo, Laureano López Rodó),

periodistas (Luciano Rincón), escritores (Manuel Vázquez Montalbán), hasta los de los historiadores –que por ser conocidos no viene al caso apuntar en esta reseña– y que empezaron a llenar el vacío de estudios que sobre la Segunda República, la Guerra civil, el franquismo y el propio Franco, dejado por la dictadura. Sin olvidar los trabajos de quienes presentaron el franquismo como un sistema político más de Europa (Gonzalo Redondo), o como una dictadura bondadosa (Vicente Cárcel Ortí), o la democracia como un legado de Franco (Pío Moa). Quizá –habría que añadir– el verdadero último y posfranquista mito de Franco, compartido por los franquistas aperturistas de la última hora (como Manuel Fraga), con el que a la imagen del Franco modernizador se añadiría la del democratizador por haber elegido como sucesor a Juan Carlos, como si el príncipe no fuese elegido justamente por la confianza que el dictador puso en él como garante de la continuidad sin traumas del régimen.

Después de haber realizado el recorrido del movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica y de la llamada Ley de Memoria histórica, Cazorla concluye lamentando la falta de espacios comunes donde discutir sobre la Guerra Civil y el franquismo. Una prueba más de la falta de una memoria compartida.

Versión corregida, ampliada y puesta al día del libro publicado originariamente por Routledge en 2014, el trabajo de Antonio Cazorla representa una aportación muy importante al conocimiento de las mentiras de la propaganda franquista y del consenso con el cual el régimen pudo contar. Quizá el empleo del término “mito” hubiera necesitado alguna consideración y puntualización más. Así cómo, acabada la lectura del libro, surge la duda de si algunas imágenes de Franco, para no utilizar el tér-

mino “mito”, no fueron también construidas por la oposición antifranquista (sobre todo de izquierda). Dicho de otra forma, si la oposición antifranquista no construyó sus propias imágenes del dictador, útiles para llevar a cabo la lucha. Sin embargo, se trata de un aspecto que queda fuera del planteamiento del autor que cumple con sus premisas. En cambio el autor deja la curiosidad de conocer de dónde procede su convicción de que, acabada la guerra civil, Franco recibiese la invitación del Vaticano para celebrar su victoria (p. 154). Cazorla, muy de paso, trata del papel que la dictadura española desempeñó frente al Holocausto judío. Una aproximación que resulta débil bien desde el punto de vista histórico, bien desde el historiográfico. En el primer caso, porque la cuestión no se puede reducir al Holocausto, siendo muy importante la actitud del régimen frente a las persecuciones antihebraicas en la Francia de Vichy ya en 1940, también los permisos de tránsitos que el régimen de Franco concedió a los judíos, aunque con muchas restricciones hasta 1942-1943, y sobre todo porque la propaganda franquista intentó acreditar como humanitaria la política del régimen, que tan sólo lo fue a partir de 1942-1943, es decir, a partir de la intervención de los Estados Unidos en el conflicto mundial. Desde el punto de vista historiográfico y sobre la debilidad que muestra el texto en este punto, sólo caber decir que se debe a que existe sobre el tema una literatura solvente de la cual Cazorla hubiera podido aprovechar más y mejor.

Cabe añadir, por último, que con un planteamiento distinto y un análisis muy pormenorizado que llega hasta 1939 (propia de una tesis doctoral, de la cual procede el libro), el tema del mito de Franco ya había sido investigado por Laura Zenobi, que en 2011 había publicado en la edito-

rial Cátedra *La construcción del mito de Franco*. Un trabajo solvente que Cazorla cita algunas veces con relación a aspectos puntuales, pero sin valorar como indudablemente hubiera merecido el antecedente historiográfico que esta investigación representa con respecto a su monografía. Una omisión para los que seguimos pensando que el oficio del historiador es antes que nada el de extinguir las deudas contraídas con los que han escrito antes sobre el tema al que nos dedicamos.

Alfonso Botti

Università di Modena e Reggio Emilia

James Matthews (selección e introducción), *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil española (prólogo de José Álvarez Junco)*, Madrid. Alianza Editorial, 2015, 256 pp.

Muy a menudo comentan los historiadores de la Guerra Civil española la dificultad que supone investigar algunos de sus aspectos sin contar con abundantes fuentes epistolares, de las que en verdad hay una escasez notable en los archivos públicos españoles. Las cartas, en principio, son un documento valiosísimo para explorar diversas dimensiones de la historia; no sólo aportan una perspectiva desde abajo, desde el punto de vista de los individuos, sobre fenómenos de todo tipo, haciéndonos conscientes del mundo subjetivo de la época y permitiendo atisbar el papel histórico de las emociones (un campo de estudio en auge actualmente), del lenguaje, la cotidianidad, las prácticas de escritura, etc., sino que además, si son utilizadas por el historiador con destreza, permiten provocar al lector una extraña sensación de cercanía a lo narrado y de empatía con los actores en su contexto, algo no menos importante para la transmi-

sión del conocimiento del pasado y para su comprensión significativa. En los últimos años, diversos estudios centrados en las vivencias de las personas corrientes, no en los grandes nombres, han valorizado los ego-documentos, dando casi un giro epistemológico hacia los individuos que antes solían observarse solamente como agregados en una masa. Sin embargo, en contraste con otros países en los que existen importantes fondos archivísticos epistolares relativos a las experiencias de guerra del siglo XX, en España todavía no hay mucha disponibilidad de estas fuentes, ni muchos trabajos realizados sobre las pocas con las que contamos, para poder estudiar el periodo de la Guerra Civil.

Por eso, cabe alegrarse ante la aparición de libros como éste, que no es sino una colección de textos epistolares escritos por soldados republicanos de servicio durante el conflicto de 1936-1939, y que está orientado precisamente a cubrir parte de ese vacío. Dicho sea de antemano, este volumen no es ningún epistolario completo, ni una antología de misivas, sino una colección de *fragmentos* de cartas, que de manera algo azarosa llegan ahora al gran público, con la selección y estudio introductorio (de casi cuarenta páginas) a cargo de James Matthews, doctor en Historia por la Universidad de Oxford. En cierto sentido, el libro puede verse como un anexo documental, o un atajo según se mire, a la obra fundamental de este autor, publicada en 2013 también por Alianza Editorial, *Soldados a la fuerza*, en la que se examinaba y describía ampliamente la experiencia de los soldados reclutados obligatoriamente por los dos ejércitos en liza durante la Guerra Civil. No obstante, este *Voces de la trinchera* aborda solo las vivencias de los combatientes de la República, y no los franquistas, a

través de sus escritos pasados por el tamiz de la censura.

El corpus de textos recogidos tiene unas características bastante particulares. Se trata de trozos de epístolas, no cartas completas (salvo pocas excepciones), transcritos por los censores del ejército republicano en Andalucía, en la segunda mitad de 1938 y comienzos de 1939, y que se conservan en el Archivo General Militar de Ávila. Son un total de 335 textos, normalmente de un párrafo de extensión, que han pasado varios filtros desde el momento en que fueron redactados: su interceptación por la censura, escrutinio y selección por parte del censor, transcripción, almacenamiento, deterioro por el paso del tiempo (que ha hecho ilegibles muchos de ellos), y final recepción y recopilación por parte del historiador; filtros de los que James Matthews es, no obstante, plenamente consciente. Es indudable que la censura de la correspondencia pretendía impedir la desmoralización, así como captar el estado de ánimo general de los combatientes, de modo que los extractos recogidos son casi siempre los que se consideraban dañinos de alguna manera para el ejército republicano: sobre todo, quejas por las condiciones de vida en el frente y malas noticias sobre el progreso de la guerra. Por este motivo, fuentes tan alambicadas sirven ante todo para capturar las preocupaciones del mando militar republicano respecto a sus tropas, para aprender acerca de los procesos de censura militar, así como para observar algunas de las realidades más incómodas que se vivían a pie de trinchera en el frente andaluz en un determinado periodo, el de los últimos meses del conflicto, desde la fracasada ofensiva republicana en el Ebro hasta el colapso final de la resistencia. Matthews argumenta, no obstante, que la experiencia de los soldados plasmada en estos retazos de cartas “pue-

de haber sido más representativa de lo que aparenta a simple vista” (página 38), pues provienen de un contexto de frente bélico en la misma situación de relativa calma en que estuvieron la mayor parte de las zonas de guerra a lo largo de casi todo el conflicto.

El conjunto documental que nos ofrece este libro, muy bien contextualizado en su introducción, se ordena en siete capítulos temáticos, que parecen la mejor opción para compartimentar su información. En primer lugar se evidencia la peculiar relación de los soldados con los invisibles censores, que está caracterizada por la picaresca de quienes intentaban sortear la censura o criticarla por escrito. Los siguientes capítulos documentan las condiciones materiales del frente, de hambre y escasez, como es sabido, así como las experiencias bélicas, con el miedo a los bombardeos, la penuria en la trinchera, los comentarios cargados de ansiedad sobre el reclutamiento, etc. Otros capítulos se dedican a demostrar el decaimiento de la moral de los combatientes republicanos, lo que permite observar su hartazgo de la guerra y su resentimiento engendrado contra una retaguardia que se creía poblada de “enchufados”; a detallar las faltas de indisciplina, desde la confraternización con el enemigo hasta la desertión; a describir la complejidad de las relaciones con la retaguardia, los familiares, la esposa o novia. Por último, se aportan ejemplos de cartas que los censores seleccionaron por ser de “antifascismo ejemplar”, y que prueban que no todo fue escepticismo y descreimiento entre los sacrificados luchadores del frente. Todo un mosaico, pues, de la experiencia combatiente republicana durante la Guerra Civil española, a través de las voces de quienes sólo conocemos su

nombre y la unidad militar a la que pertenecían.

Además este contenido está muy bien arropado y presentado, y no sólo por el prólogo conciso de José Álvarez Junco, que da fe de la fidelidad de estas fuentes epistolares a la realidad cruda que se transmitió tras la guerra de padres a hijos. El libro contiene también instantáneas fotográficas de la vida en el frente y la retaguardia, la mayoría inéditas, y un apéndice documental que permite comprender mejor la estructura y las prácticas de la censura militar republicana, así como mapas de la línea del frente andaluz, escenario de donde procede la correspondencia.

En definitiva el libro aporta dos cosas: un estudio muy completo, plasmado en la introducción, sobre los principales aspectos que las fuentes permiten estudiar, y que reitera con algún matiz tesis ya conocidas en la historiografía sobre la Guerra Civil española, sobre todo desde los estudios de Michael Seidman (véase su *A ras de suelo*, también en Alianza, 2003), a saber, que la República perdió la guerra a causa del hambre, dicho muy groseramente, que pasaban sus soldados; y en segundo lugar una amplia selección de documentos, rigurosamente presentados, que permiten al exigente y escéptico lector medio interesado en la Guerra Civil tener una perspectiva menos mediada (a pesar de las numerosos filtros por los que pasaron ya estos textos) sobre las realidades del frente y sus combatientes.

Sin embargo, hay cosas que estos documentos no nos pueden transmitir, y algunas otras que el tipo de obra confeccionado con ellos tampoco consigue aportarnos. El libro pretende manifiestamente aproximarse a la historia de una manera más humana y conmovedora, pero esto lo consigue sólo parcialmente, dada la naturaleza altamente

despersonalizada de la materia prima documental sobre la que se levanta. Son *ecos* de la trinchera, más que nítidas voces, lo que llega hasta nosotros en este libro. Leer los fragmentos recortados y transcritos por el censor, que a menudo parten por la mitad frases completas sin apenas ningún otro tipo de referencia al texto de origen; carentes normalmente de toda información relativa a la edad, antecedentes, perfil social, experiencias, procedencia familiar de sus autores; extraídos y aislados sin ninguna vinculación al *continuum* comunicativo que se establece a través de la correspondencia sostenida en el tiempo, y que forma el contexto primario en el que la carta debe interpretarse; sin contar siquiera con el soporte material de ésta (papel, caligrafía...), que no se ha conservado; así, las voces de aquellos combatientes pierden por el camino mucho de su carga emocional y subjetiva original. Y esto termina por frustrar hasta cierto punto el fin de captar “el lado humano de la guerra” (página 66), porque las identidades complejas de sus protagonistas, así como las “comunidades emocionales” (en concepto de Barbara Rosenwein) en las que se insertan, nos resultan planas unas y opacas las otras. Si no fuera por la contextualización realizada por el historiador, la mayoría de fragmentos epistolares seleccionados tendría un valor puramente anecdótico.

Pero James Matthews consigue transmitir mucho más a partir de unas fuentes muy destiladas, y su esfuerzo por hacerlo es francamente loable, sin olvidar que su edición de documentos va a ser sumamente útil para otros investigadores en sus estudios sobre mil dimensiones de la experiencia bélica española. Este libro debería servir no sólo para eso, no obstante, sino para extender entre el público la conciencia del gran valor que tienen unas fuentes,

la correspondencia personal de individuos “normales”, que por desgracia a menudo se abandona, pierde o destruye, usualmente por desconocimiento respecto a su valía, pero también por la ausencia de iniciativas institucionales para su conservación. Una obra similar a ésta, pero dedicada a recoger las vivencias y pensamientos de quienes combatieron en el bando contrario, también sería de enorme interés para los historiadores de la guerra civil y del franquismo en la actualidad.

Ángel Alcalde
Instituto Europeo de Florencia
angel.alcalde@eui.eu

Andrés Herrera Feligreras: *España y China (1973-2005). Del reconocimiento diplomático a la Alianza Estratégica*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2015, 337 pp.

Andrés Herrera Feligreras, Doctor por la Universidad Pública de Navarra, fruto de su ansiedad intelectual por profundizar sobre el pujante terreno de los Estudios de Asia Oriental en España, nos presenta su tesis doctoral en formato libro. El autor se embarca en la historia de las relaciones diplomáticas entre España y China, principalmente, durante el último tercio del siglo XX, en un libro titulado *España y China (1973-2005). Del reconocimiento diplomático a la Alianza Estratégica*, publicado por la una de las editoriales punteras en España sobre Estudios de Asia Oriental (EdicionsBellaterra), pudiéndose considerar un más que destacado estudio para conocer desde punto de vista español el citado tema. La cronología del libro abarca, básicamente, desde el año 1973 cuando la España de Franco y la China del Partido Comunista de China establecieron relaciones diplomáticas hasta el año 2005, fecha en la que ambos

países firmaron el tratado de Asociación Estratégica Integral.

El autor primeramente hace una aproximación a la política exterior española con respecto al Imperio del Centro hasta el 1900, destacando la temprana presencia de la Corona Hispánica en Asia Oriental a través del dominio de Manila en el siglo XVI, así como la importancia del papel de los misioneros españoles como primeros expertos europeos en el estudio sobre China. A la altura del siglo XIX, como destaca el autor, la “política de perfil bajo” de España en el concierto mundial proyectaba la imagen de un país que seguía el mandato de las potencias occidentales en materia de política exterior, especialmente en Asia. Ya entrados en el siglo XX, en 1928, se firma segundo tratado chino-español de comercio y amistad entre la dictadura de Primo de Rivera y régimen nacionalista del Guomindang (GMD) dirigido por ChiangKai-shek, el cual renovarían el primero de 1864, en un contexto claramente enrarecido y de clara inestabilidad político-social mundial. Especialmente en ese periodo de entreguerras es donde ambos países sufrirían sendas guerras civiles, las cuales influirían en sus relaciones exteriores. En este sentido, el autor destaca que entre 1931 y 1936 la política exterior de la República española con respecto a China se basó en la *realpolitik* de que estallara el conflicto chino-japonés en 1937. Pero no es hasta bien entrada la Guerra Civil española cuando la República se identificó con el frente unido formado por GMD y comunistas contra el Imperio japonés, intentando aunar la lucha por la democracia mundial en contra del fascismo internacional. Asimismo, en ese contexto se pone de relieve la participación de los brigadistas chinos en los frentes y campos de batalla españoles, así como la utilización de esló-

ganes republicanos y antifascistas españoles en la defensa de Nanjing o Shanghai por parte del frente unido chino antijaponés.

Durante la primera fase de la II Guerra Mundial, la España franquista no escondió su inclinación hacia el Eje, para ello había firmado el Pacto Antikomintern, llevando consecuentemente su política exterior también en Asia a favor de su aliado japonés. Si primero fue el reconocimiento de Manchukuo en 1938, el siguiente paso sería el reconocimiento de otro régimen títere japonés: el denominado régimen nacionalista de Nanjing liderado por el miembro del GMD, Wang Jing-wei. Este episodio, como indica el autor, fue un obstáculo durante postguerra mundial para que se reiniciase una relación diplomática hispano-china ya que el *generalísimo* ChiangKai-shek, ahora único representante de la República de China, no perdonaba a Franco el reconocimiento diplomático del régimen de Wang Jing-wei. Sin embargo, en el nuevo ambiente de la Guerra Fría, los dos regímenes anticomunistas volvieron a conectar gracias a la intervención estadounidense en 1953 (Tratado de Amistad). La España dictatorial de Franco y la dictatorial República de China de ChiangKai-shek se ubicaban en una situación marginal en el escenario internacional y necesitaban apoyos mutuos para poder sobrevivir y llevar a cabo políticas anti-comunistas en sus respectivas regiones, todo ello bajo parapeto estadounidense como fuente legitimadora de sendas existencias en el concierto mundial.

Asimismo destaca el autor que la política exterior española evolucionó en la época tardofranquista hacia una política aún más pragmática que no cuestionaba el régimen ni sus cimientos. En concreto, el ministro tecnócrata Gregorio López Bravo, según Andrés Herrera durante su cargo como

ministro de Asuntos Exteriores intentó abrir relaciones comerciales y diplomáticas con los países del este de Europa y con la Unión Soviética buscando posibles intereses económicos, a la par que pretendía emanciparse de la política exterior claramente influenciada por los Estados Unidos. Por otro lado, el autor destaca la frustración de esta serie de políticas pragmáticas para los sectores “inmovilistas” liderados entre otros por Carrero Blanco, el cual tuvo tremendas dificultades para aceptar el establecimiento de relaciones diplomáticas con la China Popular. Previamente, en 1971, tras unas serie de indecisiones y confusiones, véase como el autor muestra los cambios de estrategia con respeto al reconocimiento de la China Popular en la ONU por parte del régimen franquista, el régimen reconoce a regañadientes, para no quedar aislada de la comunidad internacional, la China Popular como único representante de China, en detrimento de su aliado anticomunista, la República de China de Chiang Kai-shek. Aunque, como menciona Herrera, hay que matizar que esta relación, a pesar de iniciarse oficialmente en 1973, no se estableció con fuerza hasta finales de los 70's, en un contexto marcado por los vaivenes de la transición política española y de la transición exterior española, así como por los procesos de reforma encabezados por Deng Xiaoping en la China Popular. Durante el inicio de esta recién relación diplomática hispano-china, en un primer momento sólo se exploraron muy cautelosamente dos ámbitos: el diplomático y el económico. Como caso representativo de esos primeros contactos económicos el autor pone de relieve dos empresas españolas, consideradas pioneras, las cuales entraron el mercado chino a finales de los setentas: Incoteco y Alsa, entre otras. Todo ello para el autor desmentiría la tesis arraigada

que España llegó tarde al mercado chino y que como consecuencia España en la actualidad presenta una escasa presencia comercial en el gigante asiático y una balanza comercial deficitaria crónica.

Otro punto muy destacable de este libro, es la mención a la Incidencia Tiananmen de 1989. Andrés Herrera señala que aunque España votó favorablemente a la aprobación de las sanciones contra China, el gobierno español tomó su propia posición y decidió continuar sus actividades económicas en China para favorecer los intereses españoles, lo que sorprendió agradablemente a las autoridades chinas, para las cuales España pasaría a ser “el gran amigo de China en Europa”. Sin embargo, el autor también critica la falta de políticas y de estrategias por parte de España para gestionar el comercio y el mercado con China desde el inicio de las relaciones diplomáticas en 1973. Para el autor, Asia y la región Asia-Pacífico siempre han sido consideradas zonas no prioritarias en las políticas de Estado por parte de los gobiernos democráticos españoles desde 1977, siendo prioritarias las relaciones con Europa, América Latina o la cuenca mediterránea. Por otra parte, con las reformas de Deng Xiaoping, la economía china se esforzó por desarrollar su propia industria nacional para lo cual demandaba tecnología de alta calidad y desarrollo fomentada en el I+D. En esa tesitura España no podía proporcionar esos productos teniendo como consecuencia su escasa repercusión en el mercado chino, al contrario de industrias como la alemana, la francesa o británica que coparon de tecnología las demandas de los técnicos chinos durante los años 80's y 90's del pasado siglo. A la par esos países citados presentaban especialistas sinólogos que a lo largo de dos siglos habían perfeccionado tanto el estudio de la cultura, sociedad, sociología,

economía y política chinas, lo que complementó y facilitó la entrada en el mercado chino. España, en este caso, no fomentó expertos sinólogos-fruto, por otra parte, de su inacción en la sinología desde el XVIII-, a la par que desarrolló un esquema basado en el manteniendo de unas buenas relaciones políticas con China como base para la construcción de beneficios económicos. En este sentido Herrera hace hincapié en la visión economista a corto plazo de los diversos gobiernos españoles y de gran parte de la clase empresarial a la hora de hacer frente a las políticas con respecto a la región Asia-Pacífico. A pesar de ello, el autor, destaca los planes marco Asia-Pacífico realizados entre los años 2000-2012, los cuales por primera vez pusieron a nivel de política de Estado la profusión y la presencia de España en esa región, así como su máximo hito: el citado tratado de Asociación Estratégica Integral en 2005 entre España y la República Popular de China

En resumen, el ambicioso estudio que presenta Andrés Herrera aporta una gran reflexión y crítica, a través de un punto de vista global, sobre la política exterior de España con respecto China desde finales del régimen franquista y la transición española hasta la actualidad. Asimismo, cabe destacar un excelente aparato crítico con la utilización de una rica base de fuentes orales (políticos, empresarios, diplomáticos, sinólogos, entre otros), así como la consulta de documentación primaria ubicada en el archivo del MAEC. Como indica en el prólogo el historiador Josep Fontana, este libro nos aclaraba “el desconocimiento sobre China

existente en España” y nos hacen reflexionar con una mirada crítica y constructiva.

Chiao-In Chen
UAB/CEFID

Óscar Rodríguez Barreiro (ed.), *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, mujeres...*, Editorial Universidad de Almería – Universitat de Lleida, Lleida 2013, 211 pàg.

En un cèlebre article publicat l'any del centenari del naixement de Franco, Julio Aróstegui feia un balanç més aviat pessimista sobre les promeses i febleses en l'estudi del període 1939-1975. Aróstegui denunciava, en particular, la persistència de mancances terminològiques i conceptuals, la pobresa de les fonts disponibles i, sobretot, la confusió respecte a processos crucials d'aquella llarga etapa històrica, tals com les transformacions socials dels decennis del desenvolupisme, la identificació dels suports polítics a la dictadura o el rol jugat per col·lectius com el camperolat. Gairebé un quart de segle després, es pot afirmar que la historiografia espanyola sobre la dictadura franquista ha generat un volum ingent de recerques, les quals han resolt una part dels problemes indicats, però que sens dubte els reptes són encara considerables.

El llibre objecte de comentari ofereix un cert estat de la qüestió al voltant de la història social i política de la dictadura, i és alhora una bona mostra d'algunes de les principals línies de treball impulsades en els darrers temps pels *novíssims* historiadors del franquisme. L'obra procedeix d'un seminari celebrat el març del 2012 a la Universitat d'Almeria en què es pretenia debatre entorn de problemes i subjectes fins ara més aviat marginalitzats dins del relat històrio-

gràfic. Com a producte de la tasca desenvolupada a les diverses taules de debat d'aquest seminari, ha sortit a la llum aquest llibre, el qual reuneix onze textos que es poden classificar en cinc grans blocs temàtics.

El primer, se centra en l'anàlisi de la historiografia espanyola sobre el règim dictatorial. En aquest sentit, Óscar Rodríguez valora en termes generacionals els progressos esdevinguts amb el canvi de segle. L'autor identifica un conjunt de factors que han contribuït a impulsar el trànsit des d'una investigació històrica centrada principalment en l'estudi dels aspectes institucionals del règim, les estructures més clàssiques de l'oposició i la repressió entesa en termes quantitius a uns nous plantejaments que posen l'èmfasi a desentranyar les actituds socials de la gent corrent a partir de les múltiples formes d'actuació que apunta la història de la vida quotidiana. Ángela Cenarro planteja les diferents etapes en l'estudi de la dictadura, des d'un decenni dels setanta amb treballs pioners procedents de disciplines com el dret o la ciència política fins a l'eclosió dels noranta, passant per uns anys vuitanta protagonitzats per les monografies generals, moltes de les quals elaborades per hispanistes. Cenarro pensa que si bé des d'un bon començament l'estudi del franquisme va incorporar unes bones dosis d'història social, fins molt recentment ha pecat d'un enfocament massa tradicional. A més a més, el franquisme ha estat entès en termes exclusivament de ruptura, tot oblidant les evidents continuïtats existents, sobretot en termes socials i econòmics, respecte als primers decennis del segle XX. Tot plegat, hom reivindica la incidència de les noves aportacions que han ampliat el camp d'estudi, sobretot pel que fa a l'anàlisi de la repressió, l'ús de les fonts orals, la història de la dona i les actituds socials davant la dictadura. Per la seva banda, Antonio Ca-

zorla reflexiona de manera crítica sobre els progressos i febleses del contemporanisme espanyol. En concret, planya la incapacitat dels historiadors espanyols per produir obres de síntesi adreçades a un públic no especialista, la limitadíssima presència en les revistes acadèmiques internacionals, i la manca d'aportacions relatives a la història europea i universal.

El segon bloc es refereix a les noves perspectives obertes entorn de l'estudi de la repressió. No hi ha dubte que en els darrers temps s'ha pogut avançar cap a una major comprensió dels valors i la lògica cultural darrera els quals s'articula la violència de la rereguarda franquista. Antonio Mínguez posa la mirada sobretot en la funció social de la repressió i en el rol desenvolupat per amplis sectors de la població que, tot i no participar directament en les morts i empresonaments perpetrats per la dictadura, adoptaren una actitud de passivitat legitimadora. En la mateixa línia, Peter Anderson explora en la construcció de les identitats davant del règim a partir de les diverses actituds adoptades en l'elaboració dels certificats de bona conducta i en les denúncies dels patrons als seus treballadors.

La tercera part del volum versa sobre el món rural. Ana Cabana estudia el període de la transició en l'Espanya camperola. L'autora reivindica l'existència d'una relació dinàmica entre els processos de canvi social i mental en la ciutat i el camp. Així, la forta implantació assolida per les candidatures progressistes a les eleccions a Cambres Agràries a Galícia el 1978 entroncaria amb el descontentament social i els avanços de les idees democràtiques experimentats en els decennis previs. Paral·lelament, Ángel Alcalde se centra en el rol dels excombatents franquistes durant la postguerra. Darrera el mite del camperol-soldat hi havia una dura realitat ben representativa de

la misèria econòmica i moral del primer franquisme. Tanmateix, els excombatents constituïren un baluard ideològic fonamental per a la construcció i consolidació del règim, sobretot si es té en compte que foren incapaços d'articular una sociabilitat autònoma que defensà els seus interessos davant les autoritats.

A continuació, s'ofereixen dos treballs relatius a la història de les dones sota la dictadura. Sofia Rodríguez planteja algunes interessants reflexions entorn de l'ús de la perspectiva de gènere a l'hora de tractar qüestions tan diverses com la Secció Femenina, la violència específica contra les dones i el treball rural femení a l'època desenvolupista. L'autora reivindica així mateix les històries de vida —tant les fonamentades en testimonis orals com en manuscrits autobiogràfics— com a mètode útil per rescatar l'especificitat femenina en l'estudi dels principals fenòmens socials i polítics que marcaren l'experiència dels vençuts en el conflicte bèl·lic de 1936-39. Sescún Marías tracta sobre la Secció Femenina davant l'ocupació laboral de la dona. En aquest sentit, aporta una visió matisada entorn del fracàs de la política falangista adreçada a les dones, especialment pel que fa a la seva vinculació amb les treballadores. L'autora demostra que, malgrat la incapacitat de la Secció Femenina per enquadrar de manera efectiva les *productores* espanyoles, en la pràctica hi hagué una relació de mutu aprofitament.

El darrer bloc està consagrat a l'àmbit infantil i juvenil. Óscar Rodríguez sosté que l'estudi dels informes oficials de FET y de las JONS pel que fa als infants i joves aporta nombrosos exemples de l'existència d'una àmplia gama de colors en les actituds polítiques de la població espanyola que abasten des de l'adhesió “inquebrantable” a la resistència explícita. Finalment,

Carme Agustí analitza la situació dels nens marginats de la postguerra a partir de la documentació generada pel Tribunal Tutelar de Menors. Els problemes de marginació i misèria eren entesos per les autoritats franquistes en termes de degradació moral heretada de l'època republicana i, en conseqüència, tractats amb l'objectiu de reimplantar les estructures familiars tradicionals dins el model propi del nacionalcatolicisme. Institucions com les Juntes Locals i Provincials de Protecció de Menors exercien funcions de control social i fiscalització de la privacitat i trencaven amb els progressos experimentats en els decennis anteriors quant a la creació d'un sistema d'intervenció basat en criteris educatius i preventius.

En síntesi, podem dir que aquest volum, malgrat la seva òbvia heterogeneïtat, constitueix una sòlida passa més dins l'ampliació de ventalls temàtics i enfocaments que ha experimentat l'estudi del franquisme en els dos darrers decennis. El gruix dels treballs reunits denota un bon coneixement de la bibliografia d'abast europeu i sap combinar adequadament les recerques de primera mà —realitzades generalment en un àmbit local—, amb la formulació d'hipòtesis relatives a problemes d'abast global. Aquest és, sens dubte, el camí més indicat per prosseguir en l'anàlisi d'una etapa històrica que requereix encara molt de treball empíric, principalment pel que fa al decenni frontissa i el segon franquisme.

David Ginard i Féron
Universitat de les Illes Balears

E. Rodríguez López, *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78*. Madrid. Traficantes de sueños, 2015, 386 pp.

Al plantearse los motivos que justifican un título como el de este libro, el autor resalta uno de los aspectos en que merece ser más elogiado. Más allá de las diferencias de análisis y de valoración que se haga de la perspectiva de conjunto que propone acerca de la suerte del sistema parlamentario europeo tras la crisis de los años 70. Lo importante es haber indicado la importancia de la pertenencia de los acontecimientos españoles a un ciclo general europeo. Es cierto que España no partía de las condiciones de derrota del fascismo que se dieron en 1945. Pero también lo es que el único modo de acercarse con ciertas garantías de éxito a la reflexión sobre lo que aconteció en España desde, por lo menos, la muerte de Carrero Blanco hasta la consolidación de la hegemonía del PSOE en 1986, es observándolo al trasluz de un espacio contemporáneo. Con excesiva frecuencia, esa mirada se confunde con la intervención directa en el proceso español de la socialdemocracia alemana o del departamento de Estado. Sin ignorar la avidez de ambas presencias, lo que conviene es que esta afirmación no reduzca el ángulo de análisis, porque el más fructífero es el que se refiere a la contemporaneidad de un proceso de singular importancia para hacer encajar en ese mismo espacio lo que le ocurrió a la sociedad española en un periodo específico de crisis de régimen. La enumeración de asuntos de considerable gravedad en nuestro entorno es tan sobradamente conocida, que lo que sorprende es que no se instaure como el medio habitual de asumir una perspectiva. ¿Qué tenemos ante nosotros, además de la destrucción de

las dictaduras de larga –Portugal– o breve –Grecia– duración?

Desde mediados de los años setenta, una verdadera refundación del Partido Conservador británico, que culminó con la elección de Margaret Thatcher como máxima autoridad de los *tories* y, en 1979, como primera ministra. En 1974, la quiebra del proyecto político gaullista en Francia, expresado tan elocuentemente en la alianza entre Chirac y Giscard d'Estaing, en perjuicio de la “derecha social y popular” representada por el antiguo resistente Chaban-Delmas, tras la inesperada muerte de Pompidou. Frente a la singularidad de una derecha asociada al golpe de 1958, pero también a aquella “certaineidée de la France” del general de Gaulle, que incluía la hostilidad al parlamentarismo y la defensa de un movimiento muy sensible a los vaivenes de la clase media tradicional, Giscard soñaba con la “normalización” del liberalismo conservador francés, que ahora podía presentarse con el atavío oportunista de un aire modernizador, ajeno a los valores morales de una burguesía rancia en retroceso y abierta a la sonrisa del progresismo paneuropeo. ¿Será extraño recalcar cómo la ausencia política del gaullismo será caldo de cultivo indispensable para el surgimiento y proyección de masas del Frente Nacional, que creció a expensas de la orfandad de los medios pequeñoburgueses nacionalistas, estatistas, conservadores en sus hábitos y acostumbrados a un discurso paternalista que casaba muy mal con el individualismo propiciado por Giscard? Ciertamente que la irrupción de la extrema derecha se produjo con el triunfo de Mitterrand y la Unión de Izquierdas en los años ochenta. Pero ese factor de precipitación no hace más que confirmar el área de doble movilización

en la que se encarama la hoy indispensable formación populista.

En Alemania, tras las convulsiones de la segunda mitad de los años 60, en las que convivirá la Oposición Extraparlamentaria con los éxitos del Partido Nacionaldemócrata (NPD) –que llegó a tener el 4,3% de los votos en las elecciones generales de 1969, tras haber alcanzado resultados cercanos al 10% en buena parte de los comicios regionales–, el SPD alcanzó por vez primera la cancillería, aunque Willy Brandt fue rápidamente desplazado por el representante del ala más moderada del partido, Schmidt, tal y como lo exigían los aliados necesarios en el Bundestag, los liberales hoy difuntos del FDP. El régimen se asentaba, de este modo, de la mejor manera posible para asimilar la futura unificación sin temores a los riesgos de una suma de socialdemócratas y socialistas en un solo campo político. En Italia, el fracaso de los gobiernos de solidaridad nacional y la hegemonía craxiana en el PSI dieron lugar a un giro a la izquierda en el principal partido comunista europeo, calificando una fase de la vida de Berlinguer que unos han identificado con el estancamiento y la pérdida de orientación –como lo hizo en sus memorias Giorgio Napolitano– y que otros apreciaron como necesidad de mantener una diversidad comunista en tiempos que se avecinaban con peligrosas cargas de profundidad –como lo hicieron Magri o Ingrao–. El fracaso electoral de todas las opciones en que se dividió el PCI, a lo que se sumó la quiebra entera del sistema de la Primera República en 1994, nos sugieren cuán complicado era el campo de juego que se insinuó a mediados de los setenta y que alcanzó visibilidad plena en la crisis política general de fines de la década siguiente.

Emmanuel Rodríguez ha querido subrayar, en el punto de partida de su análisis

esta inclusión necesaria del ciclo político español en una fase amplia, un proceso constituyente de una Europa muy distinta a la que se había articulado con la derrota del fascismo. Cuando vivíamos nuestras particulares zozobras en aquellos años, incluyendo para algunos de nosotros la quiebra del partido hegemónico de la lucha por la democracia en Catalunya, advertíamos, con menos capacidad de mirarlo en una perspectiva temporal y espacial amplia, que lo que estaba ocurriendo resultaba poco manejable con determinados recursos analíticos y estratégicos que se resignaran a las formas de combate tradicional. Lo que nos estaba cayendo encima era una gran recomposición de las relaciones sociales, del modelo productivo, incluso lo que el último Pasolini llamó una “mutación antropológica”, en el cambio de identidad que se producía en los sectores más jóvenes de la clase obrera y en la asunción de mentalidades estandarizadas y homogéneas que destruían sus referencias culturales, en el mismo momento en que se estaban destruyendo escenarios propicios para la lucha política. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos. Y no creo que se nos pueda reprochar haber carecido de una visión que ni siquiera tuvieron las miradas más sagaces de la izquierda europea de aquel periodo clave.

Dicho sea todo esto no solo para coincidir con esta perspectiva del autor, sino también para solicitarle su manejo en el análisis concreto de las derrotas de la izquierda en el periodo que se examina en el libro. Porque la reclamación de un marco exige la congruencia con su incomodidad, no solo el ajuste a sus beneficios de método. Si ni siquiera una organización con la pluralidad, potencia, arraigo social y profundidad de análisis como el PCI pudo hacer frente a aquella gran transición general europea, no

creo que pueda atribuirse mera incapacidad o simple desfachatez a la dirección –y, sobre todo, a los miles de cuadros intermedios y cientos de miles de militantes o simpatizantes– de los partidos de izquierda socialista en presencia en la España que transitaba de la dictadura a la democracia. La escasa calidad de la democracia española tiene, según el autor, mucho que ver con la pérdida de ese vigor que se da en nuestro entorno. Cabría ir a buscar un campo común de insuficiencias y, sobre todo, un espacio compartido de lucha contra un adversario formidable, que estaba llevando adelante su propio proceso de refundación, para poder valorar con mayor fertilidad intelectual lo que no puede pasar a atribuirse en exclusiva, cuando así conviene en el relato, a la impotencia, incapacidad o recomposición orgánica de la izquierda en los años setenta y ochenta. Como estoy muy lejos de haber escrito análisis complacientes con lo que sucedió entonces, quizás ello me autoriza en mayor medida a solicitar, más que empatía, una consideración más atenta a la fuerza de un ciclo que dependía hasta cierto punto de la voluntad que quisiera imponer a un campo de fuerzas la dirección política de las izquierdas españolas.

Lo que me ha parecido de especial interés en el libro es su organización, que da pie a una lectura que nos lleva hasta debates, movimientos y estructuras anteriores a la Transición. Este planteamiento permite huir de tentaciones periodísticas que –hay que confirmarlo– constituyeron entonces y aún lo hacen hoy en día– una parte nada despreciable del análisis de este periodo. Como lo sabemos bien, buena parte de ese material ha acabado por convertir el indispensable recurso de las memorias de los protagonistas en un insufrible serial de lo que podría llamarse un “consenso imaginario”: en todos ellos aparece la diáfana

claridad de propósitos que unieron a todos los españoles, acompañada –sin rubor alguno por la contradicción– de la capacidad para improvisar en cada coyuntura. Ya que las metáforas deportivas han inundado el lenguaje de buena parte del liderazgo político español, podría decirse que se nos presenta a unos grandes futbolistas que tenían muy clara la necesidad de ganar el partido, pero que disponían de igual capacidad para el regate corto y el giro de cintura. Lo que completa la metáfora es la imagen que ha ido asentándose cuando el relato de la Transición ha sido corregido: que no jugaban dos equipos, sino una sola alineación, la selección nacional contra todo aquello que podía impedir la reconciliación y el progreso de los españoles.

No entraré en algunas discrepancias muy graves acerca de uno de los aspectos que se narra en esa mirada retrospectiva: el proceso constituyente del fascismo español –porque eso fue, de hecho: un proceso constituyente–. Las referencias a la singularidad del régimen no se hacen atendiendo a algunas de las aportaciones y debates que creo que mejor pueden situarnos en el actual “estado de la cuestión” que la investigación universitaria ha pergeñado. En lo que estamos enfrascados es en una necesidad de integrar la crisis española de los años treinta en la dinámica europea de revolución y contrarrevolución, precisamente. Y esa reclamación realizada para hacer las cosas de este modo cuando hablamos de los años setenta debería ser atendida cuando nos referimos a cualquier otro problema crucial de nuestra historia reciente. Como yo soy de los que creen que el fascismo español fue singular, pero fascismo pleno, y ejemplar en su capacidad de movilización de masas al tomar el poder a través de una guerra civil; como soy de los que creen que ese fascismo tuvo ese carácter católico

esencial que no fue resultado de la guerra y la victoria de los sectores tradicionales en una coalición de guerra, sino síntesis realizada ya por el falangismo joseantoniano antes de 1936; como creo que distinguir entre fascismo y extrema derecha nos lleva a mayores confusiones en el relato histórico que a las satisfacciones taxonómicas que segrega esa distinción tajante entre falangismo y nacionalcatolicismo, prefiero considerar que la crisis del régimen debe explicarse atendiendo a lo que no dejó nunca de ser su base de sustentación. Es decir, no una coalición de culturas antagónicas, sino una convergencia de intereses sociales y una integración de discursos en un mismo proyecto de Estado. Naturalmente, todo esto debe matizarse de una forma que supere la forma brutal e insuficiente de expresarlo. Pero no quería dejar de citar una discrepancia que, en este caso, es de método: el autor debería estar más atento a la calidad de unos debates que, en la defensa de distintas apreciaciones del régimen de Franco, ha alcanzado un nivel muy elevado.

Esta reflexión es la que permitiría analizar con mayor potencia cuáles son los límites del debate interno en el régimen. Porque si algo lo caracterizó desde sus inicios fue esa capacidad de integración que permitía visualizar la diversidad para poder manifestar con mayor énfasis el carácter unitario del 18 de julio de 1936. Para usar terminología gramsciana: el carácter orgánico del movimiento constituido en la crisis española de aquellos años, cuya singularidad correspondía a factores políticos y culturales, pero en igual medida a la función desempeñada por el fascismo para hacer frente a la depresión económica que divide en dos el periodo de entre-guerras. Así, creo que fijar esa integración, en el fascismo español, del conjunto de los sectores de la contrarrevolución que

acaban con una posible revolución social, haciendo de la guerra civil una clara lucha de clases, es tan importante como relacionarlo con el papel desempeñado por el nacionalsocialismo para edificar una comunidad popular que disputara con las potencias imperiales existentes una lucha por el dominio de grandes espacios. En tal diferencia sustancial pueden hallarse cuestiones originarias del régimen en España, como la importancia de una movilización de masas en un principio que será convertida en desmovilización desde mediados de la década de los cincuenta, sin que exista la solución de continuidad que cabría esperar en la dirección política del régimen, en sus bases legitimadoras o en sus instituciones. Lo que hay es un proceso de despliegue de sorprendente vitalidad, y que corresponde a lo que habrían sido trayectorias similares de otros fascismos, de haber sobrevivido a la segunda guerra mundial. O, para plantearlo de un modo alternativo: ¿alguien cree que, de haber caído en 1945, el régimen formado en la guerra civil, habría esquivado su identidad fascista bajo el bisturí de los historiadores? El problema no es solo que esto afecte a nuestro análisis de lo que sucedió en los años treinta y cuarenta. El problema es que lesiona nuestra eficacia para considerar lo que ocurre cuando ese bloque entra en crisis en los tramos finales del régimen.

La reflexión acerca de los ritmos de la reforma, al analizarse de forma separada a lo que está ocurriendo en el PCE o en el PSOE, corre el riesgo de establecer una lógica autónoma e incluso autárquica. El reformismo corre una suerte que no puede derivarse de los enfrentamientos internos del régimen solamente, del mismo modo que lo que habrá de suceder en cada uno de los partidos fundamentales de la izquierda y lo que pasa en la relación entre ellos

depende, en buena medida, del régimen con el que se están enfrentando. No creo que para el autor sea de otro modo, pero conviene indicar este aspecto que es común a los relatos de la transición en los que se prima un recorrido por las diversas dinámicas internas de los actores en presencia. Lo complicado es trenzar el relato de lo simultáneo, cuando hay que hacerlo como si las cosas ocurrieran sucesivamente. Y, por tanto, quizás deberemos ser todos mucho más cuidadosos para ofrecer a los lectores lo que verdaderamente se desprende del análisis: la percepción que tenían las personas en aquel ciclo, que se formaba en un permanente proceso de confrontación y en una innegable correlación de fuerzas que se medía con mayor o menor acierto, pero que siempre se evaluaba tomando en cuenta todos los factores. Para señalar hasta qué punto importan estas cuestiones de perspectiva —y en especial la que se refiere a las condiciones concretas en que se desarrollaban los conflictos y a la visión que cada uno podía tener de sus posibilidades en ese campo de competencia—, cabe referirse a tres temas que me parecen destacables para tomar como ejemplo.

El primero se refiere a las referencias hechas al Partido Comunista y su equipamiento teórico para hacer frente, en análisis y en estrategia, a la crisis del régimen. La referencia al debate impulsado por Fernando Claudín y Jorge Semprún a mediados de los años sesenta es relevante. Más que ella misma, lo que dejó de poso en la actitud del PCE, en cuyas posiciones quieren verse aquellas tesis que no fueron aceptadas en el momento de su formulación como crítica a la mayoría del Comité Ejecutivo, pero que acabaron por imponerse en una práctica diaria y en una estrategia a medio plazo, en especial para reconocer la existencia de una mayoría social española que no podía

continuar siendo integrada en los moldes institucionales ni en las categorías ideológicas del franquismo, pero que tampoco podía ser ganada a las propuestas radicales y los métodos de lucha de un antifranquismo, por decirlo así, “fundacional”. Los cambios en la sociedad española rehuían la posibilidad de una reedición del enfrentamiento de los años treinta, no solo porque el PCE lo dijera en su política de reconciliación nacional, sino porque las cosas habían ido mucho más lejos de lo que podía ser calco de las estrategias de unidad nacional de reconstrucción democrática ofrecidas por los partidos comunistas occidentales —y, en especial, por el PCI— en los meses finales de la guerra mundial. Que el régimen no podía ser derribado con una movilización de masas sometidas, conscientes de su condición y dispuestas al combate, parece obvio incluso repasando los resultados electorales de junio de 1977. La afirmación de la mayoría de izquierdas de entonces solo puede realizarse de un modo: y es que esa masa de votantes socialistas y comunistas, a los que se sumaron otras fuerzas democráticas, fueron las que permitieron la ruptura institucional y política posterior. Y, de hecho, que su formación e iniciativas previas fueron las que liquidaron los proyectos originales de la reforma de Fraga, aunque también la de Suárez, cuyo impulso creativo estaba agotado en los comienzos de 1977. Por tanto, usar esa mayoría de izquierdas como reproche a las direcciones de los partidos ha de matizarse. Entre otras cosas, porque considerar que cada uno de los votantes socialistas de 1977 estaba dispuesto a hacer lo que debía hacerse para romper de forma radical con el régimen en el año anterior, es una visión que creo de profunda ingenuidad.

Vamos al segundo aspecto. Lo que debe examinarse es la estrategia del PCE a la luz del espacio que le dejaba, en el campo uni-

tario de la oposición —pues esa era la línea política precisamente, la de la unidad de los demócratas y no otra cosa—, cuando se agotaron las fuerzas de la ofensiva social de la primera mitad de 1976. Y cuando, como respuesta a ese agotamiento, o como rasgo diferencial de la socialdemocracia en ese proceso, la Escuela de Verano del PSOE y el congreso del partido socialista en diciembre de 1976 marcaron con claridad cuál era el objetivo fundamental de la socialdemocracia en la salida de esta crisis de régimen. No era ni el gobierno provisional de amplia coalición, ni la apertura de un proceso constituyente, sino el llamado “compromiso constitucional”, que excluía, en especial, el primero de los instrumentos políticos, que dañaba de forma tan seria las condiciones del segundo. Léanse las palabras de Felipe González en los dos eventos citados. Su pragmatismo y su notable inteligencia táctica dejan al margen cualquier debate sobre este asunto, dejando solo al PCE en un proyecto que fuera, al mismo tiempo, de ruptura y realista. Otra cosa son los errores de ritmo que pudieran cometerse, especialmente, en la primera mitad del año 1976 y, con algunas reticencias —porque el campo de juego estaba marcado de otra forma, con una iniciativa potente de Suárez y una notable recomposición de las fuerzas del régimen— en la segunda mitad. Puede aceptarse que el Partido Comunista llegara a infravalorar la fuerza de la movilización de comienzos de 1976 y, sobre todo, la posibilidad de que tal movilización abriera otro escenario. Lo difícil es saberlo cuando las cosas discurrieron de otro modo, del mismo modo que no podemos averiguar si no nos hallaríamos ante una severa derrota del movimiento obrero que incluyera formas de represión aún más duras y extensas de las que llegaron a darse. Puede criticarse incluso el indudable recelo del PCE ante

fuerzas de extrema izquierda, aunque llegar a indicar que fuera el Partido Comunista quien entregó a los huelguistas a la policía me parece una afirmación que obligaría a presentar pliegos de cargo y pruebas aducidas tan extensas y contundentes como el libro que estoy comentando. Dado que yo mismo he criticado la actitud del PCE en esos meses, creo poder afirmar con cierta autoridad que se estaba ante dos estrategias, sin que podamos estar seguros de que la más radical fuera, al mismo tiempo, la que ofrecía la vía de cambios más probables y profundos. Es cierto que en un plazo muy breve, el régimen estuvo acorralado. Pero no lo estuvo sin disponer de salidas diversas, entre las que se encontraba la represión —que utilizó salvajemente— y la recuperación de la iniciativa política con una oferta de reforma del sistema político —que acabó usando con innegable inteligencia táctica—. Lo que no se rompió fue la capacidad representativa del gobierno ni la capacidad integradora del Estado en aquella primavera. No del modo que asegura el derrumbe de un sistema, aunque sí se abrieron situaciones irrevocables que se encuentran en la base de algo sustancial: que la reforma no pudiera atenerse a los ritmos y a la calidad expresada en la primera mitad del año, y que punto tuviera que romper con lo que había tratado de imponer en la segunda mitad.

El tercer aspecto se refiere a las limitaciones del proceso constituyente. No cabe dudar de que estas fueron cruciales. Pero tampoco cabe impugnar el hecho constituyente mismo, sino su alcance en el corto plazo. Porque la derecha española o, para decirlo con más precisión, el bloque social que manejaba las palancas del poder en aquel momento, no deseaba abrir un proceso constituyente, y mucho menos en las condiciones que permitieron una mayoría

de votos de la izquierda y –lo que suele dejarse siempre de lado, curiosamente– que la derecha tardara exactamente dieciocho años en volver a ganar unas elecciones, tras las de 1979. Que tuviera que hacerlo, además, tras un largo proceso de recomposición política, que se realizó sobre los fundamentos de Alianza Popular, no sobre los de la UCD. Solo cuando se llevó adelante la “refundación” del Partido Popular, y tras una nueva fase de exhibición pública, la derecha española ganó las elecciones gracias, en buena medida, a la conversión del PSOE en una maquinaria de poder que había llegado a provocar la alergia de una parte considerable de los votantes. ¿Parece poca cosa que el partido hegemónico de la derecha en la Transición se destruyera en el mismo proceso constituyente del nuevo régimen, y que la izquierda dispusiera, aunque fuera en su versión más moderada, del gobierno del país entre 1982 y 1996?

En nada pretendo romper la lógica de un discurso impecable sobre determinadas frustraciones que todos sufrimos en aquel proceso. La ausencia de una izquierda comunista fuerte, como la que algunos imaginábamos en los tiempos de hegemonía del PSUC en Catalunya, es una de ellas. Pero quizás mucho más atribuible a ese proceso de transición general que se ha dado en Europa que a las responsabilidades de la dirección del PSUC. En todo caso, podrá achacarse al conjunto del partido su escasa capacidad de convertir su fuerza de impregnación de la sociedad en la que vivió la lucha contra el régimen en potencia de representación orgánica en la etapa democrática. Pero, de nuevo, eso tiene que ser analizado en un juego de matices a los que el texto no parece demasiado atento. O, para decirlo con más justicia, habiendo tomado el texto una actitud en la que prima la desautorización. Desautorización, por

otro lado, radical, porque empieza, ya en la página 53, por lamentar que el “principal motor de la Transición [fuera] la existencia de un movimiento cada vez más radicalizado y masivo que solo en parte era gobernado o dirigido por los grupos de izquierda.” Una movilización de la sociedad a la que no responde una capacidad de liderazgo, control u orientación de partidos políticos. Pero cabría considerar ambas cosas. La primera, el volumen real de la movilización, el carácter de sus objetivos, la energía para resistir en propuestas radicales. ¿Podemos considerar que, por lo menos a partir de julio de 1976 se está en presencia de esa movilización tan masiva como se indica, y tan huérfana como se señala? LA realidad de algún lugar crucial en ese momento, como Catalunya, parece indicar otra cosa: existía liderazgo reconocido, el suficiente como para expresarse en las urnas. Y con ellas hay que ser serio. Si se utilizan las cifras de 1977 para indicar que había una mayoría de izquierdas que habría permitido ir más allá en la ruptura, deberá reconocerse que el voto iba precisamente a aquellos partidos a los que se denuncia en el texto como responsables de la debilidad de los objetivos obtenidos. O sirve el recuento, o no es indicativo. Y como yo creo que lo es, aunque no de forma mecánica, creo que el liderazgo de una determinada izquierda se fue constituyendo al calor del propio proceso. El nivel de autonomía de la movilización en 1976 es más que discutible y, cuando se dio de forma muy clara, dio resultados estremecedores, como el de Vitoria. Porque lo sucedido en esa ciudad no expresó solamente la brutalidad del régimen, sino otras cosas que han preferido dejarse fuera de los análisis políticos incluso por respeto a las víctimas de la represión.

El cuarto elemento a discutir es el de las condiciones de un pacto social que, ini-

ciado antes de aprobarse la constitución de 1978, llevó, según el autor, a la consolidación de un bloque social en el poder. Me pregunto si siempre se está en condiciones para analizar el grado real de fuerza que se tenía en el otoño de 1977. Me pregunto si hemos llegado a poner en su sitio la estrategia del PSOE, en lugar de aludir a la pre-sunta pinza entre el PCE y la UCD, como es habitual en la publicística más próxima a la socialdemocracia. El PSOE tendrá la responsabilidad que pueda medirse en su propia fuerza electoral, tan abrumadora-mente mayor que la del PCE. Pero, sobre todo, deberá ser valorado políticamente de acuerdo con un proceso que, iniciado en el verano de 1976, alcanzará su plena realización en el congreso de 1979 y, sobre todo, en la marcha hacia el gobierno tras el golpe de estado de 1981. En lo que atañe al PCE, la crisis vivida a comienzos de los años 80 fue, sin duda alguna, un debate que procedía de frustraciones graves padecidas en la Transición y que se dieron, no por casualidad, en el partido que había visto cómo su éxito político indudable de 1977-1980 no se veía acompañado de una influencia paralela del comunismo en España y del alcance del gobierno en la Catalunya autonómica. El aislamiento del PCE desde 1979 y la derrota en las elecciones catalanas de 1980 jalonaron dos instantes que golpearon profundamente la conciencia de militantes, simpatizantes y electores. La crisis interna del PSUC no fue un conflicto entre identidades, sino que éstas expresaron, de forma simplificada, abusiva y tranquilizadora, dos formas distintas de descontento por lo que había sucedido. El de quienes creyeron que el PSUC había sido víctima de un ecosistema comunista español poco adaptado a las condiciones exigidas por la democracia, y el de quienes consideraron que la derrota del PSUC era el producto de una debilidad

política, al no haber sabido situarse en las nuevas condiciones de crisis que se vivían a fines de la década, cuyos efectos en altas tasas de desempleo estaban provocando la desmoralización de la clase trabajadora. Lo curioso es que ni en unos ni en otros estuvo nunca presente la necesidad de un reconocimiento compartido de los éxitos alcanzados ni de los errores cometidos. Unos y otros se fijaron solo en uno de los dos factores del binomio. Y, naturalmente, sin acercarnos al modo tan distinto en que se experimentó este conflicto en sectores sociales distintos, en localidades, sindicatos, movimiento vecinal, universidad, profesionales, poco entenderemos de una crisis que se ideologizó en las peores condiciones para ofrecer alguna solución integradora. Aquella crisis era la variable catalana de lo que fue el hundimiento de partidos comunistas con verdadera representación social...y nacional. No creo que la crisis del PCE pueda situarse en un nivel parecido, porque afectaba a un grado muy diverso de representación en ambos sentidos.

Digamos, para concluir, que el quinto factor que me gustaría destacar es el acierto en la continuidad discursiva de algunos elementos perniciosos de la Transición. Por ejemplo, en lo que se refiere a la democracia entendida como consenso, y no como conflicto encauzado, en competencia abierta de sectores antagonistas y en el reconocimiento de una perspectiva de clase –y, por tanto, de alternativas permanentes en una sociedad– en las propuestas argumentales. Esa evaporación del discurso de clase es la pérdida más severa que se ha sufrido, y creo que la forma en que se ha conducido la resistencia y formación de movimientos alternativos en la crisis del “régimen del ‘78” lo expresan con mucha claridad. Este libro bien escrito –lo cual no es poca cosa hoy en día–, bien organizado

en su exposición, de honesta mirada sobre un pasado tan permanentemente inspirador de conflictos actuales, debería señalar precisamente a aquellos aspectos que más pueden echarse en falta en una crisis orgánica como la que se vive en estos momentos. Para saber si lo que le falta ahora a la izquierda –la voluntad unitaria, por poner un ejemplo–, es el producto de la Transición o el resultado de determinadas críticas a los protagonistas de la Transición.

Ferran Gallego

Universitat Autònoma de Barcelona

Florentino Rodao, *Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra Civil Española desde Filipinas*. Granada, Comares, 2012, 358 pp.

Quienquiera acercarse al conocimiento de Filipinas, encontrará en la bibliografía española primero, escasez de referencias, y segundo, una agotadora insistencia en temas bastante repetitivos. Sin embargo hay obras que de vez en cuando nos sorprenden por la originalidad de sus planteamientos y, sobre todo, por la audacia y voluntad de crear nuevos paradigmas. En esa labor por desarrollar unos «Estudios Filipinos» en clave internacional sobresale desde hace varias décadas la figura pionera de Florentino Rodao. Y lo hace por su acierto en la elección de los temas, por su valentía en tratar materias inadvertidas y por la exhaustividad de fuentes, imparcialidad crítica, y profundidad de análisis. Todo ello convierte a las obras de Rodao no sólo en referencias bibliográficas, sino también en magníficas lecturas, Historia con mayúsculas.

Dentro de este contexto habría que situar su último trabajo, fruto de su segunda tesis doctoral defendida en Japón, y que

tenía por tema el estudio de la comunidad española residente en Filipinas, y sus transformaciones debidas a la repercusión de la Guerra Civil. Se trata de una materia a la que ya se había aproximado en algunos capítulos de su voluminosa obra *Franco y el imperio japonés*. Imágenes y propaganda en tiempos de guerra, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, En esta obra ya se apuntaba la dimensión de unos hechos y unos personajes, y en especial, la singularidad de una comunidad española que desde 1898 hasta 1946 lideró una de las economías más pujantes de Asia, y lo hizo prácticamente viviendo en un limbo jurídico. Aquí hay que situar el primer aspecto original en la aproximación a Filipinas: ir más allá del “periodo español”, ir más allá del 98. En efecto, pocos son los trabajos españoles que han tratado Filipinas antes de 1521 o después de 1898 y, sin duda, pocos son los trabajos españoles que traten otras fuentes históricas aparte de las españolas. Esta obra decididamente apuesta por el estudio de la Filipinas moderna, con un conocimiento admirable de los fondos archivísticos estadounidenses y japoneses, y de la bibliografía internacional. Todo ello permite a Rodao construir temas de investigación donde no parecía que hubiera materia relevante y, consecuentemente, construir nuevas líneas de investigación.

En efecto, se puede decir que con esta obra se consolida definitivamente el concepto de “comunidad española en Filipinas”, para referirse a la población que después de 1898 quedó en un limbo jurídico, primero bajo una efímera República de Filipinas inaugurada en enero de 1899, y después bajo una administración norteamericana. Se trataba de una población que pasó de tener todos los derechos de ciudadanía en suelo español, a derrotados de guerra, y población que tuvo que acomodarse a un

nuevo régimen colonial. No obstante, de inmediato logró crear asociaciones y órganos de solidaridad comunitaria para erigir unos instrumentos mínimos de protección y, en cuestión de pocos años, ayudó a transformar la economía del archipiélago hacia un modelo capitalista.

Esta obra trata especialmente del periodo de entreguerras, durante el nacimiento de la Mancomunidad de Filipinas en 1935 que debía de llevar en una década a la independencia de las islas, con optimistas expectativas para la comunidad española. Sin embargo —y es la tesis principal del volumen— el conflicto civil peninsular desatado de inmediato perjudicará completamente los intereses españoles, tanto de los que apoyaban la revuelta golpista (las grandes familias oligarcas, la mayoría de las órdenes religiosas, la Iglesia) como los que apoyaban el gobierno legítimo (principalmente miembros de clase media y personalidades de forma individual).

El segundo gran tema planteado es el de la relevancia del conflicto civil para la comunidad española residente en el exterior. Más allá de los temas siempre tratados al hablar de la internacionalización de la Guerra Civil española, la obra demuestra la importancia de la participación de los españoles fuera de España, tanto por medio de donaciones materiales, como de combatientes en el campo de batalla. El autor demuestra, a través de una admirable recopilación documental, la implicación de la comunidad española en Filipinas, su división en varios partidos, y su participación directa en la guerra. Y los ánimos de participar en la guerra en muchos aspectos tendrán efectos contraproducentes para los que se habían erigido en paladines de la nueva España. En efecto, la aparición de la Falange en Filipinas desafiará el liderazgo de los oligarcas, de los todopoderosos

prohombres que parecían incuestionables, y que habían arrastrado a las instituciones españolas, sobre todo al Casino de Manila, a apoyar explícitamente el movimiento franquista. En esta línea, se recupera en todas sus facetas la figura de Martín Pou, líder falangista en Filipinas, que se enfrentó a la conservadora élite española en el país, y que de algún modo hizo ver al resto de compatriotas la posibilidad de tener ideas propias (aunque fueran ambas conservadoras, unas monárquicas y capitalistas, y otras fascistas).

El tercer tema reseñable es la de perfilar, por fin, la biografía de varias de las personalidades fundamentales del siglo XX filipino, que hasta el momento no tienen, inexplicablemente, una biografía rigurosa. Estamos hablando sobre todo de Andrés Soriano y Enrique Zóbel de Ayala. Entre muchas otras cosas, el primero fue responsable de la Cervecería San Miguel y fundador de la Compañía Aérea Filipina (PAL), y el segundo uno de los principales magnates del país y padre del pintor Fernando Zóbel. Parece necesario, para poder ubicar correctamente la personalidad de la comunidad española en Filipinas y su capacidad económica (la cual repercutió en muchos aspectos en la propia España) estudiar la carrera de estas dos figuras, gigantescas para la historia del archipiélago, pero prácticamente ignoradas en la actualidad. Lo mismo sucede con el tercero de los grandes prohombres españoles, Antonio Melián, Conde de Peracamps, (canario de origen, y pionero de los seguros, la cinematografía y otros muchos negocios en Filipinas) del que acabamos de publicar una pequeña biografía incluida en nuestro volumen *Ennoblecere*. Historia de las instituciones de la comunidad española en Filipinas.

Finalmente, el cuarto de los temas novedosos que la obra ofrece es el de reper-

cusión negativa que la guerra tuvo para la imagen de España en Filipinas, para la imagen de los españoles (como gente en continua crispación y aliada del sector ultraconservador y clerical, al que la Revolución filipina precisamente se había enfrentado) y para el valor que la lengua española tenía en las islas. En efecto, otra de las principales tesis de la obra es poder justificar, tras el estudio minucioso del comportamiento de la comunidad española, los efectos nocivos que la beligerancia cultural produjo para el porvenir de la lengua española en Filipinas. Si el español se había erigido en lengua de los educados e intelectuales filipinos para enfrentarse con la pluma al colonizador norteamericano a comienzos de siglo (dado que por las armas se perdió la guerra), y había logrado mantener su estatus como la lengua de cultura, la Guerra Civil facilitó las críticas de la llamada raising generation hacia las viejas generaciones y su cercanía con el modelo liberal estadounidense. Lengua de la oligarquía, del estamento clerical, del fascismo y del conservadurismo, el español paulatinamente se demostró poco atractivo y, según la tesis del libro, drásticamente comenzó su declive. La obra por lo tanto plantea que el declive de la lengua española en Filipinas no hay que buscarlo en 1898 (pues lo que vino después no fue en absoluto declive) sino a partir de 1936.

Si bien esto último puede ser en parte cierto, parece demasiado severo explicar la desaparición de la lengua española en el ámbito oficial, público y privado de Filipinas, por la posición política adoptada por una parte reducida de la misma, por muy española que fuera. El español era patrimonio de los propios filipinos, y no precisamente de los oligarcas, sino de los que habían dirigido la revolución, redactado la constitución de Malolos, y creado la prensa que se había enfrentado a la colonización

americana. El español es la lengua en la que aparece redactado el cincuenta por ciento de los siete volúmenes de la Convención Constitucional de 1935. Es decir, que el español era más filipino que de los propios españoles, varios de los cuales públicamente lo rechazaron, y se aliaron claramente con la nueva casta dirigente anglófila. Por todo lo cual, en nuestra opinión parece exagerado achacar el proceso de desaparición del español a las repercusiones de la guerra, aunque sin duda el conflicto civil no ayudó en nada a mejorar la imagen del español. De forma más general, muchas decisiones políticas durante la administración norteamericana buscaban explícitamente reducir el uso del español, lo cual se logró, primero a través de una educación universal en inglés y, después, a través de la nacionalización del tagalo a partir de 1935 (aparte de otras razones que socavaron el uso de la lengua).

También nos parece crispada la crítica enunciada en la introducción en torno al recibimiento en España de la presidenta Gloria Macapagal Arroyo tras abolir la pena de muerte en Filipinas. Hay cosas de la gestión de un presidente que pueden ser criticables, pero la abolición de la pena de muerte nos sigue pareciendo todavía a día de hoy un acto político que merece el aplauso internacional, y ello fue en gran medida por la gestión del Ministerio de Asuntos Exteriores español en el caso Larrañaga.

Por otro lado, habría que reseñar también las escasas referencias a los intelectuales filipinos que tomaron públicamente partido por uno de los bandos, como la figura fundamental de Jesús Balmori (que el libro sólo cita a través de una obra norteamericana muy deficiente). Sobre Balmori se han publicado recientemente varios trabajos que resaltan su posición abiertamente fascista, y hubiera sido interesante rescatar

sus poemas en homenaje a Franco y, en general, la deriva que la literatura filipina en español experimenta hacia planteamientos nacionalistas y tradicionalistas. En efecto, alrededor de los años 30 el Modernismo estético va desapareciendo, y la única alternativa que los autores encuentran es una vuelta a un clasicismo rancio, a diferencia de lo sucedido en América Latina con las Vanguardias y el Postmodernismo. Es decir, en Filipinas no encontramos propiamente vanguardia estética literaria en español, fracturándose su natural desarrollo artístico a favor de temas y estilos conservadores (tema que está completamente por estudiar).

Finalmente, hay dos pequeños aspectos conceptuales con los que habría que tener mucho cuidado. Por un lado los topónimos filipinos, que siempre hay que hispanizar, pues si ponemos Cebú, por qué no poner Bicol, Iloílo, Sampáloc, Bacólod, etc. Y por otro, el concepto de “filhispano”. En otros lugares hemos abundando en lo inapropiado del uso de este extraño concepto, sin validez etimológica, y que se ha usado sobre todo para referirse a la literatura filipina en lengua española. El autor lo emplea aquí para algo completamente nuevo: el conjunto de los españoles de ciudadanía, españoles de origen racial, mestizos y, en general, el conjunto de la comunidad filipina que deseaba un futuro hispánico para Filipinas. Nos parece que, si en su primer uso cultural ya era inapropiado, en este uso sociológico el concepto puede volverse muy problemático, porque parece resaltar que existe un conjunto de la población filipina que, por motivos culturales o incluso raciales, se enfrentaría a otro u otros grupos de intereses, cuando seguramente la voluntad que tenía el autor era expresar lo contrario. Consecuentemente, el uso de “filhispano” sólo ayuda a los que creen que la hispani-

dad en Filipinas fue parte únicamente de un grupo, un grupo que, como este libro demuestra, tuvo en su gran mayoría ideas bastante conservadoras y elitistas.

Por lo demás, nos parece imposible poder realizar una mejor investigación histórica, recopilar más documentos y ordenar todo el conjunto a través de un juicio crítico imparcial. Esta obra desvela con profusión de detalles y desde todos los puntos de vista la complejidad de la pujante e industrial comunidad española en Filipinas, y los prejuicios, sobre todo, que su injerencia en el conflicto civil tuvo para los intereses españoles en el archipiélago. España se recompuso, pero los españoles residentes en Filipinas cambiaron radicalmente, concluye el autor.

Isaac Donoso
Universitat d'Alacant

Santo Peli, *Storie di GAP. Terrorismo urbano e Resistenza*, Einaudi, Torino 2014, pp. 279.

Il libro si compone di due parti. La prima descrive la nascita – incerta e difficoltosa – dei “Gruppi di azione patriottica” (Gap) voluti dal Partito comunista italiano per iniziare la resistenza contro l’occupazione tedesca e contro il regime fascista repubblicano, nato dopo l’8 settembre 1943 (pp. 13-62); lo sviluppo nelle principali città dei Gap tra la fine del 1943 e la primavera del 1944, quando si caratterizzarono per il limitato numero di membri (pp. 63-106); la stagione della loro massima diffusione nell’estate del 1944, ovvero la “seconda fase” (pp. 107-180).

La seconda parte affronta più da vicino alcune caratteristiche di queste formazioni. I Gap emiliani, assai numerosi e attivi anche nei centri minori e nelle campagne,

oltre che nelle città (pp. 183-212); la vita quotidiana e gli aspetti materiali della loro difficile esistenza nelle città, segnata dalle cruciali questioni legate alla paura delle torture (nel caso fossero stati catturati, e vari furono i suicidi tra i gappisti), alle rappresaglie e alla violenza agita e subita che le loro azioni comportavano (pp. 213-269).

Santo Peli, per decenni docente all'Università di Padova, è uno storico della Resistenza italiana cui ha dedicato diversi saggi e due importanti libri quali *La Resistenza difficile* (FrancoAngeli, 1999), e soprattutto *La Resistenza in Italia. Storia e critica* (Einaudi, 2004). Quest'ultimo, insieme al fondamentale volume di Claudio Pavone *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza* (Bollati Boringhieri, 1991) costituisce l'alfa e l'omega della storiografia su questo tema. Già nelle ultime venti pagine del volume del 2004 troviamo *in nuce* questa ricerca, che colma una lacuna decisiva nel campo degli studi sulla Resistenza. In particolare, nei confronti di una vicenda che era stata narrata in termini più mitici che reali da alcuni ex protagonisti di quei fatti, ma mai veramente scomposta, analizzata, e interpretata nella giusta dimensione dagli storici.

Per questi motivi l'autore indica col titolo che non ha voluto scrivere "la" storia dei Gap, opera assai ardua a farsi mancando ancora oggi studi e ricerche su svariate realtà locali, ma alcune storie e situazioni che gli sono parse emblematiche, esemplari (p. 8). Il recentissimo volume di Luigi Borgomaneri, *Li chiamavano terroristi. Storia dei Gap milanesi (1943-1945)* (Unicopli, 2015), va in questa direzione ricostruendo quella di uno dei nuclei tra i più attivi della penisola.

Tutto ciò riflette un'altra caratteristica delle azioni dei Gap: a differenza delle formazioni partigiane che avevano il loro

teatro delle operazioni nelle vallate tra le montagne degli Appennini e delle Alpi, i gappisti operarono di solito all'interno delle città. Infatti, come ricorda l'A. nel sottotitolo, i gappisti scatenarono il "terrorismo urbano" a Milano, Firenze, Bologna, Genova, Roma, contro gli obiettivi nazifascisti. Essi combatterono "secondo le modalità classiche del terrorismo, cioè sia con uccisioni mirate di singoli individui sia con attentati dinamitardi" (p. 4). La parola "terrorismo" applicata a questi combattenti per la libertà ha avuto un'eco nel momento in cui gli studiosi hanno trascurato questo argomento. Ovvero proprio quando – nei primi anni '70 – si resero disponibili i primi volumi di documenti e di memorie di alcuni dirigenti del Partito comunista quali Pietro Secchia, Giorgio Amendola, Luigi Longo (p. 7). Si era allora, in Italia, nel mezzo degli anni della "strategia della tensione" (e dove agiva un piccolo gruppo che proprio ai Gap s'ispirava fin dal nome, guidato dall'editore Gian Giacomo Feltrinelli), e si stava entrando in quelli della lotta armata e del terrorismo. I temi di ricerca connessi alle azioni dei Gap che richiamavano il "terrore" e il "terrorismo", per di più su un momento fondante della Repubblica italiana quale la Resistenza, furono evitati dagli studiosi. Invece in campo politico furono spesso ripresi in maniera acritica per delegittimare la stessa Resistenza attraverso "incursioni giornalistiche e giudiziarie" (p. 6), appunto per alimentare polemiche politiche contingenti, e non per avviare una seria riflessione storica e storiografica. E tra le numerose recensioni di cui questo libro è stato oggetto, alcune non hanno mancato di sollevare dubbi e interrogativi sull'accostamento tra i gappisti e la parola "terrorismo". Però è proprio così che i gappisti definivano le loro stesse imprese: portare "l'azione terroristica contro i nemici e

i traditori. (...) Senza esitazioni condurre immediatamente una lotta spietata contro i tedeschi e fascisti” (pp. 4 e 29).

Per di più, questa pagina della Resistenza italiana era riconducibile al solo Partito comunista, alla sua diversità di organizzazione, e alla sua posizione favorevole a condurre una guerra che non fosse solo di liberazione dai tedeschi ma anche una guerra civile e di classe. Questo fino alla primavera del 1944, mentre in seguito lo stesso Partito comunista, sotto la direzione del suo leader Palmiro Togliatti, preferì accentuare i caratteri di guerra di liberazione e patriottica a scapito degli altri due, e a sminuire la sua diversità in favore di un'immagine di un partito unito con gli altri partiti nel Comitato di liberazione nazionale (p. 6).

L'autore descrive i gappisti, anagraficamente sempre molto giovani: la loro estrazione sociale era quella della classe operaia, con la rilevante eccezione di Roma, dove furono presenti diversi membri provenienti dai ceti medi. Uomini in carne e ossa, con le loro debolezze, le loro paure, ma anche pieni di determinazione, coraggio e dignità; militanti che furono istruiti e organizzati da dirigenti del Partito comunista (i rivoluzionari di professione) che avevano avuto spesso una precedente formazione nelle brigate internazionali nella Spagna della guerra civile, o nel maquis francese tra il 1941 e il 1943, specialmente tra i *Francs tireurs et partisans* – Main d'oeuvre immigrée operanti nel Midi e a Parigi, e che dopo l'estate del 1943 rientrarono in Italia (pp. 31-33, 155, 191).

La decostruzione delle gesta eroiche dei Gap così com'erano state narrate dal più famoso tra questi – Giovanni Pesce, uno dei pochi a sopravvivere e autore del volume *Soldati senza uniforme. Diario di un gappista* (Edizioni di cultura sociale, 1950)

– permette all'autore prima di smontare gli aspetti creati *ad hoc* e funzionali a descrivere, mitizzandole, le figure di alcuni di questi, divenuti vere e proprie icone immortali del Partito; questi vengono ricollocati nella giusta prospettiva storica e, talvolta, pure eroica, per il tipo di azioni clamorose che alcuni di loro compirono, quali gli assalti alle carceri per liberare centinaia di detenuti politici (pp. 264-269). Lo stesso discorso vale per le capacità del Partito di trovare e selezionare questi uomini pronti a tutto: a fronte di un'acritica storiografia che mai aveva fatto i conti con le difficoltà reali nel supportare i nuclei urbani dei gappisti, nel riuscire a farli funzionare, nel controllarli, nel rifornirli di armi e di luoghi sicuri dove alloggiare, l'autore dimostra come in numerose occasioni il Partito venisse tagliato fuori, o rimanesse all'oscuro, o semplicemente non riuscisse ad aiutarli come avrebbe voluto. Alcune delle pagine più interessanti sono quelle sulle regole della clandestinità insegnate dai quadri del Partito e poco applicate, per svariati motivi, dai piccoli gruppi che – anche per questo motivo – furono individuati dalle polizie nazi-fasciste finendo spesso con l'essere uccisi in scontri a fuoco, nel migliore dei casi, o arrestati, torturati più volte e poi giustiziati dopo sommari processi (pp. 231-244).

Tutti questi temi sono affrontati sempre con pacatezza e rigore metodologico che, appoggiandosi alle fonti, nulla concede alla retorica. Lo stile chiaro dell'autore permette una facile lettura del libro, grazie anche a una costruzione narrativa che alterna momenti di analisi a momenti di azione, quasi fosse la sceneggiatura di un film d'azione.

A livello europeo dobbiamo sperare in future ricerche che possano comparare le simili vicende negli Stati sottoposti all'occupazione tedesca: se qualcosa si co-

nosce per la Francia, ancora troppo poco sappiamo per altri paesi, ad esempio, quali l'Olanda e la Danimarca, dove le resistenze armate furono caratterizzate soltanto da attentati urbani.

Giovanni Focardi
Università di Padova

Maximiliano Fuentes Codera: *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2015. 240 pp.

El trabajo de Fuentes Codera se enmarca en la eclosión de estudios que han dejado de considerar la movilización como una mera respuesta al reclutamiento o a la manipulación propagandística por parte de Estados y partidos. Siguiendo la estela de la historiografía europea más relevante sobre la Gran Guerra, encabezada por John Horne y Jay Winter entre otros, el autor colabora a situar a España en el eje de esa movilización, en el marco del conflicto y en la historia del pensamiento europeo del periodo, rompiendo, como ya han hecho otros historiadores, especialmente Ismael Saz y Santos Juliá, con la falsa idea de que España constituyó, al menos durante gran parte del siglo XX, una excepción, una anomalía en Europa. En esta línea, Codera se adentra en el debate intelectual provocado por la guerra, mostrando las conexiones con el pensamiento francés, para exponer con claridad cómo los debates entorno al conflicto se enlazaron con las preocupaciones y cuestiones nacionales.

Al estallar la guerra, se hizo evidente que España no estaba en condiciones de participar, como diría Francesc Cambó “debemos ser neutrales porque no podemos ser otra cosa” (p. 43). Pero esta obviedad no implicó ignorar el conflicto, que quedó

desde un principio ligado a los intentos de nacionalizar una España que los intelectuales consideraban fracasada como nación. Para explicar este fenómeno, el autor parte del análisis de la intelectualidad en el periodo inmediatamente anterior a la Gran Guerra, centrándose en el legado del 98 y en la esperanza de que la guerra actuara como catalizador de un proyecto común, que despertara a España de ese ya largo letargo que la había llevado a la decadencia. A continuación, Codera se centra ya en el debate en torno a la guerra, siguiéndolo año a año, a través de cuatro capítulos que constituyen el núcleo de la obra, y mostrando cómo coexistieron diversas interpretaciones del conflicto, ya fuera como un enfrentamiento entre dos culturas, como una guerra civil europea o como una crisis de la civilización. Además de plantear un detallado análisis que pone en evidencia cómo, en este contexto, ser aliadófilo o germanófilo implicaba también apostar por unas u otras soluciones a los problemas de España, la característica más interesante de este ensayo radica en haber abordado el tema aplicando una mirada doble, a la intelectualidad madrileña y barcelonesa, ya que no hacerlo daría como resultado un análisis parcial que no permitiría, como sí hace Codera, comprender cómo el debate quedó ligado a los más acuciantes problemas nacionales.

Lejos de caer en el esquema simplista de una aliadofilia de izquierdas y una germanofilia de derechas, el autor no descuida el análisis de los casos complejos, aquellos que defendieron la germanofilia por su supuesto liberalismo, como Pío Baroja, o quienes a pesar de ser modelos para la derecha, no pudieron esconder sus simpatías hacia los aliados, como Antonio Maura. También los hubo que en un clima de polarización ideológica trataron de practicar la equidistancia.

tancia y el pacifismo, abogando por con- jugar lo mejor de la cultura latina con lo mejor de la germánica, como fue el caso de un Eugenio D'Ors que acabaría denostado por unos y por otros. Se despliega así ante nosotros la evolución de un debate que pasará desde una neutralidad comúnmente aceptada, a una aliadofilia intervencionista, que equiparará intervención y futuro democrático para España, y en la misma línea neutralismo con germanofilia y antiliberalismo. Un debate cada vez más intenso, inserto en las tensiones entre unos intelectuales crecientemente implicados en política, un régimen cada vez más debilitado y un tejido social especialmente afectado por el conflicto, a pesar del impulso industrializador y de crecimiento que se verá en algunas regiones peninsulares. El impacto del conflicto en conjunción con el deterioro del turno llevó a que terminada la contienda, las esperanzas de cambio quedarán frustradas en una España que lejos de acercarse a la instauración de un sistema democrático, se aferraba con ahínco a los restos del restauracionismo.

La única enmienda que se le puede hacer a la obra de Fuentes Codera es el no haber analizado con la misma profundidad al sector germanófilo que al aliadófilo. Más aún si tenemos en cuenta que muchos de los intelectuales de derecha insertos en este debate pasarán a tener un protagonismo destacado en las décadas siguientes, como adalides de diversas propuestas políticas, algunas de ellas enmarcadas en el desarrollo de un incipiente fascismo español. Así, si bien el análisis de los intelectuales aliadófilos, que toma como eje las publicaciones *Iberia* y *España*, es sólido y profundo, no se aprecia el mismo interés por el espectro germanófilo, aunque el autor demuestra conocer bien sus principales publicaciones, ideas y matices. A pesar de ello, Code-

ra muestra con claridad cómo el conflicto europeo, aunque no provocó procesos políticos y sociales que ya se estaban desarrollando con anterioridad, sí los influenció y aceleró. Un ejemplo claro será el catalanismo que, al calor de la guerra, presentará distintas soluciones al problema catalán, ya sea mediante la constitución de una España federalista, por la vía de la autonomía, por medio de un imperialismo catalanista que suplantase el nacionalismo castellanizante en beneficio de España, hasta la aparición de un catalanismo de izquierdas, muy crítico no solo con el régimen, sino con la Lliga Regionalista. Quien esté interesado en el desarrollo histórico de la cuestión catalana no debería dejar pasar este libro.

La aceleración de los procesos y la polarización del debate pueden llevar a interpretar el periodo como preludeo de la guerra civil, un tema recurrente en el debate entre los intelectuales, sin embargo, no debemos interpretar por ello el conflicto como inevitable. Así, como señala el propio autor, es preferible ver este periodo como una "guía de lectura" (p. 220) de lo que ocurrirá en España en los años veinte y treinta. En definitiva, Codera muestra con claridad cómo, a pesar de haber mantenido su neutralidad, España "estuvo plenamente inserta en la guerra" (p. 35), aunque quizá sería más adecuado decir que la guerra estuvo plenamente inserta en España.

Mercedes Peñalba Sotorrió
University College Dublin

Alfonso BOTTI, Marco CIPOLLONI y Vittorio SCOTTI DOUGLAS (coords.): *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*, Soveria Mannelli, Rubbettino Editore, 2014, 629 pp.

“El hispanismo es un fenómeno cultural bastante curioso y, por eso, interesante”, escriben los coordinadores de este volumen en la introducción, y añaden que presenta un “frágil estatuto epistemológico” (p. 9). ¿Pero qué se entiende por hispanismo? A nivel general, se podría definir como el estudio de la cultura, de la lengua o de la historia de España llevado a cabo por investigadores que no son de origen español. Los hispanistas, según esta perspectiva, al haber crecido y al haberse formado en otro Estado tendrían hacia su objeto de estudio una mirada peculiar, la llamada mirada del otro, natural y substancialmente distinta de la mirada adoptada por los estudiosos españoles: dado que “su punto de observación” y su “cultura historiográfica de procedencia” son diferentes, tendrían “la oportunidad de captar aspectos o poner interrogantes que quien observa e investiga desde el interior [de España] tiene más dificultad para enfocarlo” (p. 9).

Hay que subrayar que esta definición general de hispanismo y el relativo encuadre conceptual, si bien resultan lo suficientemente acertados como para ser utilizados a nivel operativo, constituyen cuestiones resbaladizas, de allí el “frágil estatuto epistemológico” mencionado más arriba. En efecto, como pone en evidencia Marco Cattini en su capítulo, sobre todo en las últimas dos décadas “la categoría de hispanista [...] se tiene que poner en cuestión por las consecuencias de la movilidad y de la globalización y por el hecho de que muchos investigadores residen durante lar-

gos períodos de tiempo en el territorio que estudian”: “estos factores”, por lo tanto, “obligarían a problematizar la supuesta mayor neutralidad con respecto al campo investigado” (p. 472). Asimismo, hay que considerar que también los historiadores españoles realizan constantemente estancias en el exterior, absorbiendo las sugerencias de otras culturas historiográficas y entrando en contacto con otros enfoques metodológicos.

De todas formas, más allá de estas consideraciones de orden quizás demasiado teórico, el extenso volumen coordinado por Botti, Cipolloni y Scotti Douglas tiene un mérito indudable: proporciona una panorámica exhaustiva de los estudios sobre la España de los siglos XIX y XX que han sido realizados por historiadores no españoles entre 1978 y 2008. Hasta la fecha representa la obra más completa en este sentido, aunque las revistas *Ayer* y *Historia Contemporánea* ya habían dedicado números monográficos a la misma temática en los años 1998 y 2000. El marco cronológico elegido corresponde a la etapa democrática postfranquista, una etapa caracterizada, tanto dentro como fuera de las fronteras del país del Quijote, por la progresiva profesionalización y consolidación de la investigación sobre la historia española contemporánea, una vez liberada de las limitaciones de vario tipo impuestas por la dictadura del Caudillo. Es una lástima que, a causa de la publicación tardía del volumen (que contiene las actas de un congreso celebrado en 2008), no se hayan tomado en consideración los trabajos publicados en el último lustro, en el que se ha asistido en buena medida a un nuevo despertar del interés de la historiografía internacional por España.

Los primeros catorce capítulos del libro coordinado por Botti, Cipolloni y Scotti

Douglas abarcan diferentes casos nacionales. El hispanismo al que se dedica mayor atención (cuatro ensayos y casi doscientas páginas) es el francés. No es casual, dado que es lo que tiene la tradición más larga. Lo ilustra perfectamente Paul Aubert, que en su amplio capítulo toma como punto de partida la hispanofilia francesa de los siglos XVI-XVII, cuando España era meta de viajeros románticos del otro lado de los Pirineos atraídos por su “exotismo amable” (p. 143), hasta llegar con su análisis a trabajos recientes como los de Sophie Baby o David Marcilhacy. El autor profundiza también el papel desempeñado por Manuel Tuñón de Lara y los coloquios que organizó en Pau entre 1970 y 1981, fundamentales para la formación de una nueva generación de historiadores tanto españoles como franceses.

El otro caso nacional mayoritario es el del hispanismo italiano. Si Scotti Douglas se centra en la historiografía italiana sobre el siglo XIX español, Botti abarca las investigaciones que han sido llevadas a cabo sobre el siglo XX: a este propósito, empieza destacando los trabajos pioneros publicados ya en los setenta por reconocidos especialistas como Giuliana Di Febo y Gabriele Ranzato, y acaba describiendo la producción científica del grupo de investigadores que hoy en día se mueve alrededor de Spagna Contemporanea. Precisamente al universo de Spagna Contemporanea está dedicado el capítulo escrito por Alberto Gil Novales que, dibujando la trayectoria de la revista y trazando una panorámica de los variados e importantes artículos publicados en ella a lo largo de quince años, la confirma como un punto de referencia del hispanismo internacional. Otros ensayos analizan el hispanismo inglés (Nigel Townson), el alemán (Carlos Forcadell y Walter Bernecker) o el estadounidense (Marco Cipolloni).

Una mención especial, por su “heroicidad”, merece el hispanismo japonés descrito por Chiaki Watanabe, que ilustra las actividades desarrolladas por la Sociedad Japonesa de Historia de España: un ejemplo de como la pasión puede suplir a enormes dificultades logísticas.

Los últimos cuatro capítulos, en cambio, no se centran en hispanismos nacionales, sino en cómo una determinada temática de la historia española haya sido abordada por los hispanistas a nivel internacional. José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y Ludger Mees, por ejemplo, se ocupan de la cuestión vasca, demostrando como ETA haya sido el principal objeto de interés para los observadores extranjeros. Muy interesantes resultan las reflexiones desarrolladas por Ismael Saz a propósito del debate sobre franquismo y fascismos: el autor, en efecto, reivindica “la centralidad que le corresponde” a la experiencia española en el marco de los estudios sobre los nacionalismos reaccionarios y los fascistas, afirmando que el caso del franquismo fue “paradigmático” porque constituyó una síntesis de ambos (p. 515).

Concluyendo, me parecen pertinentes algunas observaciones de Benoît Pellistrandi acerca de la necesidad para el hispanismo de no convertirse en un campo de estudios cerrado y autoreferencial: “Uno de los problemas que debilita [...] el hispanismo francés es justamente un encerramiento. [...] Hay que abrirse un nuevo espacio institucional reivindicando la presencia de España en la construcción de la historia europea. Es lo que llamo el imperativo de salir de la excepción española. Excepción como cualquier otra realidad, pero no excepción que tiene que transferirse en el

orden intelectual en un hispanismo visto como disciplina” (p. 111).

Emanuele Treglia

Josep Calvet, *Huyendo del Holocausto: Judíos evadidos del nazismo a través del Pirineo de Lleida*. Lleida: Editorial Milenio, 2014, pp. 401.

In this well researched and detailed account, Josep Calvet examines the impact of the Second World War on the province of Lleida as it became a destination for Jews and others fleeing Nazi-occupied Europe. This is a very balanced account, considering the experiences of the refugees themselves, the populations they encountered, and the Francoist regime as it attempted to deal with a surprisingly large flight from the genocide of the Holocaust. It is a valuable contribution to our understanding of what the war looked like on the ground in Spain.

The first half of the book focuses on the moment of passage across the Pyrenees and the stories of many refugees. Estimates of European Jews who crossed from France into Spain over the course of 1939–1945 range from 23,000 to 37,500 (51–2). The response of the Franco regime to this movement was not based on any “unified criteria” (63). Up until 1941, tolerance for this refugee movement was quite high, and Spanish Consulates in France and elsewhere issued entry visas. From November 1940 the right to issue such visas was centralized in Madrid, in an effort to better control the border. Yet local authorities still had the right to deal with the refugees as they entered Spain. As a result, though 1942, refugees could be treated with expulsions back to France, with detentions in camps

and prisons, or with approval to cross Spain to Portugal or elsewhere. The complete occupation of the south of France by Nazi Germany, beginning in November 1942, changed the situation considerably. By February 1943, the German police in France considered established a 30–40km no passage zone along the border in order to limit the flow of Jews and others into Spain, and German criticism of Spanish tolerance for Jewish refugees increased (66). Nonetheless, Francoist responses remained varied and a single policy was never established.

The individualized stories Calvet has found illustrate the impact of the lack of a consistent Francoist policy on the lives of those Jews fleeing the Holocaust. The Polish Jew Jankiel Rozenwald who managed to escape to Nice, France, received an entry visa into Spain from the Spanish Consulate in Pau in July 1942. Nonetheless, he was arrested crossing into the Val d’Aran in August, under order of eventual expulsion. By October 1942, however, the expulsion order was revoked by the Civil Governor. In November, as German troops took control of the border from the French border guards, Rozenwald was taken back to the Val d’Aran and the border town of Les by the police but not forced to cross back into France. Then the civil governor ordered him imprisoned in the concentration camp at Miranda del Ebro. His father Abraham, already settled in Madrid, appealed to the Ministry of Foreign Affairs. In February he was released to join his father and in 1943 Jankiel left from Bilbao for Venezuela, where he died in 1965 (80–4). This chaotic journey into refuge and into the contradictory and indecisive

bureaucracy of the Francoist state was not uncommon.

Crossing the Pyrenean border, with its mountains, narrow passages, and severe winters, was not easy. Growing German vigilance from November 1942 on added to the complications of escape. Members of the French Resistance, Spanish Republican exiles and others assisted in creating chains across the mountains meant to aid the refugees, often through the Val d'Aran or Andorra. From there, refugees would enter Seud'Urgell or Sort. Some 2,660 people entered Sort from 1940-1944, including 1,288 French citizens, 407 Canadians (mostly airmen), 235 Poles (mostly Jews), and 100 Belgians, 21 of whom were Jewish (97). Women who crossed alone were immediately arrested and sent to Miranda del Ebro; some 158 mostly Jewish women were thus dealt with, in large part because Lleida did not have a women's prison (100). In Seud'Urgell, 486 foreigners were detained in the local jail for various periods of time, including 166 Poles, mostly Jewish; these numbers from the documents are probably lower than reality (142). Yet many never served time in prisons, and as a result most of the male refugees in Sort stayed in hotels and pensions, usually in rooms paid for by the American-based Joint Jewish Distribution Committee Barcelona office. Imprisonment of refugees thus existed alongside the establishment of small but temporary refugee communities in small towns across Lleida province. Similarly in Andorra, the Joint Distribution Committee had a permanent representative paying for hotel space for refugees amidst Gestapo, Vichy and Spanish Intelligence agents in the same venues.

Over time, more and more refugees were integrated into the pre-existing concentration camp system established by Franco

for political opponents at the end of the Civil War in 1939. While Miranda del Ebro became the primary camp for foreigners, more local concentration camps like Cervera, established in town and then on the university campus there, also held refugees, although destroyed records do not make it possible to come up with exact numbers. These local camps held significant numbers of refugees, especially in 1942, before a more centralized policy sending refugees to Miranda del Ebro was in place by 1943.

Calvet also considers the activities of important Jewish organizations in France as related to the movement of people into Spain. Here the main Jewish resistance organization, the Armée Juive, in facilitating border crossings, and the importance of the Oeuvre des Secours d'Enfants (OSE) in moving children across the border, especially in the last half of the war, are examined. The Scharff family, Jews from Poland, were protected in France from 1940-1944 and the father was deported to the Gurs camp, and then to Auschwitz, in 1942. His children, however, remained in hiding and crossed into Lleida with the assistance of the OSE in September 1944 (190). Other Zionist groups similarly assisted. The chaotic situation on the border and the lack of a single Francoist policy also gave space for non-Jews to act as rescuers, such as Jeanne Rogalle, in the French border town of Aulus-les-Bains, who received the French Legion of Honor award for her efforts in 2005.

A final focus is the work of the American Joint Jewish Distribution Committee (JDC) which had offices in Barcelona led by the Portuguese Red Cross official, Samuel Sequerra, from 1942. They soon had representatives in Lleida, whom Sequerra and his brother Joekl, also with the JDC in Barcelona, visited almost weekly by 1944.

The JDC arranged and paid for hotels for refugees, advocated on their behalf with Francoist officials, and arranged for transit visa to move people out of Spain to safer areas. Five hundred and sixty one people were moved to Palestine from Cádiz with the JDC's assistance in January 1944 (270).

By focusing on the province of Lleida and collecting, through documents and interviews, the stories of hundreds of refugees, Josep Calvet has produced a significant and important contribution to our understanding of the Franco regime's place in the Europe of the Second World War and the Holocaust. Using his ability to describe what happened in small towns and communities, and to individuals, across Lleida, we are able to see how chaotic and unorganized the Spanish response to the refugee flow the Holocaust created was. Spain was neither a rescuer of Jews nor a collaborator in the Holocaust. The result created thousands of spaces for local police and government officials, for rescuers, for the French and Jewish resistance, and for the Jewish Joint Distribution Committee to assist Jews in their efforts to escape Nazi terror and genocide. This work should receive a wide readership.

David A. Messenger
University of Wyoming

Joaquim Nadal i Farreras, Gemma Domènech i Casadevall, *Patrimoni i guerra. Girona, 1936-1940*, Girona, Ajuntament, 2015, 196 pp.

Si la guerra civil —i la revolució— ha estat, des de sempre, un assumpte històric i historiogràfic que demanava una delicada exquisida en la manera de tractar-lo, la dicotomia destrucció-salvaguarda del patrimoni artístic, documental, etc., religió i

laic, ha estat una de les qüestions que han promogut més polèmiques, malentesos, campanyes polítiques, etc., dels tres anys de conflicte i la immediata postguerra franquista.

La destrucció del patrimoni arquitectònic, moble, immoble, artístic, religió, laic, documental, bibliogràfic, etc., ha quedat com un testimoni irrefutable de l'extraordinària complexitat històrica dels anys republicans i de les realitats polítiques, socials, ideològiques que van entrar en conflicte l'estiu de 1936. Per als sectors franquistes i antirepublicans —que no sempre coincidien en les mateixes persones i grups—, les destruccions perpetrades pels revolucionaris —dit així, en general—, que incloïen anarquistes, comunistes, anticlericals i, fins i tot, gent republicana, eren la prova irrefutable que la Segona República i la Generalitat republicana, en mans d'ERC i els seus aliats, no podien acabar de cap altra manera. Els republicans —catalans i espanyols— van jugar amb foc —les aliances amb les forces revolucionàries— i es van cremar —literalment. A més a més dels centenars d'executats a les vores dels camins i les carreteres, la persecució religiosa i política, la Segona República arrossegaria per sempre més la càrrega d'haver permès una destrucció patrimonial d'un valor incalculable. A Catalunya, el president Companys ja podia afegir una nova indignitat al seu llarg i polèmic historial polític.

Per als derrotats en la guerra —sobretot, els republicans— i per a l'antifranquisme, ja des de 1939 va ser una qüestió d'honor i dignitat —i, naturalment, de justícia històrica— reivindicar la difícil i, a vegades, insuficient tasca que van dur a terme les autoritats de la Generalitat, persones a títol individual, les forces de l'ordre, etc., per mirar de salvar el patrimoni amenaçat. Els informes que Carles Pi i Sunyer i Pere

Bosch Gimpera van confeccionar i presentar a les autoritats britàniques són les primeres proves de la defensa davant la propaganda franquista desfermada per tot arreu. Per la seva banda, Joaquim Folch i Torres va escriure un llarg report per al nou alcalde de Barcelona, Miquel Mateu i Pla, explicant-li els treballs duts a terme en l'evacuació dels materials dels museus en perill i l'exposició d'art català medieval de París. Almenys, dins de la desgràcia de patir un procés de depuració com a funcionari municipal i un expedient de responsabilitats polítiques, aquest informe va ajudar a camuflar la depuració com una jubilació anticipada —encoberta, de fet.

Sorpren una mica que, fins 1971, no aparegués un text donant notícia del salvament del patrimoni. Miquel Joseph i Mayol (*El salvament del patrimoni artístic català durant la guerra civil*, Barcelona, Pòrtic, 1971) va recuperar aquesta història i va donar notícies de les actuacions de la gent de la Generalitat en aquest àmbit. Va ser una autèntica revelació que no va tenir continuïtat. No s'hi va tornar fins vint o trenta anys més tard, amb els treballs de Mercè Vidal, Joan Busquets, etc., i, finalment, amb una eclosió notable, en la primera dècada del segle XXI (Clara Estrada, Francisco Gracia, Josep Clara, etc.). Les primeres notes del llibre de Joaquim Nadal i Farreras i Gemma Domènech i Casadevall, són un bon recompte bibliogràfic.

La publicació de *Patrimoni i guerra. Girona, 1936-1940* actualitza aquesta història relativament recent, ens torna a posar sobre la taula un assumpte intrínsecament lligat als grans episodis de violència derivats d'una guerra, una revolució, etc., i, de fet, ens vincula aquest passat nostre no tan llunyà amb imatges d'Irak, Síria, etc., on a les incomptables víctimes humanes cal afegir-hi la destrucció sistemàtica del patri-

moni artístic i històric per motius religiosos, ideològics o, simplement, econòmics —la venda d'objectes d'art al mercat negre, per exemple.

L'objecte central del llibre és l'estudi dels treballs que va dur a terme la Comissió de Patrimoni Artístic i Arqueològic, creada el 22 de juliol de 1936, per tal d'intentar «neutralitzar els efectes de les destruccions iconoclastes i [...] la fúria desfermada» (p. 28). Però no es tracta d'explicar només el treball més o menys administratiu d'aquest organisme. Amagada a la nota 8 (pp. 21-22), els autors expliquen amb més claredat el propòsit de la recerca: «En aquest treball situem els fets de la destrucció en el context del sentiment antireligiós i anticlerical de les tensions polítiques i socials del moment, però sense minimitzar les grans conseqüències de caràcter cultural i patrimonial de les destruccions indiscriminades de destrucció...». A partir d'aquí arrenca un llibre magníficament editat, amb una escriptura acurada i unes il·lustracions excel·lents. Impressiona la fotografia de l'obertura del sepulcre de Sant Narcís (p. 29) i deixa un regust una mica amarg el gravat de Pau Planas sobre «Els eternals “culs de cafè”» (p. 32). Són dos exemples d'una publicació on les il·lustracions s'integren i expliquen el text. I quan el lector avanci, li recomano que miri amb molta cura les fotografies de les pp. 71-86, que el portaran fins el Jeu de Pomme, amb l'Exposició d'Art Medieval Català i els dibuixos que Joaquim Folch i Torres va fer per a la instal·lació de les obres al castell de Maisons-Laffite, quan el conjunt expositiu hi va ser traslladat. Magnífiques.

Pel que fa als personatges i protagonistes de la Comissió —i d'altres, que apareixen al llarg del llibre—, cal destacar Joan Subias i Galter, un home clau en els treballs de salvament i preservació del patrimoni artís-

tic durant tota la guerra, incloent-hi els darrers dipòsits de l'Alt Empordà. Joan Subias —que, com expliquen els autors, va deixar un notable fons documental a l'IEC— va passar la frontera, va estar refugiat durant uns mesos a casa d'uns familiars de la seva dona, i va tornar a Barcelona —reincorporant-se a la Diputació provincial—, gràcies a les gestions de Ferran/Fernando Valls Taberner. Una història molt d'aquells temps.

Però, més enllà dels protagonistes i les il·lustracions, què ens vol explicar, aquest llibre? La clau es troba a la p. 41, on els autors descriuen el programa de la Comissió: «L'actuació de la Comissió va desbordar l'àmbit geogràfic estricte de la ciutat de Girona i, en part per mimetisme de la Comissió de Monuments a la qual substituïa, va exercir una mena de capitalitat implícita i va mantenir un àmbit d'actuació provincial en el terreny de la recuperació, la catalogació i la concentració dels béns mobles artístics. Hi ha, en tota l'actuació, un sentit d'ordenació i concentració que no implicava, únicament, una voluntat de salvaguarda, que hi era com a conseqüència de l'emergència bèl·lica, sinó que es plantejava respondre a les instruccions i a la legislació de la Generalitat, i ocupar-se de tota la Regió de Girona, tot plantejant l'acció en el patrimoni artístic i monumental com a activitat prioritària, però també en el patrimoni documental d'acord amb les directrius d'Agustí Duran i Sanpere en matèria d'arxius i, en el patrimoni bibliogràfic, d'acord amb els criteris del Servei de Biblioteques que dirigia Jordi Rubió i Balaguer». Tot un programa de política cultural pública, en plena guerra i convivint amb una revolució que ho havia posat tot de cap per avall, per part d'uns ens administratius que, davant la força dels fets, assumeix i aplica unes responsabilitats que anaven més enllà dels objectius centrals. L'inventari de

propostes i actuacions sobre el conjunt del patrimoni de la ciutat de Girona i, de fet, de tota la província, ens porta a les tesis que la professora Maria Campillo va plantejar en el seu estudi *Escriptors catalans i compromís antifeixista 1936-1939*: fou durant la guerra, i amb les conselleries d'Antoni M. Sbert i Carles Pi i Sunyer, que es va assolir el grau més alt de desenvolupament d'una autèntica política cultural pública i nacional. En els nivells locals i provincials, les comissions com la de Girona van executar les directrius que els arribaven des de l'administració catalana central, o van prendre la iniciativa en la mateixa direcció. En aquest sentit, són especialment rellevants les actes de la Comissió, estudiades, sintetitzades i transcrites pels autors del llibre, perquè permeten veure el desenvolupament d'aquesta tasca, que anava més enllà de la salvaguarda del patrimoni: tot allò que es va poder salvar, va ser inventariat, catalogat, conservat i restaurat —si calia— i, fins i tot, es feien estudis acadèmics. No som, doncs, només davant d'unes actuacions d'urgència, sinó del desplegament d'una estratègia de política patrimonial en un context especialment crític.

El llibre fa un salt endavant notable, en explicar la intervenció de la Comissió gironina en els treballs preparatoris per a l'Exposició d'Art Medieval Català de París. D'aquesta exposició se n'han dit moltes coses, i no sempre amables, i, de fet, va ser el gran argument per repressaliar —depurar, en aquest cas, és un mot massa suau— Joaquim Folch i Torres, el cap de la Junta de Museus de Catalunya. La història de l'exposició i les seves vicissituds és molt coneguda —Joaquim Nadal i Gemma Domènech n'ofereixen una síntesi excel·lent—, però ho és menys la intervenció de tres gironins, sobre els quals se'ns ofereixen notícies d'allò més interessants: Àngels Macià

de Ros, mossèn Lambert Font i, altra vegada, Joan Subias i Galter.

Tots tres van participar, d'una manera o altra, en la salvaguarda del patrimoni, l'exposició francesa i el retorn, un episodi convertit en un dels grans actes propagandístics del primer franquisme, farcit de consignes contra els «rojos», còmplices o actors directes de les grans destruccions revolucionàries dels primers temps de la guerra. Només cal recordar l'insigne periodista sitgetà Miguel Utrillo Vidal fent de testimoni de càrrec en l'expedient de depuració de Joaquim Folch i Torres; o el no menys insigne Martín Almagro, acusant Pere Bosch Gimpera d'haver saquejat el Museu d'Arqueologia.

Aquests dos darrers casos s'escapen del nucli central del llibre, però permeten entendre, una mica més, la gran importància que, encara avui, tenen per a nosaltres aquests estudis, no només per conèixer en detall uns esdeveniments fonamentals de la nostra història contemporània, sinó també per retre homenatge a una gent que es va jugar la feina i la vida per salvar el patrimoni —religiós o laic—, col·lectiu, públic, catalogar-lo, endreçar-lo, etc., en temps de guerra i revolució. A la vegada ens permet prendre consciència del mal que el franquisme va provocar en aquest país on, quaranta anys després de la desaparició del dictador, encara hi ha grups periodístics (llegiu l'editorial del diari *El País*, del 14 d'octubre de 2015) i historiadors (la darre-ra obra de Jordi Canal) capaços de banalitzar aquella dictadura i els seus efectes.

Francesc Vilanova
UAB i Fundació Carles Pi i Sunyer

Miguel Artola Blanco, *El fin de la clase ociosa. De Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, pp. 312.

En 1993 escribía Lawrence Stone, referente de Miguel Artola Blanco en esta obra, que la primera tarea de los historiadores en la década siguiente era “proporcionar una explicación más convincente del cambio en el transcurso del tiempo. Esto solo puede hacerse logrando dos cosas. La primera es vincular la historia económica y social con la historia tanto de la cultura popular como de la cultura elitista (...) El segundo requisito... es vincular la historia social y cultural y el análisis de estructuras profundas con los avatares de la guerra, el poder político y la política de alto nivel...”⁹.

Pues bien, Miguel Artola Blanco presenta con este libro, en buena medida, el perfil del historiador que anticipaba Lawrence Stone en el texto citado. Más aún, el autor que, evidentemente, es un historiador muy joven, parece obviar la profunda crisis de tipo conceptual y metodológico que afectó a la historiografía en las décadas finales del siglo XX. En este sentido, se ajusta a la propuesta de Santos Juliá publicada en el citado número del diario *El País*, al decir: “el historiador puede, más que salir de la crisis, no entrar en ella. Su tarea no es la del oráculo ni la del profeta; es la del intérprete (...) La pluralidad de paradigmas, la eclosión de temáticas, los caminos cruzados, la diversidad de interpretaciones del pasado, la apertura de indeterminación del futuro constituyen la situación normal de la historia, como de toda ciencia social”¹⁰.

⁹ Lawrence Stone, “Una doble función. Las tareas en las que se deben empeñar los historiadores en el futuro”, en *El País*, 29 de julio de 1993.

¹⁰ Santos Juliá, “¿La historia en crisis?. Los historiadores debaten hoy acerca de la posibilidad misma de la existencia del conocimiento del pasado”, en *El País*, 29 de julio de 1993.

Sin embargo, Miguel Artola Blanco conoce muy bien las aportaciones de las nuevas tendencias historiográficas, tal como se desprende de la lectura de este libro.

El autor en los sucesivos capítulos trata de la economía, de la sociedad, del consumo y de la política social, como si se tratara de un trabajo historiográfico de carácter convencional, analizando censos de población, declaraciones de la renta, libros de contabilidad y documentos del Registro Mercantil; pero también trata de aspectos y cuestiones que han incorporado las nuevas tendencias historiográficas como la identidad, la cultura y el estatus de las personas y los grupos, los espacios y las distintas formas de sociabilidad. Todo ello está estudiado desde la perspectiva de las clases altas radicadas en Madrid entre 1900 y 1950, cuestión a la que específicamente está dedicada esta obra.

El libro está dividido en dos partes: la primera titulada “Los años dorados (1900-1931)” y la segunda “Tiempos de crisis y adaptación (1931-1955)”. En la primera, el autor analiza y estudia de manera exhaustiva y clara los recursos económicos, el consumo, las formas de vida, la actitud ante la política activa y el sentimiento de identidad y de clase o grupo que albergaban las clases altas de Madrid; y en la segunda, las repercusiones de las políticas reformistas de los gobiernos de la Segunda República sobre los intereses y actitudes de este grupo, las dificultades, peligros y represión a que se enfrentaron durante la Guerra Civil, y la pervivencia del grupo durante el primer franquismo y, muy especialmente, los efectos que produjo sobre sus intereses y modo de vida la política autárquica.

A lo largo del libro el autor se refiere a varias cuestiones, a las que ya alude en la introducción, pero que no parece que queden dilucidadas por completo. La pri-

mera tiene que ver con el título, “la clase ociosa”. El autor utiliza este término como sinónimo de “clases altas”, que es el del que se sirve casi siempre a lo largo del libro. El concepto de clase ociosa lo toma del autor norteamericano Thorstein Veblen (1857-1929) (*Teoría de la clase ociosa*, 1899), según el cual, en palabras de Miguel Artola Blanco, “ilustra la predisposición que mostraban las familias más ricas a abandonar cualquier forma de trabajo y, a cambio, desarrollaban una vida dedicada a la alta cultura, el deporte y el consumo de lujo” (pp. 24-25). Pero la utilización de este concepto sin más precisión y como sinónimo de clases altas no se adecua muy bien a lo que dice el autor en el capítulo primero, cuando trata de “las grandes fortunas”, distinguiendo tres grupos: banqueros, industriales y consejeros, terratenientes y rentistas (pp. 32-48). Todos ellos, evidentemente, en el grupo de las clases altas, muestran una mayor o menor que-rencia a la vida ociosa pero no de manera exclusiva ya que habían de hacer producir sus recursos económicos, directamente o mediante personas interpuestas como administradores, representantes u otros profesionales como los consejeros. Dos buenos ejemplos son las tablas 1 y 2 dedicadas a “Los diez mayores capitalistas, Madrid, 1932” y “Los diez consejeros mejor retribuidos, Madrid, 1932-1935” (pp. 34 y 38). A pesar de esto, ha de tenerse en cuenta también la presión que ejercen las empresas editoriales sobre los autores en orden a poner un título atractivo a los libros.

La segunda cuestión es la referente a las aportaciones de esta obra respecto a la actitud de las clases altas ante la política. Como dice el autor en la introducción, frente al protagonismo que les otorgaba Tuñón de Lara en el proceso de formación del bloque de poder, en su obra *Historia y realidad del poder* (1967), Mercedes Cabrera y

Fernando Rey niegan la existencia de tal bloque hegemónico en su obra *El poder de los empresarios* (2002). Ambos planteamientos respondían a posiciones ideológicas e historiográficas previas que condicionaron el desarrollo de la investigación e influyeron en la elaboración de las conclusiones. En cambio, Miguel Artola Blanco, en este asunto, da mayor relevancia a la investigación empírica y al análisis de los datos, destacando la pluralidad de actitudes y planteamientos de los distintos miembros de las clases altas madrileñas ante la política a escala nacional durante los sucesivos regímenes y las diversas coyunturas, para concluir que se dieron diversos comportamientos y actitudes ante la política gubernamental y, en consecuencia, distintos grados de compromiso, en particular con el régimen de la Restauración y la dictadura franquista. Como ya dijo Santos Juliá hace tiempo, la historiografía no ha de estar al servicio de ninguna ideología ni régimen político.

Por último, ha de hacerse una referencia expresa a la función histórica que el autor, de manera pretenciosa, asigna a la guerra civil. Según sus palabras “La diferencia que caracteriza a este libro radica en que sitúa la Guerra Civil como el punto central de una de las rupturas decisivas en la historia contemporánea española y no, como tradicionalmente se hace, al final (o inicio) de largos períodos históricos, por ejemplo, la España liberal o el franquismo” (p. 26). Pues bien, la guerra civil fue un fenómeno de gran trascendencia histórica y el propio autor lo ratifica (“punto central de una de las rupturas decisivas”). Como tal, puede ser considerado el final, el aniquilamiento, del régimen republicano y de las políticas reformistas que los sucesivos gobiernos intentaron llevar a cabo. Proceso en el que destacados miembros de las clases altas madrileñas intervinieron de manera reseñable,

oponiéndose a las políticas republicanas de forma implacable y participando en la conspiración. Asimismo, es considerada la guerra civil como el principio de la dictadura franquista, que tuvo efectos propicios para las clases altas, a pesar de que el autor exprese ciertas dudas al respecto. Es evidente que en *El fin de la clase ociosa* la guerra civil no significa el final de la misma sino solo un elemento muy importante de su desarrollo histórico ya que el franquismo, como régimen “restauracionista”, no liquidó a estos grupos sociales sino que los repuso en su antiguo status, aunque sujetos a las líneas maestras de sus políticas. Por todo ello, si Miguel Artola Blanco sitúa “el fin de la clase ociosa” en la década de 1950, la guerra civil no puede ser otra cosa que un elemento importante pero no el decisivo de la trayectoria histórica de estos grupos sociales. En consecuencia, el carácter diferencial de esta obra por el tratamiento que da su autor a la guerra civil se vuelve intrascendente.

Pero también debe ponderarse la relación que las clases altas tradicionales mantuvieron con la dictadura franquista, siguiendo el planteamiento del autor. Ante el desarrollo de los acontecimientos durante la República y los primeros meses de la guerra civil, las clases altas se adhirieron y apoyaron la rebelión militar y el acceso de Franco al poder absoluto. La República reprimió con dureza a los miembros de la denominada “clase ociosa” y Franco les devolvió sus propiedades, sus rentas, sus objetos suntuarios y otros recursos financieros. Al mismo tiempo, eliminó y reprimió con crueldad a los grupos sociales que las clases altas consideraban sus enemigos naturales, apreciación en la que coincidían con el régimen franquista, aspecto por el que el autor pasa por encima, pero que contribuyó a hacer más estrecha la relación entre

dichas clases altas y la dictadura franquista. Ahora bien, dicha relación, según la exposición del autor en el capítulo 8 (“La nueva España”), había de sujetarse a las líneas de la política económica y fiscal del régimen (la autarquía), trucadas por el populismo falangista, que si, por una parte, respetaba la propiedad privada, cualesquiera que fueran sus dimensiones y naturaleza, por otra, imponía el estricto control estatal de las rentas tanto de la tierra y de la vivienda como de los recursos financieros. A juicio del autor, este fue el procedimiento que condujo a la clase ociosa a su fin; pero también, durante aquellos años, algunos miembros de las clases altas, que se adaptaron a las condiciones impuestas por el régimen, encontraron los medios adecuados para aumentar considerablemente su patrimonio, sus recursos financieros y su influencia en la economía y la política (pp. 245-248).

A pesar de lo dicho, esta obra de Miguel Artola Blanco tiene una indudable relevancia por distintas razones, entre las que deben de destacarse la elección del tema, con lo que se incorpora a la historiografía española el estudio de las clases altas que se hallaba preterido; las fuentes utilizadas para este tipo de investigación: notariales y del Registro Mercantil, fiscales, libros de contabilidad empresarial y doméstica, testimonios orales y textos literarios, el análisis y el uso que se ha hecho de ellos; la estructura, elaboración y la incorporación de cuestiones novedosas y sugerentes como la identidad, la cultura, la sociabilidad y el consumo; en definitiva, *El fin de la clase ociosa* es una obra en la que se ensamblan perfectamente la historiografía académica convencional y las nuevas formas de escribir la historia.

Glicerio Sánchez Recio
Universitat d'Alacant

Casanova, Julián, ed. (2014): *40 años con Franco*, Barcelona, Crítica, pp. 416.

Es difícil reseñar un libro como éste donde, dentro de los límites del formato, guían unos criterios de amplitud temática en la reunión de trabajos y de exhaustividad en cada uno de ellos. Además, tal como los presenta el editor, sus autores son “reconocidos especialistas de la política, de la sociedad y de la cultura”. El carácter de divulgación hace que desaparezcan o se atenúen sensiblemente aquí rasgos característicos de las obras académicas como el comentario detenido de las fuentes, el recurso a citas (con algunas salvedades) y la inclusión de debates (con una excepción ostensible, la de Enrique Moradiellos, precisamente por girar sobre la prolongada discusión en torno a la naturaleza del franquismo). Pero ello no obsta para que se tengan presentes los argumentos en liza a la hora de reflexionar sobre aspectos del periodo franquista tanto cultivados desde los años setenta como incorporados después. Sin embargo, dada esa densidad, aquí nos limitaremos prácticamente a destacar algunas ideas significativas en cada caso, dejando para el final unas breves observaciones personales.

Aun dentro de su diversidad, podemos agrupar estos trabajos en distintos bloques que supondrán una pequeña alteración en nuestra consideración respecto a su orden en el libro. Tres de ellos, de Julián Casanova, Ángel Viñas y Borja de Riquer, abarcan principalmente aspectos políticos singulares. Otros dos, de Paul Preston y Carlos Gil Andrés, contienen perfiles biográficos, lo que también contempla parcial e indirectamente E. Moradiellos. En los tres restantes, se observa la incidencia y reacciones de las políticas aplicadas en algunos universos: el de la mujer, de Mary Nash; el de la lite-

ratura en su acepción más amplia, de José Carlos Mainer, y el del cine, de Agustín Sánchez Vidal. Una última colaboración, de tipo testimonial, es la del novelista Ignacio Martínez Pisón.

Las tres primeras aportaciones citadas abordan temas característicos de distintas secuencias cronológicas: el asentamiento inicial del régimen dictatorial, la evolución de las relaciones exteriores a lo largo de su andadura y las condiciones que precipitaron su final. En “La dictadura que salió de la guerra”, al hilo de su exposición más general en la introducción del libro, Julián Casanova reflexiona sobre las vías con que en sus primeros años se fueron tejiendo las bases de una dictadura que, aunque cambiando en función de circunstancias internas y externas, se diferenció de otras surgidas en el periodo de entreguerras por su mayor duración. Bajo una visión omnicomprensiva que reúne ideas que vienen siendo cultivadas por varias líneas, observa tanto las distintas formas de inundación ideológica y simbólica como aquellas prácticas y efectos de la exclusión de los disidentes (ejecuciones, exilio, depuraciones, reclusión, trabajos forzados...). En ese desarrollo de lo que él llama “cultura de la crueldad y de la indiferencia hacia el considerado enemigo”, establece la importancia de la colaboración ciudadana mediante delaciones inducidas tanto institucionalmente como a partir de sentimientos e intereses personales. En otro orden de apoyos, J. Casanova valora también los resortes institucionales: por un lado, la trilogía Ejército, Falange e Iglesia como burocracias que rivalizaban por ocupar cotas de poder; por otro, el mecanismo de control social de la Organización Sindical y las entidades administrativas, locales y superiores, donde se concretaban esencialmente aquellas pugnas. En el marco de temor y pasividad resultante, no falta la consideración por este autor de la manifestación

excepcional de resistencia que significó la guerrilla, mientras, en el polo opuesto, como expresión derivada de la exaltación fascista de la época, comenta asimismo la experiencia de la División Azul.

“Años de gloria, años de sombra, tiempo de crisis” es el título más sugerente que explícito con que Ángel Viñas aborda principalmente las relaciones internacionales, tanto en el plano diplomático como en el institucional económico, durante el gran espectro cronológico que va desde la segunda mitad de los años cuarenta hasta el final de la dictadura. Al observar la actitud de las democracias occidentales ante el sistema español, este autor insiste en una pasividad que, en el marco de la guerra fría, se tornaría en permisividad o llana connivencia, sobre todo tras los pactos militares de 1953 con Estados Unidos. Con este hito relaciona este autor el que tuvo lugar dos años después, el ingreso en la ONU, que abrió las puertas a su vez para la entrada en otras instituciones internacionales, como el FMI y el Banco Mundial. Frente a esa fácil conexión política, Á. Viñas distingue una apertura económica más difícil, aunque la admisión en esos organismos permitiría emprender el Plan de Estabilización y Liberalización de 1959, que él califica como “única operación de envergadura estratégica que realizó la dictadura”. En lo que es una valoración compartida por otros colaboradores, sostiene que, puesto que Franco se aferraba a los planteamientos autárquicos ante las propuestas para combatir el déficit en la balanza de pagos y el consiguiente endeudamiento exterior, no cabe atribuirle mérito en el proceso de crecimiento subsiguiente. Entre otros campos, aparte de las relaciones de franca dependencia respecto a Estados Unidos, A. Viñas destaca las difíciles negociaciones en la aproximación a la CEE hasta el acuerdo comercial preferencial de 1970, los obstáculos también de algunos

países europeos al ingreso en la OTAN, la precipitada descolonización de Marruecos y más tarde del Sahara, el acercamiento a la Unión Soviética, la política de “buenas palabras” con los países americanos y, como colofón, el enrarecimiento final de las relaciones exteriores al recrudecerse las medidas represoras ante las muestras crecientes de contestación interior.

En “La crisis de la dictadura”, Borja de Riquer valora tanto el papel jugado por la oposición, inductora de una mayor politización y contribuyente al deterioro de la imagen interior y exterior del régimen, como las actitudes aperturistas de quienes, ante aquella deslegitimación evidente, trataban de conservar su propio protagonismo. Su examen gira sobre ambas líneas de acción. Por un lado, observa la pugna entre reformistas y continuistas bajo unos gobiernos desde 1969 que seguirían la segunda orientación, incluso con pasos de signo involutivo (incluyendo el de Arias Navarro, pese al “espíritu de febrero”). Por otra parte, describe el cuadro de movilización creciente, en correlación no totalmente mecánica, por parte de distintos sectores (estudiantes, trabajadores, asociaciones vecinales, nacionalidades y regiones, intelectuales y músicos, incluso sectores de la Iglesia y de la oficialidad militar) y la oposición política, tanto moderada como de izquierdas (aunque con claro protagonismo del PCE y coordinación entre sí sólo a partir de 1974). En esa evolución, B. de Riquer, además de sumar el problema de fondo del terrorismo, observa un marco internacional cada vez más despreciativo y diversos elementos externos que vinieron a espolear más la situación entre 1973-75 (alza del petróleo, caída de las dictaduras portuguesa y griega, cuestión del Sahara).

Los dos trabajos de signo biográfico se refieren al propio Franco y a otros miem-

bros de la minoría rectora, con algún caso de la opositora. El título elegido por Paul Preston, “Franco: mitos, mentiras y manipulaciones” ya denota su intención esencial de cuestionar varias de las imágenes y cualidades difundidas sobre el “caudillo” a través de medios propagandísticos y elaboraciones hagiográficas donde él mismo intervino personalmente. Pero, ligado a ello, su examen revisionista —ya largamente trazado— tiene otras implicaciones, puesto que viene a negar, reafirmar o matizar valoraciones sobre su papel en relación con temas candentes de esta fase histórica. La anécdota, los lapsus, la lectura entre líneas... se convierten en recursos que, con la información manejada, le sirven a este autor para presentar a un jefe del estado como buen y frío estratega militar, sagaz manipulador político para mantenerse en el poder, poseedor de muy primarias nociones de economía y, entre otros rasgos, obsesiva fijación antimasonía, “delirios de realeza”, aficiones ostentosas y grandes ambiciones materiales bajo una falsa imagen de austeridad. Entre los aspectos de interés general que P. Preston plantea al hilo del tratamiento del personaje, se encuentran los siguientes: el papel jugado por la prensa en su encumbramiento político inicial; los factores objetivos —precariedad económica y militar del país— que impidieron la entrada en la segunda guerra mundial frente a sus verdaderas intenciones; la permisividad e incluso la utilización de la corrupción como parte de su propia estrategia de “supervivencia”; su nulo papel en los cambios que hicieron posible el crecimiento económico en los años sesenta (más allá, a su juicio, de la atracción que sobre los inversores extranjeros ejercieron la estabilidad y las docilidad de la mano de obra) y su elevado interés en asegurar continuidad a su régimen a través de una monarquía autoritaria, con

las desconfianzas finales que le despertaron sus selecciones al respecto (el príncipe Juan Carlos, pero también, según manifiesta, Carrero Blanco y Arias Navarro).

Carlos Gil Andrés titula “Los actores” una colaboración dirigida a trazar las biografías de diez nombres relevantes correspondientes a “familias” o sectores políticos e institucionales diferentes. Cinco de ellos resaltan por haber ocupado altos cargos gubernamentales en tesituras específicas ampliamente conocidas (Serrano Suñer, López Rodó, Manuel Fraga, Carrero Blanco y Arias Navarro). Del falangismo aparecen el pronto disidente Dionisio Ridruejo y la siempre fiel rectora de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera. Los tres restantes cobran relieve en determinadas secuencias: el general Muñoz Grandes al frente de la División Azul, el arzobispo Pla y Deniel en la legitimación inicial del régimen por la Iglesia, y Santiago Carrillo en la oposición comunista. El autor se centra en aquellos papeles y situaciones tradicionalmente más explorados en relación con estos personajes, pero comenta también aspectos menos conocidos de sus trayectorias vitales, políticas y profesionales que enriquecen la comprensión de su significado cuando alcanzaron aquel protagonismo en el escenario histórico “factual”. Como, además, la información estrictamente biográfica se acompaña de una permanente referencia al contexto y de continuas reflexiones al respecto, esta contribución se convierte en un verdadero “libro dentro de otro libro”.

En “Franco y el franquismo en tinta sobre papel: narrativas sobre el régimen y su caudillo”, Enrique Moradiellos se vale de un inicial arropamiento teórico y conceptual para examinar la variedad de posiciones a la hora de caracterizar el régimen franquista, desde las reunidas en el núme-

ro 8 de *Papers* hasta algunas de las más recientes. Como revela su planteamiento de partida, la disensión nace a partir del reto intelectual —no exclusivo del ámbito académico— de encajar este sistema político en el dilema de las dos fórmulas dictatoriales desarrolladas en el periodo de entreguerras para contener las posibilidades revolucionarias, estimuladas por la experiencia soviética: las dictaduras “tradicionales” de tipo militar y las “modernas” de tipo fascista. Aun sin identificar el “franquismo” como producto de una sola persona, E. Moradiellos asume expresamente la pertinencia del epónimo por la acumulación de poder político en Franco y su indisoluble asociación con el régimen. Pero, lejos de catalogarla como mera dictadura militar, observa cómo en seguida se configuraron unas estructuras políticas que, emulando a los regímenes fascistas entonces en apogeo, incluían la formación de un “partido del estado” al lado de los otros dos pilares que representaban el Ejército y la Iglesia. Como el andamiaje fascista se desplomaría con la derrota del Eje, E. Moradiellos plantea como más aceptable una definición que recoge el concepto popularizado por Ismael Saz: el franquismo constituiría una “dictadura militar y caudillista primero ‘fascistizada’ y luego meramente autoritaria”. En el apartado final, este autor distingue las biografías redactadas sobre Franco durante la dictadura, de tipo apologetico y propagandístico, de las posteriores, bajo tono preferentemente crítico y a menudo comercial.

Dentro de la pujante historia de género, bajo el expresivo título “Vencidas, represaliadas y resistentes: las mujeres bajo el orden patriarcal franquista”, Mary Nash esboza el programa de actuación sobre la mitad femenina de la sociedad, con diferencias marcadas según posiciones sociales

y políticas. De forma general, esta autora observa una redefinición de los roles de la mujer, con eliminación de derechos políticos y civiles e importantes restricciones profesionales, en beneficio del modelo patriarcal y nacional-católico de sociedad que ahora se perseguía configurar. En el punto de partida, además, alega unos objetivos vengativos y aleccionadores anexos en el modo como la actuación represiva se cebó con las “desafectas”, identificadas como expresión del modelo de libertinaje y degeneración a rehuir. En relación con ese proyecto que recluía a las mujeres en el hogar como agentes de labor doméstica, de procreación y de regeneración moral, desciende a los distintos espacios –en lo que era una estrategia más de inundación– de adoctrinamiento, de delimitada movilización y de sanción. Con referencia a algunas monografías recientes y a algunos casos microhistóricos del área catalana, contempla la Sección Femenina, Auxilio Social y Acción Católica, el universo carcelario y el laboral, el aparato jurídico sobre el ámbito privado de la reproducción, las fallidas ayudas sociales, la discriminación salarial y otros campos. Frente a los objetivos oficiales perseguidos, M. Nash también va examinando cómo fueron surgiendo fisuras en esos frentes: difusión de ideas transgresoras por el cine y el turismo, rechazos a abandonar el trabajo al contraer matrimonio, colaboración en la resistencia política, protestas laborales y contra la carestía de la vida, etc... En estas pautas, señala una creciente participación femenina en asociaciones desde los años sesenta, especialmente de la mano del Movimiento Democrático de Mujeres, ligado al Partido Comunista, aunque tal dinámica se intensificaría y diversificaría en los años finales, conformándose ya ini-

ciativas de carácter feminista por parte de estudiantes.

Los dos trabajos centrados en ámbitos culturales, “Letras e ideas bajo (y contra) el franquismo”, de José-Carlos Mainer, y “El cine español durante el franquismo”, de Agustín Sánchez Vidal, tienen en común varios aspectos de forma y de contenido: su contemplación analítica de gran número de autores y obras más o menos agrupados en tendencias, su inclusión de facetas “no centrales” (cortos y documentales en cine; prensa, revistas y tebeos en “letras”), sus constataciones sobre continuidades respecto a la etapa de preguerra, su consideración de las cambiantes directrices oficiales, su estimación de las formas de escapar a las mismas y su valoración de otros factores condicionantes sobre estos campos culturales, como el impulso comercial, con las consiguientes modas en curso. Ambos analistas comentan las medidas disuasorias con que se quiso poner coto a expresiones contrarias a las pautas oficiales y, particularmente, al influjo de las manifestaciones culturales de los vencidos (eliminación de ejemplares en bibliotecas y librerías, “limpieza” del personal universitario, censura tanto sobre obras escritas como cinematográficas, etc.). En lo que puede plantearse con un símil económico, los dos autores vienen a destacar unas intenciones autárquicas, con creación de barreras respecto al exterior, si bien en el consumo de cine A. Sánchez Vidal detecta una temprana dependencia de los circuitos norteamericanos. También coinciden en valorar la importancia que inicialmente adquirió una orientación temática historicista que permitiera evocar los tiempos de esplendor del imperio y de la religión

Dentro de la variedad de líneas creativas, los dos autores vienen a distinguir un contraste entre las preconizadas oficialmente

y las que fueron cobrando importancia en el tiempo, que el propio régimen fue tolerando e incluso apoyando en cierto grado, si bien cabría preguntarse, como John Hopewell lo hacía a propósito del cine, si algunas de esas nuevas actitudes gubernamentales no se producían para impedir cambios mayores. En las letras, J.-C. Mainer se refiere a unas primeras corrientes vinculadas al falangismo (revistas literarias) y al catolicismo (recuperación de Menéndez Pelayo), que pronto habrían de encontrar ante sí alternativas más fructíferas cuyos planteamientos distaban del agrado oficial. La falta de sintonía se iba a manifestar por su observación social, por su angustia existencial o por la propia distancia respecto al régimen, aspectos que tan bien convergen —aquí el juicio es mío— en *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, o, con gran experimentación formal, en *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo. Esa creatividad al margen de las convenciones oficiales sería desarrollada desde muy temprano, tanto por supervivientes de las viejas “generaciones” y por ensayistas antes favorables a la dictadura como por nuevos escritores que a veces procedían de familias vencedoras. Algunos de ellos llegarían a adoptar una actitud combativa desde los años sesenta en la reclamación de libertades, derechos laborales y, en el caso de territorios con otras lenguas vernáculas, reconocimiento identitario. A. Sánchez Vidal también destaca cómo, frente al cine historicista, patriótico y adaptador de novelas decimonónicas conservadoras fueron cuajando pronto itinerarios realistas más próximos a los europeos, con reflejo de problemas sociales como el éxodo rural (*Surcos*), parodias críticas que se situaban en las antípodas del triunfalismo (*¡Bienvenido, Mister Marshall!*) o evocación de una inane vida social en provincias (*Calle Mayor*). En la serie de temas a partir de la apertura cul-

tural del final, este autor valora la importancia que a menudo desempeñó el contexto general vivido o el pasado reciente, como en algunas adaptaciones literarias, en exploraciones intimistas y metafóricas de la realidad española (*Furtivos*) y en el tratamiento de la guerra civil desde el punto de vista de los vencidos (*La prima Angélica*). Tanto J.-C. Mainer como A. Sánchez Vidal exploran también las líneas de consumo y de evasión que se sucedieron de forma más o menos paralela a las anteriores, que tan buen papel pudieron jugar para mantener actitudes conformistas.

El texto que, a modo de epílogo o reverso, aparece bajo el título *40 años sin Franco* es un testimonio del escritor Ignacio Martínez Pisón sobre sus vivencias e impresiones a lo largo del sistema democrático, al hilo de los hitos de mayor impacto colectivo. Aunque tampoco la creación literaria en cualquiera de sus manifestaciones constituye un terreno de actuación enteramente libre desde el momento, ya en principio, en que se dirige a un público y a unos críticos en un contexto determinado, esta reflexión tiene en el conjunto del libro ese valor que, al margen de la mayor o menor coincidencia ideológica que los potenciales lectores puedan tener, produce el uso de un “estilo” más espontáneo y personal, sin las reglas exigidas al historiador. Aunque sea también por la dimensión temporal de su reflexión hasta el presente, este autor incluso puede incorporar cierta expresión final de incertidumbre sobre el futuro con la que muchos, ante los cambios y problemas en tantos frentes, se pueden identificar en algún grado o sentido. Martínez Pisón habla básicamente de los motivos distintos de “desafección” que han ido extendiéndose en la sociedad española, fundamentalmente por factores de naturaleza económica y política, con sus efectos sociales y psicológicos,

y no deja de confiar en la posibilidad de unas nuevas bases para la convivencia. A mi juicio, en las condiciones actuales, marcadas asimismo por el cambio cultural, técnico y educativo, podría estar forjándose también a menor escala lo que, para otras circunstancias y en otros términos, uno de los participantes en el libro detecta como “sensación colectiva de fracaso”.

En un balance global final, dada la densidad temática del libro y dado, a la vez, que han sido tantas las líneas de investigación abiertas sobre el periodo franquista, puede parecer paradójico e impropio reclamar el tratamiento de alguna cuestión adicional. Sin embargo, en función precisamente de esos criterios de exhaustividad temática e interpretativa, considero que podría haber tenido más cabida alguna parcela o enfoque que reflejara más a fondo las conexiones entre el sistema dictatorial y la estructura y condiciones socioeconómicas cambiantes en que surgió, se mantuvo y desapareció. No se trata, en absoluto, de aspectos ausentes en el análisis y aparecen sobre todo, directa o indirectamente, en referencias al contexto y a algunas vertientes de los problemas que se abordan. Al agrupar en dos tendencias el conjunto de interpretaciones sobre la naturaleza del régimen, E. Moradiellos manifiesta que ambas coinciden en destacar su funcionalidad al servicio de las clases dominantes. El objetivo contrarrevolucionario que le atribuye J. Casanova a la dictadura va también en esa dirección. Y puede sospecharse asimismo tras las consideraciones de varios colaboradores a propósito de las condiciones impuestas a los vencidos y en función del control sobre los trabajadores. Pero, al margen de que esas ideas de “dominación social” puedan ser asumidas como premisa, podría haberse incorporado algún trabajo o enfoque que diera más importancia en su desarrollo a

tales planteamientos. Las conexiones entre la sociedad y el régimen vienen verificándose especialmente a través de objetos de estudio como la Organización Sindical, las instituciones locales y el discurso ideológico. Al principio de estos “cuarenta años sin Franco” aparecieron también trabajos empíricos muy ilustrativos, como el de Viver Pi-Sunyer al reflejar los vínculos a lo largo del tiempo entre el personal político y los consejos de administración empresariales, o el de Jiménez Campo al observar las vías de financiación que facilitaron el ascenso del fascismo español previamente al 18 de julio. Otros trabajos posteriores no han dejado de indagar a fondo en tales interacciones bajo otras perspectivas, como Francisco Cobo al abordar el sentido de la conflictividad social y la represión en *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*. Son varios los aspectos que no pueden entenderse sin ese carácter de clase de la dictadura franquista. Cuestiones como la autarquía no resultan de un mero ideario fascista o militar en abstracto: aparte del papel que pudo jugar el contexto económico y político internacional, el interés intervencionista de varios sectores económicos iba más allá del ya significativo componente proteccionista, se había manifestado antes incluso de la dictadura de Primo de Rivera y, en todo caso, constituía un aspecto inseparable del proceso de neutralización social, intervención del mercado de trabajo y nacionalismo integrador que primaron en la acción dictatorial de la posguerra. Otra clave socioeconómica la ofrece verdaderamente la “cuestión agraria”: si la reforma y la ocupación de tierras habían soliviantado a los terratenientes y a otros sectores de la burguesía, su liquidación inmediata y su sustitución por la llamada política de colonización se convierten en elementos expresivos del ca-

rácter de la dictadura, como lo es, al menos, del cambio en las condiciones de su final, que entre los problemas y tensiones más agudos repetidamente referidos de tal fase en el libro, incluyendo su tratamiento más intenso por Borja de Riquer, no aparezcan esas aspiraciones ni tampoco, siquiera, el sector agrario.

José María Gómez Herráez
Universitat Jaume I

Ángela Cenarro y Rêgine Illion (editoras), *Feminismos. Contribuciones desde la historia*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2015, 292 pp.

El volumen que han coordinado Ángela Cenarro y Rêgine Illion es un exponente de la vitalidad de los estudios de género en la historiografía española. El libro centra su atención en el feminismo, tanto en los debates que han permitido acercar la teoría feminista a la práctica investigadora durante las dos últimas décadas, como en la visibilidad y el estudio de experiencias vitales feministas protagonizadas por mujeres en distintos momentos históricos. El debate sobre el reconocimiento y la identificación de la experiencia y de la conciencia feminista en el pasado ha sido fundamental, no solo para el desarrollo de la investigación sobre los feminismos históricos y el reconocimiento de la pluralidad de expresiones de carácter feminista en el pasado, sino también para incorporar la necesaria reflexión sobre la historicidad de las categorías que habitualmente usamos en la investigación, tales como *mujeres*, *feminismo* o *diferencia sexual*. En ese proceso, el libro destaca tres hitos: el primero, el impacto del artículo escrito por Mary Nash en 1994 sobre la formación histórica de los feminismos en España; el segundo, la influencia

ineludible de los trabajos de Joan W. Scott, algo sobre lo que la Asociación Española de Historia de las Mujeres (AEIHM) ya reflexionó en 2005 en su I Seminario; y el tercero, la expansión de los debates en torno a las “culturas políticas”. Sobre las dos primeras cuestiones el libro desarrolla nuevos planteamientos y, desde mi punto de vista, esa es una de las mayores virtudes del volumen.

Así, Mary Nash, en un ejercicio que combina la egohistoria con el pensamiento crítico, abre una reflexión que, partiendo del comienzo de su carrera en 1971 hasta la actualidad, va señalando los cambios acaecidos en el tratamiento del feminismo como categoría de análisis histórico y también en la forma de reconocer el protagonismo histórico de las mujeres y su agencia. En ese itinerario, Nash recalca en 1994 para recordar las condiciones que le llevaron a plantear “la necesidad de superar el marco interpretativo que tradicionalmente había tendido a equiparar feminismo y sufragismo”. Como Ángela Cenarro reconoce en la introducción, esto supuso “el cambio de paradigma para el estudio del feminismo histórico” en el contexto español, y la modificación de nuestra comprensión de la historia de las mujeres. En su artículo, Nash continúa avanzando hasta la actualidad y mostrando una visión global del feminismo, esta vez recogiendo las voces críticas de países poscoloniales, gracias a las cuales es posible cuestionar la noción de una identidad feminista fija.

Desde una perspectiva postsocial, Inmaculada Blasco realiza un ejercicio brillante de exégesis de las capacidades interpretativas, para el análisis del feminismo histórico, de los planteamientos de autoras como Joan W. Scott y Denise Riley. Por un lado, Blasco pone el énfasis, no tanto en la experiencia en sí misma como categoría fun-

dadora de la identidad feminista, sino en los significados que hicieron posible que las mujeres vivenciaran, en un momento determinado, su propia experiencia como feminista. Al hilo de ese argumento y siguiendo a Scott, Blasco plantea que las identidades, en este caso las feministas también, se configurarían a partir de significados que han sido discursivamente establecidos con anterioridad a la propia experiencia. El ejercicio que nos garantizaría desnaturalizar términos como *mujeres* o *feminismo* sería, entonces, comprobar, a través de operaciones de diferenciación, el carácter inestable de aquellas categorías, y sus variaciones de significado en los diferentes contextos y temporalidades. Blasco propone profundizar en esa línea de trabajo como una forma de avanzar en la investigación sobre los feminismos históricos.

El libro, además, ofrece la oportunidad de conocer la trayectoria vital de siete mujeres, lo que nos da pie a interrogarnos sobre la significación histórica de las vidas individuales. En la actualidad, la metodología desarrollada por los estudios biográficos y por los análisis basados en historias de vida resulta imprescindible para ese fin. Se trata de ver a los sujetos situados en sus condiciones de existencia y sometidos a la constante tensión entre lo individual y lo colectivo: la resolución de esas presiones es la que permite reconocer tanto los límites de la identidad, como las desviaciones de la norma o los espacios de agencia o de libertad personal, en un momento histórico determinado.

A lo largo de los distintos capítulos, las autoras realizan un recorrido que, desde el siglo XVIII hasta la transición española, va rescatando diferentes experiencias de mujeres y reflexionando sobre el carácter feminista de sus acciones. M^a Victoria López Cordón se centra en el análisis de la figura

de Josefa Amar y Borbón, una mujer representativa del feminismo ilustrado, a caballo entre el siglo XVIII y el XIX, y que en sus escritos plantea tres temas fundamentales: la idea de igualdad entre los sexos, la apuesta por la valía individual y el rechazo al modelo de “mujeres ilustres”, pero excepcionales. López Cordón, al preguntarse sobre el peso específico del planteamiento de Josefa Amar en el momento que le tocó vivir, reconoce que su resonancia fue coyuntural y limitada y que sobre ella posteriormente cayó el olvido, algo que López Cordón considera imprescindible superar.

En la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, la fuerza de los principios de la domesticidad, el valor incuestionable de la maternidad y, en definitiva, la naturalización de la diferencia sexual, hizo que mujeres como Concepción Gimeno de Flaquer o Áurea Javierre, con el fin de salvaguardar la superioridad moral femenina, rechazaran el derecho al sufragio para las mujeres. Carmen Ramos Escandón, que analiza la figura de Gimeno de Flaquer, destaca, sin embargo, su entusiasmo por el feminismo y su defensa del mismo para conseguir la dignificación de las mujeres en el terreno social y civil decimonónicos. María Pilar Benítez, que explora en la vida de Áurea Javierre, destaca también su trabajo para elevar la dignidad de las mujeres, esta vez dentro del feminismo católico de los años veinte, y su empeño por impulsar la educación de las mujeres, como la herramienta principal para la mejora de la situación legal y laboral de éstas. Sin embargo, desde el mismo universo de preocupaciones y también como feminista católica, Juana Salas, que es estudiada por Inmaculada Blasco, no sólo no rechazó para las mujeres el derecho al sufragio, sino que defendió que la participación política de éstas era la condición necesaria para la realización del

ideal de la 'madre social', un ideal de mujer fomentado por las mujeres católicas y comprometido con la regeneración social y nacional.

Desde una parte diferente del abanico político, Ana Aguado, Mary Nash y Laura Branciforte recogen respectivamente las experiencias políticas y vitales de la socialista María Domínguez, la anarquista Amparo Poch y la comunista Encarnación Fuyola. Para el caso de María Domínguez, que fue la primera alcaldesa de la II República, Ana Aguado se propone, a través de su figura, problematizar la común afirmación sobre la escasa presencia de la cuestión femenina en las culturas políticas de izquierda en el primer tercio del siglo XX. Aguado plantea que, tal y como muestra la biografía de María Domínguez, las mujeres de la izquierda se reapropiaron para su actuación en el ámbito público de significados como igualdad, libertad, laicidad, ciudadanía y progreso, lo que les permitió ir construyendo una identidad femenina igualitaria. Desde la perspectiva de Aguado los documentos creados por María Domínguez y sus propuestas igualitarias y feministas constituirían, junto con los de María Cambriels y María Lejárraga los referentes imprescindibles del feminismo socialista de la época. Mary Nash, por su parte, analiza la trayectoria libertaria de Amparo Poch que, como doctora en medicina y anarquista, terminó ocupando la Dirección para la Asistencia Social del Ministerio de Sanidad durante la Guerra Civil. Desde la organización Mujeres Libres, que fundó junto con Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada, se rebeló contra la idea de supeditar la causa de las mujeres a la revolución anarquista. De esa manera, Amparo Poch mantuvo siempre una postura comprometida de defensa de los derechos de las mujeres y también de los niños. En ese sentido, y como pone de

relieve Nash, la responsabilidad femenina del cuidado de los hijos/as y la relevancia de la maternidad voluntaria y consciente impregnaron los discursos anarquistas de la época y también las visiones del progreso social de mujeres como Amparo Poch. En el caso de Encarnación Fuyola, Laura Branciforte incorpora el activismo de esta mujer comunista a la construcción de la cultura política antifascista. Durante los años treinta, la constitución de la Asociación de Mujeres Antifascistas como la rama española del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, permitió a militantes comunistas como Encarnación Fuyola llamar a las mujeres a realizar tareas políticas concretas, aunque apelando a su naturaleza como madres y por la defensa del futuro de sus hijos/as.

Para terminar, Amparo Bella nos ofrece un contrapunto a esas trayectorias feministas individuales, analizando, por un lado, el desarrollo de los movimientos de mujeres durante la lucha antifranquista y, por otro, las señas de identidad del Movimiento de Liberación de la Mujer de la transición española. Desde su punto de vista, esos feminismos han sido fruto del desarrollo de las luchas por las libertades democráticas y ciudadanas recientes y su impacto, no sólo ha transformado el ámbito público, sino también la esfera doméstica, en la medida en que ha logrado poner de relieve la naturaleza política de las relaciones que se establecen en el ámbito privado.

En definitiva, el volumen coordinado por Ángela Cenarro y Règine Illion cumple, en mi opinión, con un doble papel. Primero, el de presentar una reflexión actualizada sobre lo relativo a la investigación de los feminismos históricos; segundo, el de incorporar a la historiografía contemporánea la visibilidad de unas trayectorias femeninas que nos transportan al pasado

y nos sitúan frente a unas condiciones de posibilidad tan ‘extrañas’ que nos obligan a interrogarnos sin descanso sobre el significado de ser feminista en diferentes contextos y momentos históricos.

Miren Llona
*Universidad del País Vasco/
 Euskal Herriko Unibertsitatea*

Antonio Rivera y Santiago de Pablo, *Profetas del pasado. Las derechas en Álava. Victoria-Gasteiz*. Ikusager Ediciones, 2014. 784 pp.

Catedráticos de Historia Contemporánea en el País Vasco, Antonio Rivera y Santiago de Pablo nos ofrecen, en esta obra, su interpretación de la trayectoria de las derechas alavesas desde el ocaso del Antiguo Régimen a la actualidad. Este libro es la culminación de una trilogía sobre las culturas políticas alavesas, iniciada por los autores con sus obras *La utopía futura*, dedicada a las izquierdas, y *En tierra de nadie*, en la que se estudia la presencia del nacionalismo vasco en Álava. Se trata, según los autores, de “*analizar con el microscopio de la Historia, una trayectoria de más de dos siglos encarnada en cada una de las respectivas culturas políticas, para ver, como nos explicaba el viejo E.H. Carr, un mismo momento desde perspectivas diferentes*”.

En el caso de las derechas, se trata de la interacción entre sus diversas tradiciones: los autores distinguen básicamente dos: la “tradicionalista”, en sus diferentes variantes históricas: realistas, carlistas, falangistas del Movimiento; y la conservadora-liberal, que, pese a ser más minoritaria, tuvo una mayor influencia política. Además, la historia de las derechas alavesas es una historia de “familias”, de sucesiones en el poder durante dos siglos de unos pocos apellidos, “que no

se han confundido e igualado con los plebeyos hasta hace dos días”. De singular importancia fue igualmente el factor religioso católico. Los conflictos entre las diversas tradiciones y familias lograron neutralizarse mediante el recurso al territorio, es decir, “*la defensa de los intereses y privilegios particulares del territorio*”. En ese sentido, esa estrategia tuvo como consecuencia el retraso de la consolidación de la democracia como manifestación de una concepción moderna de la política. Otra de las características de la política alavesa fue la influencia determinante en muchos casos de una derecha tan reaccionaria como el carlismo. Y en el caso de la derecha liberal, la tentación permanente de “*recurrir a procedimientos de fuerza para no tener que competir en plano de igualdad*”. Tras la primera guerra carlista, la reconciliación entre las distintas derechas vino de la mano del “fuerismo”, de la integración del fuero vasco en el nuevo marco constitucional, sobre la base de la conservación de la administración interior. Algo que favoreció la hegemonía de los moderados, cuyos máximos representantes fueron Pedro de Egaña y Ramón Ortiz de Zárate; y de los notables rurales. La caída de Isabel II intensificó el conservadurismo alavés, con la resurrección del tradicionalismo carlista y el estallido de una nueva guerra. Incluso pudo establecerse una suerte de Estado carlista, y hubo dos diputaciones, una liberal y otra carlista. La Restauración supuso “*una cesura revolucionaria entre el tiempo anterior y el posterior*”, con la abolición de los fueros por parte de Cánovas del Castillo; lo cual fue compensado con el concierto económico. La mayoría alavesa siguió siendo tradicionalista, pero la hegemonía política corrió a cargo de la familia Urquijo y la emergencia de la política de la denominada “Casa”, una política caciquil y de familias, que, según los autores, tuvo, a lar-

go plazo, consecuencias “nacionalizadoras”. La Ley Provincial de agosto de 1882 ratificó la excepcionalidad del autogobierno de las diputaciones vascongadas e incrementó sus competencias y jurisdicción. El carlismo alavés, por su parte, se mostró como “el mejor organizado, demostrando una gran penetración social”. Sin embargo, no consiguió mantener la unidad, primero con la escisión integrista y luego con la mellista. Algunos integristas, como Benito Guinea, tuvieron un papel primordial en la vida política, con sus pactos con los notables liberales. La ciudad de Vitoria se configuró como una “ciudad levítica”. No obstante, tuvo lugar cierto desarrollo económico; “*un puñado de fábricas y grandes talleres*”. El sindicalismo católico tuvo gran incidencia en la provincia. Cuando se produjo la escisión maurista en el Partido Conservador, fue Eduardo Dato quien ejerció mayor influencia en la política alavesa.

El advenimiento de la Dictadura prorroiverista fue recibido en Álava con “apatía”; fue un “paréntesis”. En apariencia, los Urquijo se retiraron de la primera línea política, pero algunos de sus partidarios dirigieron las organizaciones e instituciones de la Dictadura. El mayor porcentaje de cargos políticos tuvieron procedencia tradicionalista, católica e independiente. “La derecha extrema en su esplendor”, afirman los autores. La institución más influyente fue el gobernador civil; pero la Unión Patriótica resultó un fracaso. Hubo, sin embargo, cierto crecimiento económico en la provincia. La caída del dictador supuso cambios en las hegemonías, y propició el acceso al poder de los opositores de izquierda. En ese contexto, las derechas se caracterizaron por su “pasividad e incapacidad para la renovación”.

La II República inició, en Álava, “*una etapa política radicalmente distinta a la anterior*”.

Las derechas tuvieron que “remar contra corriente”; lo que facilitó su unión frente al enemigo común. Los sectores liberales quedaron sin espacio político. El tradicionalismo carlista logró poner fin a sus disidencias internas. Su verdadero líder fue José Luis Oriol, antiguo maurista y gran financiero, “un ejemplo vivo de caciquismo”. Ni la CEDA, ni Renovación Española, ni Falange lograron éxito en tierras alavesas; tampoco el republicanismo conservador, ni el Partido Radical. El máximo competidor de las derechas fue el PNV. Tema fundamental de este período fue la inclusión de Álava en el Estatuto vasco; algo que, tras algún intento de colaboración con los nacionalistas, fue eficazmente obstaculizado por las derechas. En las elecciones de 1933, el triunfo de las derechas fue muy importante. La revolución de octubre de 1934 apenas tuvo repercusión en tierras alavesas. En las elecciones de 1936, la derecha volvió a conseguir un gran éxito electoral. Y el tradicionalismo preparó la insurrección; lo que fue favorecido por la política del Frente Popular.

El golpe de Estado de julio de 1936 triunfó “sin excesivas dificultades” en Álava, aunque no pudo controlar todo el territorio. Álava fue “*una de las provincias con menor porcentaje de asesinatos y ejecutados*”; y la presencia de voluntarios, sobre todo carlistas, “altísima”. A lo largo del régimen de Franco, la sociedad alavesa pasó de la “autarquía al desarrollismo”. El partido único fracasó en sus propósitos de controlar la política local y no llegó a “cuajar”. La actitud del grueso de la población se caracterizó por una especie de “neutralismo político”, de “conformismo a lo que hay”. Tras el final de la II Guerra Mundial, el personal político estuvo “más relacionado con la derecha alavesa de siempre”. Se reguló un nuevo concierto económico, que duró veinticin-

co años. Tuvo lugar algún conflicto importante, como la huelga general de mayo de 1951, que las instituciones fueron incapaces de controlar.

El desarrollo económico de los años sesenta y el Concilio Vaticano II tuvieron efectos determinantes en la configuración de un nuevo espacio político. En este proceso social, el falangismo desapareció; el carlismo entró en una crisis irreversible, con el giro izquierdista protagonizado por Carlos Hugo y el apoyo de otros sectores a la candidatura de Juan de Borbón o de su hijo Juan Carlos. La transición a la democracia liberal implicó una transformación radical del campo político español y alavés. La derecha experimentó una mayor fragmentación. Capítulos de este proceso fue el fracaso de la democracia cristiana vasca; el ascenso del PNV; el pragmatismo de la UCD; el terrorismo de ETA y “los años de plomo”; la crisis permanente de Alianza Popular, etc. Uno de los problemas fundamentales fue, de nuevo, la inclusión de Álava en el Estatuto vasco, finalmente aceptado. Igualmente, el fenómeno de Unidad Alavesa. Al final, con la fundación del Partido Popular, las derechas alavesas, según los autores, se muestran “más fuertes que nunca”.

El libro de Antonio Rivera y Santiago de Pablo es, y será en lo sucesivo, una pieza básica, muy importante, en la bibliografía sobre las derechas españolas. Se trata de un modelo de “historia razonada”, tal y como preconizaba en los años cincuenta del pasado siglo el célebre economista y sociólogo Joseph Schumpeter. Es, además un modelo de cómo hay que tratar el fenómeno conservador en la historia contemporánea de España, libre de demonologías y reduccionismos. En la obra, destaca, en primer lugar, la presencia del principio de empatía,

es decir, la capacidad de comprensión de una tendencia cultura y/o ideología con la que no te encuentras identificado. Y, como complemento, una significativa y evidente animadversión hacia las interpretaciones monolíticas y esquemáticas. Si algo destaca en su contenido es la perspectiva pluralista y su voluntad de profundizar en su objeto de estudio. Coincido en lo fundamental con las tesis de los autores. No existe, y lo he dicho muchas veces, una derecha única y monolítica; existen diversas tradiciones y tendencias. No obstante, creo que los autores deberían matizar la inclusión en el frente tradicional a los social-católicos y, sobre todo, a los falangistas. Se trata, sobre todo en el último de los casos, de una derecha revolucionaria emergente, que, naturalmente, hubo de desenvolverse en un determinado contexto sociocultural, donde los valores religiosos tuvieron una clara primacía. En la obra, Álava aparece como una especie de microcosmos de la sociedad española, con sus especificidades. Y creo que demuestra, aunque los autores no lo afirmen de una manera explícita, la “persistencia del Antiguo Régimen” (Arno J. Mayer), en importantes zonas de la nación española. ¿Se desmoronó el Antiguo Régimen a los primeros golpes de martillo doceañista? Evidentemente, no; y la sociedad alavesa fue un buen ejemplo de ello. ¿Qué fueron las guerras carlistas sino el testimonio de la perdurabilidad de las instituciones y de las mentalidades tradicionales?. La propia perspectiva ecléctica del liberalismo español así lo demuestra. En suma, la crisis del Antiguo Régimen se prolongó en España hasta fechas relativamente cercanas. Es lógico, porque grande es la inercia de los usos sociales, de las instituciones y, sobre todo, de las mentalidades; todas tardan en morir. La incidencia de estos factores —sobre todo el religioso— fueron determinantes

en la configuración político-cultural de las derechas alavesas, como en el resto de España. El análisis de las distintas etapas me parece esclarecedor y fundado. Interesantes son las descripciones e interpretaciones de los períodos de la Restauración y del régimen de Franco. Muy concluyente, por ejemplo, es su interpretación de la represión durante la guerra civil, basada en los lúcidos trabajos de Javier Gómez Calvo, que ponen en cuestión las tesis sobre un supuesto proyecto de exterminio.

Profetas del pasado es una obra muy erudita, montada sobre un impresionante acopio de datos y de fuentes. El análisis de los datos es minucioso, en ocasiones reiterativo. Los autores se han esforzado en conseguir la objetividad. Y creo que han logrado una obra desapasionada, pero no por ello completamente aséptica. No son beligerantes con los hechos, pero no rehúyen la función judicial de las conductas y de las doctrinas, pero sin caer en el siempre negativo moralismo sublime. Esta monografía es una excelente contribución al esclarecimiento de la historia política no sólo de Álava, sino de la España contemporánea. El asunto no es puramente anecdótico, en un momento en que la historia beligerante o de combate vuelve a mostrar, en algunas monografías, su poco agraciada faz. Y es que las sociedades siempre saltan al futuro desde una idea de su propio pasado.

Pedro Carlos González Cuevas
UNED

Jordi Amat, *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*. Barcelona: Tusquets Editores, 2015. 384 pp.

No es casualidad que la primera palabra del prólogo de este largo proceso hacia el control social del catalanismo conquistado

en los últimos años por el independentismo sea *l'escena*, seguida de un dato muy preciso: la tal escena comienza en el segundo once de un vídeo. Y es que más que etapas de un largo camino, *El llarg procés* de Jordi Amat gira en torno a escenas de una película, en la que el autor gusta de introducirse al modo en que Hitchcock aparecía en sus célebres cameos, sin que falten algunas tramas que funcionan como *macguffins*, sin aparente conexión con el argumento central aunque participen de su corriente profunda. Y en fin, también por aquí y por allá invitaciones a los lectores para que participen, a la manera hitchcockiana, de cierto *suspense*, en este caso cultural, una carta, un apunte que valen para recrear escenas en las que algunos protagonistas aparecen desnudos a la vista del público. Cómo se articula cada escena con el proceso que ha conducido a la hegemonía soberanista es cosa que queda también a la imaginación del lector.

Quiero decir con esto que *El llarg procés* es resultado, por una parte, de años de inmersión de Jordi Amat en los diferentes archivos en que han depositado correspondencia y escritos no publicados sus protagonistas, y en las conversaciones que, guiado por su curiosidad omnívora, ha mantenido con testigos de primera y segunda fila; y, por otra, de su dominio bien demostrado en el ámbito de un periodismo cultural de alto vuelo sobre el pasado. De lo primero resulta un libro de una erudición apabullante, de un dominio completo sobre la bibliografía y los archivos disponibles; de lo segundo, una trama articulada sobre la sucesión de escenas o de instantes más que sobre la progresión estructurada de un guión escrito de principio a fin. Todo ello al servicio de la cuestión que realmente le interesa: la relación de cultura y política en la Cataluña de la larga segunda mitad del siglo XX, comenzando por los años de la guerra civil hasta llegar a la muerte del

Cobi, con algún salto importante en el camino: los años de Jordi Pujol en el poder, de 1980 a 2003, precisamente el tramo en que se consolida una manera de relación de la cultura con la política sin la que no es posible entender la escena del vídeo evocado a su comienzo: el recibimiento que, con caras rebosantes de satisfacción, un grupo de intelectuales tributó al presidente Artur Mas a su vuelta a Barcelona, el 20 de septiembre de 2012, con las manos vacías tras la frustrante visita al presidente Mariano Rajoy.

Las escenas que estructuran las diferentes tramas de esta película se organizan en tres periodos. El primero arranca en las postrimerías de la guerra civil y alcanza hasta 1947, cuando ha culminado la obra de destrucción de un sistema cultural abierto y democrático y no hay más estrategia posible que la de supervivencia hasta que se logra articular, a base de reuniones literarias, lo que Amat define como una “catacumbal resistencia parapolítica”. Si Guillermo Díaz-Plaja encarna al superviviente, Maurici Serrahima será paradigma del resistente, mientras la revista de los catalanes de Burgos, *Destino*, va transformándose de una cosa en otra a medida que el tiempo pasa, los fascismos sucumben y los aliados se emplean en la dura tarea de reconstrucción de Europa. Entre Díaz-Plaja y Serrahima, salen también a escena, entre otros, los Ignasi Agustí y Néstor Luján, los Vicens Vives y Ferran Soldevila, los Pla y Gaziol, cada cual sembrando en el erial hasta la encrucijada de 1947, cierre de esta primera etapa, instante en que Francesc Cambó ve frustrado por la muerte su propósito de volver a Cataluña.

El segundo momento es el de la “Modernitat cauta”, que comienza con un *flashback* destinado a presentarnos a Carles Riba como firmante de la invitación de un

nutrido grupo de intelectuales catalanes a sus homólogos castellanos para celebrar en 1930 con un banquete la batalla por la lengua catalana que estos libraron contra los decretos de la Dictadura. Esta modernidad que arranca con “Una nova Renaixença”, se sitúa, como Cambó hubiera deseado, bajo el signo de la concordia (pero no aun de la reconciliación, *pace* Amat, pues este vocablo solo se incorporará a nuestro léxico político a partir de 1956, introducido por el Partido Comunista en una resolución que será célebre). Nada mejor, pues, que recordar la correspondencia de Unamuno y Maragall, y que dos poetas como Ridruejo y Riba logren entenderse a la hora de convocar y celebrar una reunión en Segovia. Superar el pasado –muy reciente aún: Ridruejo acababa de pronunciar en el Ateneo de Madrid, y ante la plana mayor del fascismo español, una conferencia en la que todavía expresaba su admiración por Mussolini– para avanzar hacia el futuro. Jordi Rubió lo expresará adelantándose unos años a lo que será lenguaje común de la siguiente generación: “La fórmula *ni vencedores ni vencidos* es engañosa, y nada estable se edifica sobre ella... No se trata de olvidar, sino de enmendar”. Imposible olvido: cada cual sabía muy bien de donde venía; lo importante era que saber de dónde venía el otro no impidiera caminar juntos.

Y si la década anterior fue la de *Mentrestant*, de Serrahima, esta de los 50 será la de *Notícia de Catalunya* de Vicens y culminará con *La pell de brau*, de Espriu. Dos años después de aquella conferencia en el Ateneo, Ridruejo había dicho en Barcelona que “el trozo de Europa que los españoles tenemos está entre el Ebro y el Pirineo”. No es aún, pero no queda mucho para que lo sea, el momento socialdemócrata, que llegará cuando los socialistas alemanes viajen a Bad Godesberg y, en España, cuando PCE

y PSOE renuncien, uno al leninismo y el otro al marxismo. Pero ya se están echando sus fundamentos, que en España exigían un acuerdo como el de católicos y marxistas en Italia al final de la guerra mundial. No por azar, la última escena de este periodo lleva por título “La campanya Jordi Pujol”, con Josep Benet, que venía de impulsar la *Campanya de la P*, en el papel de guionista y director: los católicos, identificados como tales, bajaban también a la calle para protestar contra el régimen y, como en el caso de Pujol, para dar con sus huesos en la cárcel.

Y así, de la mano de Pujol y Benet, desembocamos en el tercer momento, el que va de 1962 a 1980 bajo la rúbrica de catalanismo progresista. Primavera de esperanza la de 1963, con Kennedy asomando su seductora faz por encima del Muro y Juan XXIII sacando a toda prisa su encíclica *Pacem in Terris*, antes de que desapareciera en algún cubo de basura del Vaticano, ese nudo de víboras. Pero entre nosotros, desde que los diferentes grupos de oposición tuvieron claro que tampoco Kennedy movería un dedo por inaugurar el después de Franco, la necesidad de diálogo se transformó en exigencia de algún acuerdo, de alguna especie de reconciliación, ahora sí, contra la dictadura. Y en este punto, los catalanes marcaron el camino, tal vez porque allí el PSUC no fue filial del PCE en una cuestión fundamental: su capacidad para incorporar *als altres catalans* en una misma reivindicación de nación. En este *llarg procés* de Amat, sin embargo, este momento, en comparación con los dos anteriores, pierde fuelle, quizá porque ahora las escenas elegidas no acaban de dar cuenta de la riqueza de la trama, aunque en ellas aparezcan gentes de tanta enjundia como Josep Ma. Castellet y Jordi Solé Tura y asistamos a lo que el autor define como despliegue del pujolismo: construir Cataluña con una Banca

por medio, si se me permite la simplificación. Pero estos serán también los años de la Asamblea de Catalunya, que solo aparece de manera tangencial, y los del Congreso de Cultura Catalana, que no se menciona.

Así llegamos al epílogo, cuando se muere el Cobi. Su muerte me recuerda la cubierta de la revista satírica *Gedeón*, que el 29 de septiembre de 1898 representaba una España muerta rodeada de todos los políticos de la situación con, al fondo, un tricornio de la guardia civil y, al pie, Gedeón preguntando: Quen matou o Meco? Y los conspicuos respondiendo: Matámolo todos. Jordi Amat, para desvelar la muerte de Cobi prefiere dar un rodeo partiendo de la querrela de historiadores, cuando unos anónimos libelistas acusaron de Enric Ucelay da Cal y a Borja de Riquer de escribir “al servei del nacionalisme espanyol”, una acusación, por cierto, que el segundo de los mentados reparte ahora a voleo. Eran los tiempos – constata Amat – de hegemonía marxista, no ya en historia sino en el conjunto de las humanidades, de la que se derivó un catalanismo de izquierda ilustrada que dio el tono a Barcelona, capital cosmopolita. Lo fascinante del caso es que cuando, desde el Ayuntamiento, los artífices de este esplendor aterricen en la Generalitat comenzarán a cavar su propia tumba.

No queda del todo claro por qué. Y mientras esperamos la continuación de esta película sin fin, nada de lo ocurrido expresa mejor la derrota de la izquierda catalanista y del catalanismo en su conjunto, que la escena que le sirvió de prólogo: un Salvador Giner, presidente en 1993 con Josep Ma Castellet y Encarna Roca, de la prestigiosa plataforma de apoyo a Maragall, Catalunya Segle XXI, formando ahora, veinte años después, el corro, como presidente del Institut d'Estudis Catalans, junto a Muriel Casals, presidenta de Omnium Cultural,

y Jaume Sobrequés, director del Centre d'Història Contemporània de Catalunya, todos al frente de organismos financiados por la Generalitat; todos, en consecuencia, bailando las aguas a su president. La expresión de sus rostros prueba bien la razón que asistía a Azaña cuando, ya en el exilio, escribió: el ardor de los neófitos es temible. Y tal vez en eso consista la razón del triunfo del independentismo sobre el catalanismo: en que a sus profetas les sale por los ojos el ardor -¿temible?- de los neófitos.

Santos Juliá
UNED

Ramón García Piñeiro: *Luchadores del ocaso. Represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de Posguerra (1937-1952)*. Asturias: KRK Ediciones, 2015, 1157 pp.

Hasta finales de los años ochenta del siglo pasado, la guerrilla antifranquista era un episodio apenas respunteado en la historiografía del franquismo pese a que, como escribió Paul Preston, fue la oposición más importante a la dictadura durante la posguerra. Y además, protagonizada por gentes del común, ciudadanos de a pie. Únicamente policías y guardias civiles, con el objetivo declarado de hagiografiar a los aparatos represivos del Estado y llevar a cabo un linchamiento ético y político de los hombres del monte, y militantes vinculados a organizaciones de izquierda, justo para lo contrario, habían abordado sin el mínimo rigor conceptual y metodológico la resistencia armada. A mediados de los ochenta, media docena de estudios locales (al margen del ámbito académico, atrincherado en las aduanas impuestas por el modelo de transición) quebraron esa literatura militante y fijaron el camino a seguir: marcos geográficos provinciales o regiona-

les, nuevos nichos de investigación, historia oral. Y ya en el cambio de siglo, la anorexia bibliográfica se ha transformado en una forma de bulimia: el acceso a los archivos militares y la moda “de la memoria”, entre otros factores, estimularon un incremento exponencial de la historiografía sobre el maquis, donde se anudan textos magníficos con reffritos de aficionados.

En este entorno de opulencia de estudios sobre la resistencia, el libro de Ramón García Piñeiro, un experto en el tema, representa una aportación modélica. En primer lugar, porque trata de Asturias, un territorio al que las luchas obreras del siglo veinte habían convertido en sinécdoque de revolución y donde la guerrilla alcanzó un nivel sobresaliente en el conjunto de España. En segundo lugar, porque fue un territorio-maquis que exhibió diferencias con respecto a las demás agrupaciones guerrilleras: una presencia significativa de guerrilleros socialistas organizados y, sobre todo, que los maquis no eran trabajadores del campo (se ha escrito reiteradamente de la lucha antifranquista como de una “resistencia campesina”) sino mineros. Es decir, frente a un movimiento violento que se desarrollaba en entornos prepolíticos y preindustriales (mayormente campesinos), en Asturias se puede hablar con propiedad de trabajadores con conciencia de clase que vivían en áreas en proceso de industrialización.

La investigación de García Piñeiro resulta exhaustiva, oceánica. Las fuentes primarias, especialmente las procedentes de los archivos militares, policiales, de partido..., abruma por su cantidad y variedad. El correlato de una indagación tan minuciosa se traduce en un texto en que el autor puede plantear hipótesis nuevas y responderlas con el máximo rigor. En lo puramente descriptivo, resultará difícil añadir en el futuro

algo nuevo a este libro ejemplar, en el que todos los análisis y conclusiones se validan con ejemplos. Nada escapa al investigador, a su discurso coherente y documentado. García Piñeiro levanta una cartografía completa sobre los hombres que impugnaron por las armas al franquismo en Asturias y los lugares en que sostuvieron esa lucha. El libro conlleva además una buena noticia para la investigación en España: pese a la devastación del patrimonio documental durante los años de la transición, el libro evidencia que todavía existen archivos que permiten radiografiar con precisión algunos de los episodios más sórdidos de la dictadura.

En el libro se explica el origen de la guerrilla en un país sometido a una represión que bordeaba el genocidio, con miles de huidos vagando por los montes, pero el autor lo incardina en el marco político europeo, donde aparecen movimientos partisanos en países como Francia, Italia, Grecia o Yugoslavia. Además, frente la relato puro y duro de los hechos, reivindica y enfatiza la relación de los hombres del monte con las organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Comprobamos de ese modo la galbana socialista, la desorientación libertaria y, sobre todo, la hegemonía del PCE en la lucha armada, esmaltada de luces y sombras. En pocos lugares como en Asturias se refleja con tanta nitidez el antagonismo entre monzonistas y carrillistas, entre guerrilleros que habían permanecido en el monte desde la guerra civil y los exilados que combatieron en el maquis en Francia y fueron enviados a tutelar la guerrilla en España. Una conclusión: la actitud de los partidos de izquierda, abismados en luchas cainitas por cuotas inexistentes de poder, no estuvieron ni mucho menos a la altura del desafío político que implicaba la resistencia armada. Otra: produce asombro que

un líder que utilizó la guerrilla para su propio provecho político y personal, Santiago Carrillo, en los años cincuenta, ya fracasada la estrategia armada, calificase a los guerrilleros con expresiones más despiadadas que los propios publicistas del régimen: bandidos, asesinos, mujeriegos, ladrones...

El texto recorre todos los flancos de la oposición armada: desde la formación y composición de las partidas a la lucha por la supervivencia; de los repertorios de acción a los símbolos de la resistencia. Entre los aspectos más destacados, el apartado conceptual para redefinir tipologías relativas a los protagonistas de la lucha (huidos, topes, guerrilleros, maquis; pero también confidentes, chivatos o bandidos). Incluso aporta sintagmas novedosos, como “temporeros de la guerrilla”, para referirse a aquellos reservistas que únicamente participaban de manera puntual en acciones armadas y luego regresaban a sus quehaceres cotidianos. También destaca el capítulo dedicado a los enlaces, la llamada “Guerrilla del Llano”, personas que por ideología o circunstancias personales hicieron posible la lucha armada con una abnegación a prueba incluso de una muerte anunciada. Unos enlaces indefensos ante las fuerzas de represión y que, en diferentes fases de la lucha armada, fueron utilizados como parapetos, torturados, desterrados o liquidados al margen de la legalidad. Incluida la franquista. Una derivada de este capítulo es la participación de las mujeres en la guerrilla, combatiendo en algún caso, como compañeras de maquis y siempre como enlaces.

El autor pone de manifiesto a lo largo del texto cómo la guerrilla desenmascaró el mensaje franquista de una moderación de su modelo represivo después de 1945. Con datos del propio régimen dictatorial, documenta la cacería que se desató en las zonas donde los maquis proseguían con el

desafío armado a la dictadura de Franco, especialmente a partir de la aprobación del Decreto-Ley de 18 de abril de 1947 sobre Delitos de Bandidaje y Terrorismo, relacionado con la Guerra Fría y la aceptación por parte de Occidente del franquismo como aliado. La contrainsurgencia, a partir de esa fecha, utilizó todos los medios a su alcance, por brutales o infames que fueran, pues siempre gozaron sus integrantes de impunidad para sus actos. Incluso reapareció la “ley de fugas” con fuerza por los montes y pueblos de España: los desafectos y rebeldes debían continuar pagando su cuota de muerte y saqueo económico. Había que recordar otra vez quiénes mandaban en España.

Ramón García Piñeiro no pierde de vista la dimensión narrativa de la historia. Amalgama números, análisis y emociones. El libro está escrito con claridad expositiva y voluntad de estilo. Pese al volumen de datos, reflejados en sus más de mil páginas, se lee como una novela gracias a una prosa fluida, a un lenguaje asequible y cuidado. Estamos, en fin, ante una obra brillante, sugestiva y rigurosa.

Secundino Serrano

Fernando Molina y José A. Pérez (eds.), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Marcial Pons Historia/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, 2015, 343 pp.

Fruto de las investigaciones llevadas a cabo en las últimas dos décadas por un colectivo de historiadores pertenecientes sobre todo a la UPV-EHU, agrupados en torno al Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, *El peso de la identidad* se propone estudiar “lugares comunes, refe-

rentes míticos y narrativas dominantes que han condicionado la historia contemporánea vasca”, cuestionando “determinadas representaciones del pasado que han sido canonizadas y que determinan la forma en que se escribe la historia reciente de los vascos y cómo es emplazada en el debate político y de la identidad” (p. 15).

Editado por Fernando Molina y José Antonio Pérez, especialistas en el estudio del nacionalismo y la violencia política en el País Vasco, el libro se compone de nueve capítulos dedicados a distintas facetas de la historia y de la construcción de la identidad vasca a partir de la consideración de las “inconsistencias” del “reportorio narrativo compuesto por lenguajes, vocabularios, relatos y mitos vinculados a la memoria hegemónica” que, según los editores, se ha levantado con el fin de legitimar o deslegitimar la autonomía política vasca (p. 17). En la base del volumen se encuentra la máxima de Leopold von Ranke que lleva a la afirmación de que en la historia contemporánea vasca “los hechos faltan y, sobre todo, falta su adecuada contextualización” (p. 21).

Los autores, en mayor o menor medida, lamentan que determinados periodos históricos no han sido suficientemente estudiados, como el llamado ‘franquismo sociológico’ que sostuvo la dictadura en el País Vasco, o que otros, mucho más conocidos, como el periodo foral, se han estudiado sólo bajo determinadas perspectivas, olvidando conscientemente otras. Asimismo, subrayan cómo la narrativa adoptada por los historiadores se ha frecuentemente subordinado a los criterios de memoria e identidad, sobredimensionando algunos referentes, como la nación.

Como han resumido Molina y Pérez en la introducción del volumen, en el País Vasco autonómico “la memoria no ha promo-

vido la historia, sino que la ha restado” (p. 21) y el pasado, concebido desde una “victimización colectiva”, se ha convertido en una “invención”, cuya comprensión unitaria se ha conseguido a través de la nación y la etnia y también gracias a las necesidades políticas de las instituciones autonómicas y a la difusión de trabajos “delirantes” (p. 23) que hablan de genocidio cultural vasco bajo el franquismo o de la nación medieval navarra.

En este espacio es imposible poder resumir las temáticas afrontadas en los nueve capítulos de este libro, por su variedad y por las numerosas sugerencias que pueden dar pie –eso esperamos– a futuras investigaciones en los diferentes campos tratados. Sin embargo, es menester, al menos, recordar sus autores y las materias y los periodos históricos afrontados. Ángel García-Sanz Marcotegui ofrece una incursión en Navarra, entre las dificultades del PNV para establecerse y las ambiguas y opuestas consideraciones de “madre de Euskalerría” y “nuestro Ulster” (p. 29). Los símbolos del País Vasco –banderas, escudos, himnos, festividades– están al centro del ensayo de Félix Luengo, mientras que del mundo rural y de la religión católica, ambos estrechamente relacionados simbólicamente y míticamente a la identidad vasca, se ocupan los textos de Pedro Berriochoa y de Joseba Louzao, respectivamente.

Si Rafael Ruzafa se centra en la última etapa foral (1839-1876), las cuatro contribuciones finales del libro se ciñen principalmente en los últimos cuarenta años de la historia vasca. José Antonio Pérez y Raúl López Romo afrontan la compleja temática de la memoria histórica del franquismo y la transición, poniendo de relieve la presencia constante de la imagen de un “pueblo elegido y martirizado” (p. 232), cues-

tion a la cual se conectan las reflexiones de Luis Castells y Antonio Rivera sobre la construcción y la explotación del victimismo –“el ‘nosotros’ doliente” (p. 268)– y de su transformación y sublimación, después del final del franquismo, en las víctimas reales del terrorismo de ETA. Una serie de cuestiones que se encuentran también en el ensayo de Fernando Molina que afronta el conflicto vasco, sus tropos, sus relatos y sus memorias. Finalmente, Javier Corcuera se ocupa de los derechos históricos a partir de la Constitución de 1978 y hasta los más recientes acontecimientos marcados por el fracaso del plan Ibarretxe y el “cese definitivo de actividad armada” (p. 179) de ETA.

Lo que une a todos estos ensayos es el intento –muy bien logrado– de transformar las investigaciones académicas llevadas a cabo por más de una década por cada uno de los autores en “inquietudes y reflexiones” (p. 17) que se proponen llegar al más amplio posible de los públicos para “desmitificar los hitos más importantes de la historia reciente de los vascos” (p. 26). La que se propone este libro –que esperamos que sea un punto de inicio y no un punto de llegada– es una tarea realmente necesaria. Y no sólo en el País Vasco, sino en muchos otros contextos nacionales, dentro y fuera de España.

Steven Forti

*Instituto de Història Contemporànea –
Universidade Nova de Lisboa*

ALCALDE, ÁNGEL: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

Lo que voy a afirmar a continuación no es baladí: Ángel Alcalde es un historiador que tiene a sus espaldas una sólida trayectoria investigadora con la que se ha hecho un hueco importante en la historiografía española. Conviene recordar esto porque lo que voy a comentar a continuación tal vez pueda distraer el interés inicial que el libro podría despertar en lectores mucho más veteranos que el autor del mismo. Creo que hay que advertirlo porque a mi juicio Ángel Alcalde ha escrito un libro de historia para responder a una serie de preguntas que la tercera generación, los nietos, le hicieron a sus abuelos y que quedaron sin responder porque éstos, en líneas generales, no desearon hacerlo. Es lo primero que me llamó la atención cuando me dispuse a iniciar la lectura de este libro y es esto mismo lo primero que quiero compartir con todo el que lea esta reseña. Escribe Ángel Alcalde: «muchos lectores de estas líneas probablemente conocieron en vida a algún excombatiente de la guerra civil española. El autor de este libro tiene en el recuerdo a dos ancianos, que pocas veces compartieron con su nieto sus memorias, y que jamás la pusieron por escrito». Ángel Alcalde creció con el deseo de conocer qué hicieron sus abuelos durante la guerra; una curiosidad generacional exactamente idéntica a la que tuve yo cuando fui niño; nietos que quisieron saber de pequeños por qué sus abuelos fueron a la guerra sin acabar de comprender nada porque nuestros propios abuelos siempre se las arreglaron para no relatar más que anécdotas sin importancia. Lo confieso aquí porque el primer elemen-

to destacable de esta obra es que ésta es la historia que muchos nietos hubiéramos querido escuchar de nuestros abuelos. Es una historia para nosotros y, también, para cualquier lector que quiera adentrarse en los años de la guerra civil y la larga posguerra.

Preguntas al pasado, preguntas a todo tipo de fuentes recuperadas por el autor y por fin muchas respuestas que nos traen de vuelta el perfil de aquellos hombres que lucharon en las filas de las tropas sublevadas. Hombres que en la mayoría de las ocasiones se apuntaron voluntaria e incluso atropelladamente a las columnas que rápidamente comenzaron a improvisarse en aquellas zonas que cayeron en poder de los golpistas; voluntades aparentemente de acero —como bien demuestra el autor— que fueron al combate, la mayoría de las veces, pensando que aquello sería cuestión de pocas semanas aunque descubriendo, con el paso de las mismas, que una guerra no era aquella aventura que se habían imaginado. Y españoles, por encima de todo, pertenecientes a una sociedad muy distinta a la nuestra, es decir, gentes que desde hacía generaciones habían convivido muy de cerca con guerras y conflictos de todo tipo; lo cual puede ayudar a explicar por qué centenares de miles de hombres marcharon al combate de aquella forma. Un libro, por tanto, a caballo entre la historia social y cultural con algunas pinceladas de historia militar que intenta explicar, en definitiva, por qué aquellos españoles acabaron convirtiéndose en combatientes al servicio de los enemigos de la República.

El libro de Ángel Alcalde es una obra bien trabada, sólida e interesante y por esto mismo suscita en el lector el deseo de que el autor hubiera ido más allá en algunos compases del mismo. Por ejemplo: ¿cómo se convirtieron los reclutas franquistas en

combatientes? Porque es sabido que una cosa es ser un soldado que ha pasado por un periodo de instrucción más o menos intenso y otra muy diferente ver cómo ese recluta se convertía en un verdadero combatiente. Cuando los soldados norteamericanos de la famosa 1ª División de Infantería embarcaron en los navíos que los llevaron a las costas del Norte de África sabían que en breve entrarían en combate. Se habían entrenado y estaban dispuestos; pero la verdad es que cuando desembarcaron para tomar parte en la Operación Antorcha aún les faltaba mucho para convertirse en la famosa unidad de combate que llegaron a ser, pues hasta tal punto desconocían lo que les esperaba que muchos soldados pensaban que los enfermeros que viajaban con ellos lo hacían para seguir ocupándose de sus lesiones, de las torceduras de tobillo y otros traumatismos que habían tenido durante la instrucción. Muy pronto descubrieron que un recluta se lesiona cuando se entrena para el combate y un combatiente es herido cuando lucha en primera línea de combate. O dicho de otra forma. Hay algo que no se puede enseñar en las academias ni en los campos de entrenamiento: el odio contra el enemigo, ese componente que anula la racionalidad propia de los civiles y que los empuja a avanzar en medio del fuego de mortero y las ametralladoras. Hasta que aquellos jóvenes norteamericanos no descubrieron que sus enfermeros iban con ellos para paliar las terribles heridas de guerra, hasta que no vieron caer a sus amigos, hasta que no forjaron la hermandad de sangre con los compañeros, hasta que no se vieron avanzando en medio del fuego enemigo no estuvieron listos para ser considerados verdaderos combatientes.

¿Odiaron nuestros abuelos? Porque Ángel Alcalde relata muy bien el grado de improvisación con el que comenzaron los

combates; pero también sabemos ya que al final de la guerra, cuando llegó la hora de hacer balance, aquellos novicios de guerra acabaron convertidos en un importante pilar de la victoria franquista. Por ejemplo, en la Falange hubo por doquier ilusos, desertores, hombres que se arrepintieron como bien se recoge en el libro; pero al final de la guerra el antiguo partido de José Antonio (sin contar a los requetés con los que fueron fusionados) había puesto al servicio de Franco a más de 200.000 hombres, cuyas altísimas tasas de bajas y muertes dan idea hoy de la intensidad con la que lucharon aquellos hombres. ¿Odiaron tanto al enemigo que luego fueron incapaces de contarle a sus nietos lo que habían hecho en los años de guerra? Porque los abuelos norteamericanos han dejado un maravilloso rastro de vivencias, memorias, entrevistas, películas, tal vez porque la Segunda Guerra Mundial fue la *Guerra que hubo que ganar*. ¿Y los nuestros, por qué no hablaron como lo hicieron los yankis? ¿Fue porque durante las décadas siguientes racionalizaron lo ocurrido hasta tal punto de no querer recordarlo? Muchos se beneficiaron del lugar que les había deparado su condición de excombatientes, tuvieron en multitud de ocasiones una relevancia social importante; pero ¿por qué no le contaron nada a sus nietos? ¿Se arrepintieron? «Lo peor que hay en el mundo —me dijo mi abuelo Antonio cuando apenas tenía yo siete u ocho años— es una guerra entre hermanos». Como podrá comprobar el lector, el libro de Alcalde da pie a muchos planteamientos, a nuevas preguntas. Alcalde bien podría haber escrito 3.000 páginas más.

Cuando la guerra tocó a su fin, llegó la hora de volver a casa y reincorporarse a la vida civil. Comenzó así el reto para los antiguos combatientes. En cualquier conflicto su vuelta supone uno de los momen-

tos más difíciles. Lo fue, por ejemplo, en la Alemania que perdió la Primera Guerra Mundial; lo fue al término de la Segunda Guerra en todos los países que habían tomado parte en ella, independientemente de la suerte que hubieran corrido en ella; lo fue tras la Guerra del Vietnam y lo sigue siendo en la actualidad. Reincorporar al combatiente a la vida civil no es un asunto baladí ya que ocuparse de los que vuelven es la principal obligación que tiene cualquier nación al término de un conflicto. De cómo lo hagan las naciones se derivan unas circunstancias u otras. También lo fue en el caso español, con la particularidad de que el conflicto de aquí había sido una guerra civil, es decir, una guerra que había dejado en el mismo territorio a vencedores y vencidos. De éstos últimos en la España de la posguerra no sólo no se ocupó nadie sino que, además, durante mucho tiempo se les estuvo recordando su condición de vencidos dificultando así la posibilidad de rehacer sus vidas. Muy diferente, en cambio, fue el trato que recibieron los excombatientes franquistas. En primer lugar porque eran militares los que estaban al frente del aquel estado franquista en construcción y un militar —aunque sea un golpista— comprende mucho mejor que un civil o un político lo que implica esta cuestión del retorno; en segundo lugar, porque de la misma manera que aquellos combatientes constituyeron un pilar fundamental para la victoria, acabada ésta de lo que se trató fue de seguir instrumentalizando el valor de aquel importante contingente de hombres. Para ello, como bien describe el autor, pusieron en marcha un batallón de medidas de todo tipo destinadas a favorecer a todos los que ostentaron la condición de excombatiente, al tiempo que instituían la Delegación Nacional de Excombatientes, adscrita al partido único, así como las dele-

gaciones provinciales y locales con las que quisieron asegurarse tanto un contacto directo con los antiguos combatientes como el control de los mismos. De lo que se trataba, en suma, era de contar con aquellos hombres a cambio de todos los beneficios que disfrutaron. El problema es que las autoridades franquistas no fueron capaces de satisfacer las demandas y las aspiraciones de aquel importante contingente. En primer lugar porque los recursos no alcanzaron a todos, originándose una importante bolsa de descontentos; segundo, porque durante la contienda les habían prometido —principalmente a falangistas y requetés— que a la finalización de la misma obtendrían la recompensa por la que marcharon al combate; descubriendo unos y otros al final de la misma cómo la victoria no se había materializado en un estado nacionalsindicalista o en uno tradicionalista. Y tercero: muchos excombatientes, muchos falangistas vieron aquello, a pesar de las prebendas mencionadas, como una traición, lo cual ayuda a explicar el por qué de la desafección y la desgana que se instalaron en aquellas delegaciones de excombatientes.

La historia, desde luego, es compleja y Ángel Alcalde arroja bastante luz sobre ella: por un lado, descontento en materia social porque la posguerra fue dura; por otro descontento político porque el estado falangista no llegaba; conjuntamente con esto el hartazgo que se fue instalando paulatinamente en los ánimos de la mayoría de los excombatientes al comprobar, por una parte, cómo los mandos de las delegaciones de excombatientes mantenían un discurso anacrónico —como si el enemigo estuviera otra vez a la vuelta de la esquina— y, por otro, cómo esos mismos que apelaban continuamente a su compromiso ahogaban sin miramientos cualquier signo de descontento o protesta, mostrando así

el verdadero rostro del régimen por el que habían luchado en los frentes de combate. Con una particularidad: los que con el tiempo acabaron convirtiéndose en —utilizando las palabras de un ácido falangista— ‘viudas inconsolables de la revolución’ no dudaron al mismo tiempo en acomodarse a un régimen en el que, a pesar de todo, ellos siguieron siendo los vencedores. Ese doble juego, como bien muestra el autor fue el que predominó durante la posguerra, si bien con matices importantes ya que las delegaciones de excombatientes se vieron afectadas, al igual que las otras secciones del partido único por la coyuntura del momento, es decir, por la derrota de las potencias del Eje, primero, por la consiguiente desfascistización del régimen y por el largo decaimiento que siguió al término de la Segunda Guerra Mundial; si bien con un corto episodio de recuperación, inserto en la coyuntura de 1956, en el que los mandos creyeron recuperar el aliento hasta tal punto que algunos falangistas hablaron de volver a recuperar la calle.

La verdadera realidad es que durante las décadas que siguieron al fin de la contienda mundial los mandos de aquellas delegaciones intentaron por todos los medios mantener viva la llama de 1936, sin ser conscientes de que esa luz la habían apagado ellos mismos cuando al término de la guerra civil española se convirtieron en solícitos jefes al servicio del dictador. Ángel Alcalde lo demuestra bien: adentrarse en esos años de la mano de la documentación es viajar otra vez a unas dependencias en las que seguían queriendo mantener un núcleo de apoyo a Franco al tiempo que intentaban transmitir a los hijos de los vencedores los valores que del pasado que los habían llevado al combate. La única duda que me asalta es hasta qué punto consiguieron su objetivo aquellos jefes. Porque el autor

emplea constantemente y en sentido genérico el término excombatientes, al tiempo que demuestra cómo éstos siguieron constituyendo un importante núcleo de apoyo social durante los años 50 y 60. La cuestión es que la documentación interna también demuestra el hartazgo, la desafección y el alejamiento masivo de tantísimos militantes que, efectivamente, en el pasado lucharon por la victoria franquista, pero que al término de la guerra comenzaron a alejarse, por diferentes motivos de aquellos individuos que no parecían darse cuenta de que los tiempos habían cambiado. En cualquier caso, vuelvo a insistir, son cuestiones, preguntas, pensamientos que nacen al calor de un libro importante, que ha supuesto una novedad importante en el panorama historiográfico español por cuanto su autor, Ángel Alcalde, ha cubierto un hueco del que nadie, con la extensión y seriedad demostrada en esta obra, se había ocupado hasta la fecha.

José Antonio Parejo Fernández
Universidad de Sevilla

Anne MORELLI, *Fabiola un pion sur l'échiquier de Franco*. Bruselas: Renaissance du livre, 2015, pp. 160.

Corrían los años sesenta cuando Fabiola de Mora protagonizaba el cuento de hadas al que aspiraba cualquier mujer joven en la España del momento. Educada para ser la esposa de un hogar católico, tras un fugaz noviazgo, la aristócrata madrileña contraía matrimonio con el rey de los belgas. En España era un acontecimiento de primera magnitud que se preparaba por todo lo alto. Se consideraba una oportunidad política

para acercar España a la Comunidad Económica Europea.

El enlace, en su dimensión privada y pública, es objeto de un relato detallado por parte de Anne Morelli, que para su reconstrucción ha consultado fuentes belgas y españolas. Las principales dificultades, como reconoce la autora, las ha tenido en su país, donde no pudo acceder a los documentos del archivo del palacio real belga.

Los obstáculos a los historiadores a la hora de consultar los fondos de archivos no conocen fronteras, como se evidencia en este caso, con independencia de que se trate de democracias o de dictaduras. Por ello, la obra presenta un déficit que sería deseable Morelli pudiera subsanar, pues paradójicamente la Fundación Francisco Franco, que custodia el legado documental del Jefe del Estado español durante la dictadura militar, le ha permitido la consulta sin ninguna restricción. Convendría equilibrar la visión de los acontecimientos desde la perspectiva belga.

La biografía de Fabiola de Mora se detiene en especial en los preparativos de la boda real y en sus consecuencias políticas para los países de los contrayentes. No obstante, va más allá de ese acontecimiento y llega hasta su fallecimiento. La imagen de la reina se habría ido deteriorando a los ojos de los belgas y la actitud de la sociedad hacia ella cambió.

Los hechos recreados son objeto de una explicación minuciosa. La historiadora no deja que ningún cabo suelto escape a la interpretación, Anne Morelli tiene en cuenta los intereses familiares, los de la alta política, los de la iglesia católica, los dominantes en las relaciones internacionales del momento, los nacionales de España y Bélgica, que en apariencia se situaban en las antípodas políticas y sociales, pero que no eran tan

distantes en cuanto a las preferencias de la jefatura del estado.

Por un lado estaba la España franquista, que en plena Guerra Fría clausuraba el ciclo de aislamiento al que se le había condenado, recibiendo el reconocimiento de América y de la Santa Sede. Por otro lado estaba la monarquía belga, socialmente desprestigiada por su actitud durante la ocupación nazi, bastante parecida a del general Franco respecto a las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial.

Ese universo de intereses y de legitimidades entrelazadas, inspirado por los principios de un catolicismo ultramontano y una visión elitista compartida con la jerarquía eclesiástica, queda al desnudo en el análisis de la profesora Morelli.

Los acontecimientos son despojados del protocolo que les protege como un envoltorio hermoso y salen a la luz realidades sórdidas. En especial porque uno de los objetivos de la investigación consiste en descubrir las dificultades con las que en Bélgica el gobierno manejó el protocolo, pues parte de la sociedad repudiaba el pasado y el presente del franquismo.

El simbolismo del protocolo cobraba asimismo un intenso significado político e ideológico en la España de los sesenta. Por un lado se reivindicaba, a través del enlace, la validez de los principios tradicionales vigentes en la España de la dictadura. Así lo demostraba la elección del monarca belga, que escogía a su esposa en la católica Península.

Por otro lado, la ciudadanía debía interpretar el mensaje del rey al igual que la participación de España en el festival de Eurovisión, como un símbolo de modernidad y de reconocimiento de Europa hacia España.

El estudio del protocolo implica el análisis de las biografías de los invitados al enlace: de los asistentes y de los ausentes,

de los familiares y de los políticos, de los vicios privados y de las virtudes públicas de los que acudieron a la boda. De especial interés es la descripción del universo ideológico de ciertos políticos y de sus trayectorias en los años controvertidos de la Segunda Guerra Mundial.

El pasado de autoridades, ministros o familiares de los novios, nos descubre un componente ideológico más próximo de lo que cabía esperar entre países con desarrollos políticos en apariencia tan dispares como Bélgica y España.

Una mano invisible unía los destinos de los dos países, en los que sus jefes de estado empatizaban porque compartían una ideología católica y ultraconservadora. En los dos existían además graves problemas sociales de los que la población se abstraía a través del espectáculo mediático y del relato dulzón que la boda incentivaba.

Hasta aquí el protocolo y los protagonistas pero el libro contempla los altos intereses del estado en cuestiones como la descolonización del Congo belga o el deseo de España de ser aceptada por la Comunidad Económica Europea, aunque persistiera una represión brutal. Ni Balduino ni Fabiola encontraran contradicción entre sus creencias religiosas y morales y esas realidades políticas. Por el contrario, pusieron sus creencias al servicio de esos intereses políticos.

Ana Morelli no se limita a analizar los entornos políticos y familiares de la pareja real sino que contempla además la reacción de las dos sociedades. Frente a la distancia de una sociedad democrática como la belga, que acogió los acontecimientos con una actitud crítica, la reacción en España fue diferente porque era un país dominado por una dictadura militar en la que se accedía

a la información con restricciones y existía un régimen de censura a la prensa.

Es un libro de lectura amena, en el que recurso a la caricatura, procedente de la prensa belga, como fuente de información complementaria para el análisis, resta rigidez al relato histórico, le aporta soltura y credibilidad. Las fotografías y caricaturas incorporadas al cuerpo del texto proporcionan vivacidad a la obra. En definitiva estamos ante una monografía con una estructura sencilla que contiene sin embargo análisis complejos de las relaciones bilaterales entre España y Bélgica. Un relato que desentraña magistralmente imaginarios ideológicos cercanos y cómplices entre las dos jefaturas del estado y sus raíces autoritarias, así como una línea de continuidad entre la actuación política del Rey Balduino y su padre.

Ana Fernández Asperilla

*Centro de Documentación de las
Migraciones · Fundación 1º de Mayo*

Núñez Seixas, Xosé M., *Las utopías pendientes. Una breve historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Crítica, 2015, 383 pp.

La pretensión de sintetizar en un único volumen la historia del mundo en las últimas siete décadas posee a priori las connotaciones de una auténtica misión imposible. Y no sólo por la amplitud cronológica del periodo, lo que a fin de cuentas es una cuestión física (la mecánica del tiempo). Sino por, al menos, dos poderosas razones. La primera, la extraordinaria densidad de acontecimientos y procesos que se concentran en un periodo sobre cuya singular trascendencia histórica cabe albergar pocas dudas; la segunda, aún más espinosa, el carácter abierto de esta etapa, lo que inevitablemente nos introduce en la polémica

teórica sobre los límites, la naturaleza y la propia viabilidad de historiar el presente.

Consciente sin duda de ello, el autor ha optado por enfrentar el reto valiéndose de dos herramientas que acredita manejar con solvencia en toda la obra: la capacidad de síntesis y la conexión, producto de su amplia experiencia docente e investigadora, con las inquietudes y preocupaciones de la historiografía actual. Sin, en apariencia, sentirse condicionado por las discusiones —a veces bizantinas— sobre el estatuto de la historia del presente, en los siete capítulos (más un epílogo) que integran el volumen logra ofrecer una panorámica que define las líneas maestras de la evolución del mundo entre 1945 y 2015, integrando temáticas y enfoques novedosos que reflejan el actual contexto historiográfico.

El resultado de este esfuerzo es una monografía que combina muy variados ingredientes, que van del relato histórico guiado por los tradicionales ejes cronológico y geográfico, que inspira los dos primeros (1945-1990) y el último capítulo (1990-2015), a la mirada que, con mayor autonomía, se detiene en cuatro tópicos que ilustran bien la complejidad de nuestro mundo: la memoria, las identidades nacionales el género y la cuestión ambiental. Es evidente que se podrían haber identificado también otras realidades y que en todos los capítulos hay sin duda vertientes y derivaciones que no se exploran, pero toda síntesis es una elección en la que necesariamente hay que renunciar a algo. El autor ha logrado, no obstante, minimizar en la medida de lo posible estos riesgos trazando una nervadura interna que le permite integrar en su relato tópicos menos visibles, pero igualmente relevantes, como la globalización, los derechos humanos, los fundamentalismos religiosos o los populismos.

No se oculta, por otra parte, la pretensión didáctica, especialmente valorable si se tiene en cuenta la dificultad que conlleva para los estudiantes —y en general para todos los ciudadanos— la comprensión de realidades tan cambiantes e impredecibles como las que nos rodean. En este proceloso océano no es extraño buscar el asidero en los discursos e interpretaciones a veces estereotipados que se difunden por los medios y que condicionan nuestros juicios hasta límites que quizá ni se sospechan. El aporte más riguroso y distanciado del historiador, sin que pueda ser completamente ajeno a estas influencias, es especialmente necesario. En este sentido, el libro incorpora mapas, cuadros estadísticos e imágenes originales, así como una detallada cronología del periodo, todo lo cual ayuda a establecer los parámetros objetivos sobre los que se asientan los relatos y las interpretaciones construidos por el autor.

En el desarrollo de los capítulos se van desgranando, como no podía ser de otra manera, y sin menoscabar en nada el rigor de la exposición, los intereses preferentes y las valoraciones del autor sobre las realidades que van apareciendo. El libro implica así también una defensa, en ocasiones tácita y otras veces explícita, de los valores y de los proyectos que podríamos denominar genéricamente “progresistas”, y se distancia de las lecturas conservadoras y neoliberales tan en boga en los años finales del pasado siglo. De ahí quizá la elección de los ejes transversales mencionados, que coinciden en lo sustancial con ámbitos en que se han gestado poderosos movimientos sociales (nacionalismo, feminismo, ecologismo, pacifismo) e iniciativas más recientes vinculadas a la cuestión de la memoria. Nada de esto oscurece o empequeñece empero el valor de la obra. Todo lo contrario, ya que estas problemáticas y estos nuevos actores

pasan de este modo a ocupar su lugar en la historia, no como iconos idealizados o referentes míticos, sino como realidades cuyo análisis crítico resulta imprescindible para alcanzar una comprensión plena y cabal del mundo en que vivimos.

En menos de diez páginas, el epílogo contiene una reflexión tendente a recoger y anudar las diferentes líneas trazadas en el libro, que se revisan a la luz de las duras experiencias derivadas del estallido de la burbuja financiera en el otoño de 2007 y la profunda crisis que ésta ha desencadenado. Este epílogo es una excelente síntesis de cómo los múltiples elementos que se incardinan conforme avanza la crisis acaban reconfigurando importantes aspectos del orden social, económico y político pactado después de 1945. La crisis puso al descubierto las debilidades del sistema mundial y del modelo social que habían permanecido vigentes durante décadas, gestando las condiciones para la gran involución en que estamos inmersos.

Es cierto que el mundo que surge de la Segunda Guerra Mundial estuvo fuer-

temente marcado por el entusiasmo de la victoria sobre el nazifascismo y por una fe, quizá poco justificada, en el logro de grandes metas colectivas como la democracia, el bienestar o la paz. Pero no es menos cierto que estas aspiraciones sociales, cuyas raíces se remontan a los tiempos de la Ilustración se han visto, en cierto modo, frustradas por el devenir de los acontecimientos, especialmente a partir de la crisis de 2008. Sobre estas bases se asientan la idea de las “utopías pendientes”, que da título a la obra, y el corolario final del libro: es en el pasado, aunque con nuevos instrumentos tecnológicos y con una dimensión global, donde pueden encontrarse las claves para reconstruir las (necesarias) utopías del futuro. Esta conclusión, en gran medida coherente con el texto y con el propio enfoque del autor, es la propuesta intelectual que, a nuestro juicio, anima esta obra. Una propuesta de gran calado y con efectos que trascienden el ámbito historiográfico. La polémica está servida...

Julio Pérez Serrano
Universidad de Cádiz